



HARLEQUIN™

Julia™

JACQUELINE BAIRD
Un breve compromiso

Dex Giordani sorprendió a Beth proponiéndole matrimonio solo días después de conocerla. Aquello fue fácil de aceptar porque ella se había enamorado instantáneamente del atractivo magnate italiano. Pero había oído una conversación que la aterrorizó. ¡Al parecer, Dex la estaba utilizando para arreglar un asunto de familia!

A Beth no le quedó otra opción que romper ese compromiso. ¿Cómo podía haber sido tan inocente como para pensar que Dex estaba realmente interesado en una mujer como ella? Pero él no aceptaba un «no» por respuesta; si no la podía tener como novia, la tendría como amante.

Capítulo 1

—**N**o, no, *nein, non*. ¿No te queda suficientemente claro, Mike? ¿Tengo que deletreártelo? N. O.

—No seas tan negativa, Beth, querida —dijo Mike mirándola divertido—. Ya sabes que te divertirás, como siempre lo has hecho conmigo.

Beth miró desesperada a su hermanastro, pero una leve sonrisa se asomó a sus labios. Realmente era demasiado. Tirado en su único y cómodo sillón, con una de sus largas piernas estiradas delante de él y la otra sobre uno de los brazos del sillón, era la imagen de la elegancia masculina. El precio de los zapatos que llevaba la podría mantener a ella durante un mes, pensó. Pero así era Mike. Zapatos hechos a mano, ropa de Saville Row... Sólo lo mejor. Por lo que decía, la imagen lo era todo.

—Por mucho que te quiera, Mike, no me voy a vestir como una *cocotte* francesa para que me enseñes en la sala de juntas de *Brice Wine Merchants*, aunque por lo que me dices, la empresa esté celebrando su centenario y el cumpleaños del presidente. La respuesta sigue siendo no.

—Pero, Beth, he hecho una apuesta de doscientas libras con mi jefe, el director de marketing. Dice que no me atrevería a aparecer con una especie de cabaretera. Yo le dije que sí y no me puedo permitir perder. A no ser, por supuesto, que tú me prestes esas doscientas libras.

—¿De eso nada! Dejarte dinero a ti es como tirarlo a la basura. Tú hiciste la apuesta, sal tú de ella. O, mejor aún, ¿por qué no se lo pides a una de tus numerosas amigas?

—Ah, bueno, ese es el caso... Durante los últimos seis meses me he estado concentrando en una en particular. Elizabeth es la mujer perfecta para mí. Hermosa, inteligente y con dinero. Pretendo casarme con ella algún día. Pero, desafortunadamente, cuando le sugerí esto, me dijo que madurara y actuara responsablemente, así que me ha arrojado de lleno a tu merced.

Mike enamorado... El que Mike estuviera pensando en el matrimonio era todo un acontecimiento.

—¿Realmente te quieres casar con esa chica?

—Sí, más que nada en el mundo.

No cabía duda de su sinceridad, se leía en su mirada, en la poco habitual seriedad de su tono de voz.

—Es por eso por lo que no me he atrevido a decírselo a otra chica. Si Elizabeth lo descubriera, sería una catástrofe. Es muy dada a la fidelidad. Pero como tú eres mi hermanastra, incluso aunque la broma se descubra, puede que se enfade un tiempo, pero por lo menos sabrá que no he sido infiel.

Entonces Beth sonrió. Aquello era típico de la lógica retorcida de Mike; no se le ocurría ni por un momento olvidarse de esa idea estúpida. Recordó cuando lo conoció. En su casa, donde vivían ella y su madre en un pequeño pueblo, Compton, no muy lejos de Torquay, en Devon. Su padre había sido un artista que no tuvo mucho éxito antes de morir joven de una hemorragia cerebral. Su madre también se consideraba una artista, pero la verdad era que se trataba de una cantante del montón, siempre casándose y ansiosa de fama. El verano que Beth conoció a Mike había estado cantando cabaret para un teatro local de Torquay. Allí fue donde su madre, Leanora había conocido a Ted, el padre de Mike. Él era viudo y el agente de la estrella del espectáculo.

Después de un rápido romance, decidieron casarse. A Beth, que tenía ocho años, la vistieron de dama, mientras que Mike, que tenía doce, iba de punta en blanco. Después de la ceremonia civil había tenido lugar la recepción. Mike se las arregló para meterse debajo de la mesa donde estaba la tarta y les había atado los cordones de los zapatos al padrino y al novio. Cuando el padrino se levantó para decir unas palabras, el novio cayó hacia atrás desde su silla, arrastrando también a Leanora, a la que rodeaba con un brazo.

Cuando lo recordaba, Beth no podía evitar sonreír y los cuatro años que sus padres estuvieron juntos fueron probablemente los mejores de la infancia de Beth... Se divorciaron cuando ella tenía doce años y Beth se había pasado el resto de su infancia en un internado, pero Mike siempre se había mantenido en contacto con ella y las pocas vacaciones que habían pasado juntos habían sido los únicos momentos brillantes de sus muy oscuros años de adolescencia.

Fue por eso por lo que tres días más tarde se metía en el ascensor del edificio Brice a las seis de la tarde de un viernes y estaba a punto de hacer la tonta como siempre. Por Mike...

—No es demasiado tarde para que cambies de opinión, Mike —le dijo.

Mike estaba a su lado. Los dos llevaban gabardinas largas, cosa muy normal para un nublado día de octubre. Pero la boina negra que llevaba él ladeada en la cabeza destacaba bastante.

—Deja ya de preocuparte. No pasará nada. He hablado con la señorita Hardcombe, la secretaria del presidente y la música empezará en cuanto entremos por la puerta. Nos quitaremos las gabardinas y empezaremos con el baile, sólo un minuto. Es lo mismo que hicimos en esa fiesta del colegio. Y luego se acabó. Yo me habré ganado doscientas libras y unos cuantos puntos delante de mi jefe por ser tan imaginativo.

—¡Pero han pasado diez años desde que bailamos juntos en la fiesta del colegio! ¡Sólo éramos niños y lo suficientemente jóvenes y estúpidos como para pensar que íbamos a ser estrellas del mundo del espectáculo! Por lo menos deberíamos haber ensayado. Yo soy más grande, más lenta y tengo mucho más miedo —dijo Beth cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Al principio fue bien. Algunas cejas se elevaron cuando entraron en la sala de juntas, pero como era evidente que la celebración estaba en pleno auge, se sintieron un poco más seguros de sí mismos. Unos cuantos hombres sonrieron cuando Mike felicitó al presidente y entonces empezó la música.

Pero cuando se quitaron las gabardinas, las sonrisas se transformaron en risas. Beth se dio cuenta de que estaba en desventaja. Mientras que Mike estaba muy razonable con sus pantalones azules de marinero y camiseta a rayas, ella, que era la única mujer en la sala, estaba bastante llamativa. Llevaba una minifalda muy pequeña de tejido elástico y color negro, un jersey rojo y zapatos de tacón muy fino y alto.

Lo peor estaba por llegar, Mike le pasó un brazo por la cintura y la hizo girar alejándose de él. Se suponía que ella debía deslizar los pies por el suelo, pero no habían contado con la espesa moqueta y en ella se clavaron los tacones. Las risas arreciaron. Luego, cuando Mike la levantó y la hizo girar sobre su cabeza, todo el mundo aplaudió entusiasmado. Ella se dejó llevar hasta que se sintió tan mareada que cayó al suelo, aterrizando con el trasero y agitando las piernas en el aire.

Miró mareada al círculo de hombres vestidos de oscuro que reían a su alrededor. Pero había uno que no reía. Estaba un poco apartado del resto y, desde el suelo, le pareció enorme. Entonces sus ojos verdes se encontraron de golpe con los helados ojos grises de él.

Era el hombre más atractivo de la sala. ¿Cómo era que no lo había visto antes? Lo siguió mirando como alucinada mientras él agitaba lentamente la cabeza y un mechón de cabello oscuro se movió en su frente. Luego arqueó una ceja con un gesto que era a la vez de admiración e insultante y no hizo ningún esfuerzo por ocultar su aburrimiento cuando se volvió y le dio la espalda.

Ella pensó que era un arrogante. Pero aún así lo siguió mirando mientras se alejaba y tuvo la extraña sensación de que lo conocía de algo, era de la clase de hombres que una mujer de sangre caliente no olvidaba. Esas caderas estrechas...

De repente, en vez de estar mirando su espalda, se encontró mirando otra vez su delantera, a un nivel muy poco delicado. Tragó saliva y levantó la mirada a su rostro y tuvo que volver a tragar saliva ante la transformación que había sufrido su expresión. Ahora sonreía muy atractivamente.

—Permítame —le dijo con una voz profunda mientras extendía la mano.

Ella se ruborizó profundamente, tomó la mano y se puso en pie. Apenas oyó las numerosas felicitaciones de los demás, ni se dio cuenta del momento triunfal de Mike. Toda su atención estaba centrada en ese hombre.

Ruborizada y con el cabello y las ropas desordenadas, no tenía ni idea de lo atractiva que estaba. Ella no era una mujer convencionalmente hermosa, como su elegante madre. Para empezar, sólo medía un metro sesenta. Pero tenía otras cosas que lo compensaban, unos grandes ojos verdes, una boca preciosa y un cabello rizado color caoba. Desafortunadamente, tenía también un pecho bastante voluminoso y que amenazaba salirse por la parte de arriba del top.

—Gracias —murmuró ella.

Luego, con la mano que le quedaba libre, se colocó bien el top, pero la otra siguió atrapada por la de él. Lo miró a los ojos grises y se preguntó cómo habría pensado que eran helados, en ese momento eran luminosos, casi plateados, y brillaban con una evidente apreciación por lo que estaba viendo. Y su deslumbrante sonrisa era suficiente para hacerla desear volver a caer a sus pies.

—De nada. No sucede todos los días rescatar a una dama tan hermosa en apuros.

Ella abrió los ojos, sorprendida por el cumplido.

—¿Estás bien, Beth?

Apenas oyó la voz de Mike.

—La dama está bien. Yo me ocuparé de ella —dijo la voz levemente acentuada de ese hombre mientras seguía sonriendo.

—Sí, sí, por supuesto —murmuró ella.

El hombre le apretó la mano y le pasó el otro brazo por la cintura.

—No parece que esté muy equilibrada con esos tacones —dijo él recorriéndola con la mirada.

Una mirada que se detuvo un largo momento en sus senos.

De repente, Beth se acaloró con un calor muy diferente. El de su brazo rodeándole la cintura y el que le producía la admiración que se leía en sus ojos. El pulso se le aceleró. ¿Qué le estaba pasando? Nunca antes había reaccionado tan de repente a ningún hombre. Sentía la tremenda tentación de ponerle la mano en el ancho pecho y luego acariciarle el cabello. Levantó la mano y se detuvo justo a tiempo antes de hacerlo.

—Necesito tomar algo —dijo—. Está bien, ya estoy equilibrada —dijo soltando la mano.

—Puede que usted lo esté, pero yo no creo que lo pueda volver a estar. No se mueva de aquí, yo le traeré algo de beber.

Ella no se podría haber movido aunque hubiera querido.

Cuando volvió, tomó la copa que le ofrecía y sus dedos se rozaron, haciendo que se estremeciera. Le dio un buen trago a su champán, tratando de ocultar su ridícula reacción.

—¿Quién es usted? —le preguntó ella.

—Mis amigos me llaman Dex, mis enemigos Giordani, ese cerdo. Mi madre me llamó Dexter Giordani. Elija usted.

—Eres muy directo, Dex.

—¿Entonces somos amigos?

—Sí.

—En ese caso, ¿puedo invitarte a cenar mañana por la noche?

—Mañana por la noche —repitió ella anonadada.

—Desafortunadamente, esta noche he de hacerlo con el presidente y su esposa. Dame tu dirección y número de teléfono y te recogeré mañana a las siete y media, ¿de acuerdo?

Ella dudó un momento.

—A no ser, por supuesto, que tu compañero de baile tenga algo que decir al respecto —añadió él entonces.

—¿Mike? ¡Debes estar de broma! Es mi hermanastro. Realmente no te imaginarías que haría la tonta delante de tanta gente por alguien que no fuera de la familia, ¿verdad? Y aún así, lo voy a estrangular en cuanto se me presente la oportunidad.

Dex se rió entonces.

—Muy bien. Entonces dame tu dirección, por favor. Veo que Brice se está acercando.

Beth miró a su alrededor y se dio cuenta de que el presidente se les acercaba.

—Muy bien.

Entonces le dio su dirección y número de teléfono.

Dex lo apuntó y se guardó la agenda justo cuando llegó a su lado el presidente.

Beth lo miró. No era tan alto como Dex y sí bastante más mayor. Pero con su cabello canoso, aún tenía un aspecto impresionante.

—Gracias, joven. Mike y usted realmente nos han alegrado la fiesta. Ese chico llegará lejos.

Beth se ruborizó de nuevo y le dio las gracias, pero el presidente ya estaba hablando con Dex.

—Lo siento, Dexter, pero he de apartarte de esta atractiva joven. Mi esposa nos espera a las siete y media y nos queda un largo camino.

—Sí, por supuesto, Brice.

En ese momento otro invitado le habló al presidente y Dex aprovechó para dirigirse de nuevo a ella.

—Le has causado una muy buena impresión a Brice. ¿Te gustan los hombres mayores? —le preguntó sonriendo, pero el cinismo de sus palabras era evidente.

Ella lo miró insegura a los ojos. ¿Estaría bromeando o qué? Pero antes de que pudiera responder, Brice intervino de nuevo.

—Vamos, Dex. No quisiera hacer esperar a mi esposa.

—Claro, Brice.

Luego se dirigió a Beth.

—A las siete y media, no te olvides. Pero por si se te olvida, te llamaré mañana para recordártelo.

Luego se marchó con el presidente.

Beth lo siguió con la mirada y suspiró. Dudaba de que realmente quisiera volver a verlo y el sentido común le decía que sería mejor que no lo hiciera.

Vio que alguien había dejado su gabardina sobre una silla. Ya no tenía nada más que hacer allí, así que fue a por ella y se la puso.

Se acercó a donde estaba Mike, cerca de la puerta y le dijo al oído:

—Me marchó. Os dejo que os emborrachéis en paz. Pero no te creas que esto se me va a olvidar. Me debes una y muy grande, muchacho.

—Hey, deberías darme las gracias. Te has ligado a uno de los solteros más ricos. Le he oído pedirte que salieras con él.

—¿El señor Giordani? ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? No exactamente, pero he oído hablar de él. Como todo el mundo. Durante los últimos diez años ha construido un imperio comercial, aunque hay unos rumores curiosos acerca de como lo empezó. Sé que es el dueño de una compañía naviera, una cadena mundial de hoteles y que Brice espera conseguir el contrato para suministrarles licores. Al parecer, Giordani también acaba de comprar el Seymour Club, aquí en Londres. Supongo que por eso estaba aquí. Procede de alguna parte de Italia, creo.

Mientras más hablaba Mike, más decepcionad; se sentía Beth. Ese hombre estaba lejos de su alcance y sería una tonta si pensara de otra manera.

—De acuerdo, Mike, olvídale —dijo tratando de sonreír—. Me marchó. Que te lo pases bien.

Luego salió de allí.

Por un breve instante en el tiempo había pensado que había conocido al hombre de sus sueños. ¿A quién estaba engañando? El amor a primera

vista era un mito y, en cualquier caso, esas cosas nunca le habían pasado a ella... ¡Salvo en sus fantasías!

De vuelta en la seguridad de su apartamento Beth se juró a sí misma por enésima vez que nunca más volvería a dejarse engañar por Mike. Y, con respecto a Dex, estaba muy claro que sólo había estado ligando con la única chica presente y que no volvería a acordarse de ella. Beth trató de quitárselo de la cabeza. Seguro que nunca más lo volvería a ver.

Se duchó y luego se puso un albornoz. Se sentó en su sillón favorito y único y suspiró de alivio Sola por fin. Era curioso, cuando era niña le habría gustado formar parte de una gran familia. Su padre había muerto cuando ella tenía dos años y no lo recordaba. Su primer padrastro no había durado más que hasta que cumplió los seis años y tampoco lo recordaba bien.

Luego habían aparecido Mike y su padre, la preciosa casa en la costa y, durante unos pocos años ella se había sentido parte de una familia. Hasta que su madre se divorció del padre de Mike.

Luego la habían metido en un internado.

Por una vez fue su madre la que tuvo que sufrir cuando, un año después de volverse a casar, el joven con quien lo había hecho la dejó por otra. Pero eso tampoco evitó que más adelante su madre se volviera a casar, ya que tres años más tarde lo hizo con un ganadero australiano. El pobre hombre estaba de visita en Devon tratando de averiguar algo de sus antepasados y su madre lo convenció de que necesitaba una esposa. Beth ni siquiera lo llegó a conocer.

Después del fiasco de esa tarde, había llegado a la conclusión de que no estaba nada mal ser huérfana. Sin una familia que la metiera en problemas, la vida era maravillosa.

Pero aún así, podría ser más maravillosa todavía si un atractivo italiano llamado Dexter Giordani la llevara al día siguiente a cenar.

Capítulo 2

Beth miró el montón de ropa sucia con aprensión. El sábado era su día de hacer la colada, limpiar el apartamento e ir de compras. Normalmente disfrutaba teniendo el fin de semana para ella misma, pero ese día se encontraba extrañamente intranquila. Suspiró y empezó a meter la ropa en la lavadora. La puso en marcha y decidió no seguir su costumbre y no irse de compras inmediatamente por si la llamaba Dexter Giordani.

A media tarde ya tenía el apartamento impecable y la ropa lavada y planchada. Estaba empezando a arrepentirse de haber rechazado la oferta de su amiga Mary de ir al cine. Tenía toda la impresión de que se iba a pasar sola la velada del sábado y que era sólo por su culpa. Un hombre como Dexter no podía sentirse atraído por una chica como ella ni en un millón de años.

Aún así, bien podía darse una ducha y lavarse la cabeza; no tenía nada más que hacer. Con ese pensamiento en mente se quitó los vaqueros y la camiseta en el dormitorio y se dirigió al cuarto de baño. El timbre del teléfono la hizo correr hasta la cocina como si se tratara de una atleta olímpica.

—¿Sí? —dijo casi sin respiración.

—Espero no molestar —dijo la voz profunda de Dex.

Si él supiera...

—No, en absoluto. Estaba a punto de darme una ducha.

—Ah, la imagen que se me ocurre es *incantevale*, pero no quiero retrasarte. Sólo te he llamado para confirmar nuestra cita a las siete y media. ¿Te sigue pareciendo bien?

—¿Qué significa eso?

—Encantadora... *Ciao*.

Luego él colgó el teléfono.

Beth siguió sujetándolo un momento más. Dex pensaba que era encantadora. Respiró profundamente, colgó y, como soñando, volvió al cuarto de baño.

Una hora más tarde estaba delante de su armario decidiendo qué ponerse. Dex estaría allí al cabo de veinte minutos y no tenía nada

apropiado. Aparte de un par de trajes de chaqueta que usaba para trabajar, el resto de sus ropas eran todas informales. Siempre solía llevar vaqueros y jerseys. Deseó haberse ido de compras para estrenar algo elegante y sofisticado.

Miró por la ventana y vio que el tiempo no había cambiado, seguía estando gris y nublado, una verdadera tarde de otoño. Suspiró y sacó el único vestido sofisticado que tenía. Se lo había comprado en julio para su fiesta de graduación. Un sencillo vestido negro de satén, con la falda un poco por encima de las rodillas y con un poco de vuelo.

Pensó que no estaba mal, pero que se iba a helar con ese tiempo.

Al contrario de muchas chicas de su edad, a las que no les importaba ir por ahí en cualquier tiempo con los brazos y las piernas desnudos, ella era bastante friolera y no le apetecía nada pillar una pulmonía por seguir la moda. Así que sacó del armario un chal de lana que dejó en la cama junto con el vestido. Se maquilló con cuidado y luego se cepilló el cabello y se lo peinó.

Satisfecha con el resultado, se puso un liguero y las medias negras y luego unos zapatos negros de tacón alto.

Entonces sonó el telefonillo.

Le entró el pánico y se apresuró a contestar.

—Giordani —dijo la voz de él.

—Ahora mismo bajo —respondió ella.

Por alguna razón, no le gustó la idea de hacerlo subir a su casa.

El ascensor la dejó en la planta baja y, cuando lo vio apoyado indolentemente sobre la mesa del portero, vestido con un immaculado traje negro, camisa de seda blanca y corbata también negra, el corazón se le aceleró y sintió la misma tentación de acariciarle ese ancho pecho. Deseó haberle dicho que subiera a su apartamento. Contuvo la respiración ante el pensamiento erótico que se le ocurrió.

Consecuentemente, se puso completamente colorada cuando él se le acercó y la tomó del brazo con toda naturalidad.

—Yo tenía razón. Estás encantadora. ¿Nos vamos?

El saludo de ella fue respondido por una breve sonrisa. Luego él la acompañó hasta el exterior, donde los esperaba una limusina con conductor.

—No tengo coche en Londres. No suelo venir tan a menudo y, cuando lo hago, alquilo uno. Así que espero que no te importe tener un conductor esta noche, Beth. Además, pensé que deberíamos celebrar el que nos hayamos conocido con unas copas de champán y yo nunca conduzco cuando he de beber.

—Algo muy razonable.

Beth pensó que era tan devastadoramente atractivo como lo recordaba.

Una de las grandes manos de él se cerró sobre las que ella tenía apretadas en su regazo.

—Beth, realmente... ¿qué quiere decir eso de muy razonable? Mi conocimiento de tu idioma es muy bueno, ¿pero qué significa eso? —le preguntó riéndose.

Luego se llevó sus manos a los labios y se los besó antes de mirarla a los ojos.

—Beth, me gustas por ser tan abierta, por tu sinceridad. No te pongas a dar rodeos conmigo ahora.

El contacto de sus labios contra su piel y el tono tranquilo de su voz la relajó.

—Tienes razón, Dex, ha sido un poco retórico por mi parte, pero es que me pones nerviosa. Nunca antes había estado con un hombre como tú, ni me habían llevado en una limusina con conductor. Me resulta extraño.

Él le dejó de nuevo las manos en el regazo y se las apretó suavemente antes de soltárselas.

—No me tendrás miedo, ¿verdad? No tienes por qué. Sólo tengo en mi corazón lo mejor para ti y estoy seguro de que muy pronto te habrás acostumbrado a mi gran cantidad de dinero y a todo lo demás, normalmente siempre es así con las mujeres.

Beth lo miró, no muy segura de que le gustara aquello, y se encontró con algo muy parecido al cinismo en su mirada. Pero entonces, él sonrió ampliamente y le dio un leve beso en la frente.

—No pongas esa cara de preocupación, pequeña. Esta noche nos vamos a divertir, te lo prometo.

Ese leve beso desvaneció todas sus dudas y muy rápidamente se sintió como en casa.

Dex la llevó al restaurante más exclusivo de todo Londres y cuando estuvieron instalados en su mesa, Dex pidió por los dos. Ella se preguntó entonces por qué se había preocupado antes. Era la mejor compañía que se podía desear.

Durante la charla intercambiaron breves retazos de información sobre sí mismos. Dex tenía treinta y tres años y ella veintiuno. Él ya sabía que ella se dedicaba al diseño gráfico y ella que él era tremendamente rico. Dex le contó con detalle cuantas compañías poseía y, de hecho, aquello fue la única nota discordante en todo lo que le gustaba de ese hombre.

—¿No serás una de esas personas radicales a los que no les gusta que un hombre sea tremendamente rico, verdad? —le preguntó él bromeando.

Por un momento, ella pensó que ese humor no parecía cierto, pero decidió darle una respuesta sofisticada.

—En absoluto. Alguien dijo una vez que ninguna mujer puede ser demasiado rica ni demasiado delgada, o algo así y yo estoy de acuerdo.

—Buena chica. Desde el primer momento en que te vi supe que eras mi tipo —exclamó él con un brillo de satisfacción en la mirada.

Beth se sintió ruborizar de nuevo. Aquello se estaba volviendo una costumbre.

Para cuando llegó el primer plato, Beth ya había logrado controlar sus caóticas emociones y ya se estaba empezando a sentir como si se conocieran desde hacía años.

—Sinceramente, Dex. No creo que sea capaz de comerme todo esto —dijo ella señalando su pato a la naranja.

Tenía un aspecto delicioso, pero ya se habían comido los entremeses y el primer plato.

—Come lo que quieras y déjame el resto a mí. Yo soy un hombre grande con un gran apetito. Pretendo que tú disfrutes... de todo. Es la única forma de vivir.

Beth no era estúpida y sabía lo que quería decir, así que se volvió a ruborizar y se le hizo un nudo en el estómago.

—Come. No he pretendido avergonzarte —le dijo él—. Pero produces en mí el efecto más sorprendente. Te miro y te deseo en mi cama.

Beth tragó saliva y él la miró con los párpados entornados.

—Sabes que eso es cierto y tú sientes lo mismo, no trates de negarlo. Pero tal vez ahora no sea el momento de hablar de eso.

Ella deseó negarlo. Esa suprema confianza de él era hasta insultante. Pero sabía que lo que él estaba diciendo era cierto.

—¿Siempre eres tan directo en una primera cita?

—No —dijo él tomándola una mano—. Sólo contigo, Beth. Así que cuéntame más de ti misma. Tus amigos, tus padres, lo que sea. Háblame para que pueda apartar mi mente de tu cuerpo lujurioso.

Él era imposible, pero Beth no tuvo más remedio que sonreír y hacer lo que le pedía.

—No tengo mucha familia. No recuerdo a mi padre, murió cuando yo era muy niña. Me he pasado la mayor parte de mi vida en Devon, con mi madre. Ella aspiraba a ser una cantante famosa, pero desafortunadamente, tenía una tendencia muy grande a casarse mucho. Ahora ya va por su quinto marido y vive en Australia. No la he visto desde hace tres años, pero nos escribimos de vez en cuando.

—Eso explica muchas cosas —dijo él.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que eso debe haberte hecho mucho daño.

—No, no en realidad. Me acostumbré a ello y, por otra parte, conseguí un hermanastro, Mike. Si no hubiera sido por él, no te habría conocido a ti.

Entonces ella se calló. El champán se le estaba subiendo a la cabeza y estaba revelando más de lo que quería.

Dex sonrió y levantó su copa.

—Un brindis por una madre muy dada al casamiento y por Mike, sin el cual, tú y yo no nos habríamos conocido nunca.

Beth levantó su copa y brindó. Después dejó de nuevo la copa sobre la mesa y dijo:

—No quiero más champán. Creo que ya tengo bastante. Ni más comida. Estaba delicioso, pero ya no puedo más.

—Yo no tengo ese problema. De hecho, creo que voy a tomar postre. Me encantan los dulces. Y tú eres la cosa más dulce que he conocido desde hace mucho tiempo. ¿Puedo tomarte a ti de postre, Beth?

Luego se echó a reír ante la mirada de confusión de ella.

Beth deseó sentirse ofendida por su risa, pero no pudo hacer otra cosa más que sonreír y luego reírse también.

—He descubierto una cosa de ti, Dexter Giordani. Eres un ligón incorregible.

—Sólo contigo, Beth. Sólo contigo.

Si lo pudiera creer...

Beth lo miró mientras pagaba la cuenta y dejaba una generosa propina. Había salido con muchos hombres... bueno, no tantos, tal vez media docena. Su última cita había sido con un joven de su oficina y se lo habían pasado muy bien, pero ambos habían decidido sin decirse nada que estaban mejor como compañeros de trabajo y nada más. Ahora, observando a Dex, sabía que aquello era diferente. Se podía enamorar muy fácilmente de ese hombre y eso la asustaba al mismo tiempo que la excitaba.

Él la pilló mirándolo y levantó una ceja interrogativamente.

—¿Tengo una verruga en la nariz?

—No. Tienes una nariz perfecta. Sólo estaba pensando en la encantadora velada que ha sido esta.

—¿Ha sido? Pero todavía no ha terminado, la noche apenas acaba de empezar.

Dex se levantó entonces y tomó el chal de ella que le pasó el camarero antes de añadir:

—Vamos, parece la clase de chica a la que le gusta la aventura. Te voy a enseñar mi nuevo casino.

Beth se levantó y se alisó la falda, muy consciente de la forma en que la estaba mirando Dex, como si sus manos fueran las de él.

—Estás preciosa —murmuró él mientras le ponía el chal sobre los hombros—. Salgamos de aquí antes de que haga una tontería.

Le pasó entonces un brazo por la cintura y salieron del restaurante.

Una vez dentro de la limusina, Dex le pasó un brazo por los hombros y la hizo apretarse contra él.

—No te preocupes, Beth, conmigo estás a salvo —le dijo él cuando ella se estremeció.

—Ya lo sé —respondió ella sinceramente.

Cuando llegaron, ella se sintió un poco decepcionada. No había luces de neón ni nada parecido. Sólo una elegante puerta negra y dorada en el centro de lo que parecía una casa Georgiana con terraza.

—Discreción es el nombre del juego.

Dex la ayudó luego a salir del coche y se dirigieron de la mano hasta la puerta.

Tan pronto como entraron dentro, una joven la ayudó con el chal y luego apareció un hombre de facciones duras y Dex la presentó. Era el gerente del casino, un tal señor Black. Un nombre que ella encontró muy apropiado. El tipo era fuerte, robusto y parecía peligroso, pero su voz derramaba encanto.

Nunca antes había estado en un casino, pero cuando Dex la introdujo en una gran sala con una elegante escalera de caracol que daba al piso superior, no tardó en darse cuenta de que se trataba de un negocio muy serio. Era la expresión de avidez de los clientes lo que ella encontró bastante estremecedora.

—Pareces un poco sorprendida —dijo Dex—. ¿No habías estado nunca antes en un casino?

—No. No he estado nunca en uno, y no me puedo creer que haya tanta gente dispuesta a gastarse el dinero de esta forma.

—Entonces todavía no has visto nada, muñeca —dijo él imitando el acento americano—. Sígueme, y te lo pasarás bien.

Luego le pasó un brazo por la cintura y se rió de su mirada de rabia.

—Tonto.

Beth se rió entonces, cuando se dio cuenta de que él estaba bromeando, al tiempo que le daba un codazo en las costillas.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar gastarte bromas.

En ese momento el señor Black le dijo algo al oído a Dex y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Lo siento, Beth. Tengo que ir a la oficina, pero te mostraré el resto. Esto es sólo para empezar. El bar y el restaurante están por allí. Arriba hay otras dos salas de juegos, donde las apuestas crecen en consecuencia. Además de las oficinas.

Eso se lo iba contando mientras subían las escaleras.

Beth lo vio comportarse como si viera a un desconocido. De repente era todo eficacia y había desaparecido de él toda traza de humor.

—Esta sala es para los grandes apostadores. Aquí el dinero cambia de manos en grandes cantidades. Black te dará unas fichas para que puedas jugar —le dijo él entonces.

¿Jugar? No sabría ni cómo empezar. Allí no había máquinas tragaperras, sólo un silencio peculiar, roto de vez en cuando por la voz de un *croupier*.

Alrededor de las mesas había gente con ropas evidentemente caras, algunos eran evidentemente árabes y la pocas damas presentes, todas mayores, llevaban suficiente cantidad de joyas encima como para pagar la deuda externa del país.

—Toma, Beth —dijo Dex pasándole un montón de fichas—. Diviértete. No tardaré mucho.

—¿No puedo ir contigo? —dijo ella, sintiéndose de repente completamente fuera de su elemento—. No soy jugadora y no creo que lo quiera ser.

Él le tomó la barbilla con los dedos y la miró a los ojos.

—Estás preciosa, Beth y yo tardaré menos en solucionar esto sin que tú estés allí distrayéndome. ¿Comprendes? Tú estarás perfectamente sola y nadie te molestará. Todo el mundo sabe que estás conmigo —dijo él mirándola lentamente de arriba abajo.

—Sí... Bueno...

Apartó la mirada de él y recorrió la sala con ella. Entonces abrió mucho los ojos al ver a alguien que conocía... Paul. Destacaba incluso entre toda esa gente.

Paul Morris... la vio también y abrió mucho los ojos por la sorpresa. Lo vio acercarse a ella, muy decidido. Pero se suponía que él debía estar en Italia. ¿Por qué habría vuelto tan pronto? Sonrió. Por lo menos no estaría sola.

Miró entonces a Dex, que no había apartado la mano de su hombro.

—De acuerdo —dijo Beth.

Pero él no la estaba mirando a ella, sino al hombre que se acercaba. Y tenía el ceño fruncido.

—No, tienes razón. Es mejor que vengas conmigo.

Dex ya la estaba obligando a salir de allí cuando Paul dijo:

—Bethany, ¿qué estás haciendo tú aquí?

Entonces se dio cuenta de la forma posesiva con que Dex la estaba sujetando con el brazo.

—Giordani. He oído que ha comprado esto. Enhorabuena —dijo y luego se dirigió de nuevo a Beth—. No sabía que conocieras al señor Giordani, Bethany.

—Y yo creía que tú estabas en Italia.

Beth había cenado con él hacía diez días y él le había dicho que iba a ver sus propiedades en Italia.

—Oh, lo he estado y volveré allí de nuevo dentro de pocas horas. Esto es sólo una visita de veinticuatro horas. Tenía que hacer algo que no podía esperar. Es por eso por lo que no te he llamado. Pero ya basta de hablar de mí. ¿Qué estás haciendo aquí? Tú no juegas.

Beth abrió la boca para responder, pero Dex se le adelantó.

—La dama está conmigo, Morris. Y tenemos cosas urgentes que atender, en privado, ¿no es así, querida?

Dex la miró a los ojos y luego bajó la cabeza y la besó suavemente en los labios. Fue el más leve de los besos, pero fue suficiente como para que se le acelerara el pulso y lo miró demasiado atontada como para responder.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Beth —dijo Paul entonces.

Ella lo miró y sonrió.

—Sí, Paul.

Paul sonrió y suspiró. Al fin y al cabo, ella era mayor de edad.

—Es usted un hombre de mundo, Morris y estoy seguro de que comprenderá —dijo Dex—. Que se lo pase bien jugando y discúlpenos.

Luego Dex la sacó de allí a toda prisa.

Ella sólo tuvo tiempo de despedirse de Paul. Llegaron delante de una puerta cerrada, con un hombre que parecía estar de guardia delante. El hombre les abrió la puerta. Parecía un boxeador de los pesos pesados, con la correspondiente nariz rota.

Una vez dentro, Beth se encontró en un pasillo iluminado tenuemente. Dex seguía a toda velocidad y ella le fue a preguntar dónde estaba el fuego.

Le habría gustado quedarse a charlar un rato con Paul. Entonces vio la furia que se reflejaba en la mirada de Dex.

—¿Es el viejo Morris amigo tuyo? —le preguntó.

—Sí, es un muy buen amigo...

Beth no pudo terminar la frase, se vio apretada contra la pared por el cuerpo de él, sus labios se encontraron de una forma completamente dominante. Sorprendida por esa súbita agresión, trató de liberarse. Pero se vio impotente ante una fuerza tan superior a la suya propia. Además, aquella arrogancia era hasta excitante.

De repente sucedió algo peculiar. En un momento dado, ella estaba luchando contra él y, al siguiente, sintió como si su cuerpo se fundiera contra el de Dex. El beso de él se suavizó, su lengua le trazó los contornos de la boca y luego le mordisqueó levemente el labio inferior hasta que, con un suspiro, ella se rindió por completo y entreabrió los labios. Levantó las manos y enterró los dedos en ese sedoso cabello negro y le devolvió el beso con toda su alma.

Los labios de él quemaban, su lengua jugueteaba con la de ella en un juego erótico. Las manos de Dex se apoyaron en sus hombros desnudos. Luego las bajó, recorriéndole los senos y sólo cuando sintió una de ellas deslizándose por entre las piernas y bajo la falda, la asaltó el pánico.

—No.

Beth le agarró la muñeca todo lo fuertemente que pudo.

Dex levantó por fin la cabeza. Respiraba de una manera sorprendentemente agitada.

—Un liguero. ¿Qué estás tratando de hacerme? —dijo sacando la mano de debajo de sus faldas y apartándose.

Luego se quedaron mirándose a los ojos, ninguno de los dos fue capaz de hablar por un momento, pero fue Dex el que se recuperó antes.

—Supuse que serías dinamita, pero he de admitir que hasta yo me he quedado sorprendido de lo explosivos que podemos ser juntos.

Ella estaba tan sorprendida por su propia reacción violenta que no podía hablar.

—Tenía razón. Tenía que haberte dejado en la sala de juego. Eres más que una distracción, eres un arma letal, chica —dijo él sonriendo.

Luego la tomó de la mano y añadió:

—Ven y te mostraré el resto de mis nuevos juguetes, antes de que nos metamos en más problemas.

Beth agradeció su actitud más controlada.

Entonces apareció el señor Black al final del pasillo y Dex volvió a su comportamiento de hombre de negocios.

La dejaron sentada en la oficina y se retiraron a una habitación interior. Dex le había dicho que era el despacho del gerente y también donde estaba la caja fuerte.

Beth se pasó el resto de la velada en una especie de limbo emocional, tratando de comprender su caótica respuesta física y emocional hacia Dex.

Se alegró cuando, después de que él saliera del despacho, se ofreciera a llevarla a su casa. En el coche quedaron en que la llamaría a las diez de la mañana siguiente. Luego la acompañó hasta la puerta de su apartamento y la besó levemente en los labios. Un beso que era una especie de promesa.

Cansada pero contenta, Beth se metió en la cama esperando dormirse. Pero permaneció despierta durante horas, sin poder dejar de pensar en todo lo que había pasado esa noche.

De repente, recordó una cosa más, y era curiosa. Dex le había puesto unas fichas en la mano y le había dicho que jugara. En ese momento estaba decidido a dejarla en la sala de juego y, cuando apareció Paul, cambió de opinión de repente. ¿Se habría puesto celoso? Seguramente eso demostraba que estaba tan afectado por ella como ella lo estaba por él. Con ese feliz pensamiento se quedó dormida por fin.

Capítulo 3

Beth se despertó en una brillante mañana de otoño y sonrió. El día era todo un reflejo de como se sentía por dentro y se sentía así porque Dexter Giordani había entrado en su vida. Se metió en la ducha y pronunció su nombre en voz alta, amando su sonido casi tanto como al hombre en sí mismo.

Se quedó helada de repente. La enormidad de lo que había admitido para sí misma la golpeó como un mazo. Se metió lentamente en la ducha y abrió el grifo. Lo imposible había sucedido. Se había enamorado a primera vista.

Frunció el ceño. ¿En qué estaba pensando? En el amor. Pero no podía ser. Ella siempre se había sentido orgullosa de ser juiciosa en lo que se refería a los hombres y nunca había permitido que un hombre le afectara demasiado.

El ejemplo de su madre le había enseñado desde muy pequeña que no existía el amor verdadero. Y ver el ir y venir de las novias de su hermanastro confirmaba su escepticismo. Y, sin embargo, allí estaba ella, babeando de amor por un hombre al que acababa de conocer.

Dex era un hombre de mundo y experimentado. Probablemente sabía perfectamente cómo le estaba afectando a ella. ¿A quién estaba engañando Beth? No era probablemente, sino positivamente. Se ruborizó cuando recordó la forma en que la había besado y acariciado. Cortó el agua caliente y abrió del todo la fría.

Después se preparó el desayuno y, mientras se lo tomaba, pensó que debía ir más despacio con Dex. Al fin y al cabo, el sentido común le decía que apenas lo conocía.

Una hora más tarde le abrió la puerta al objeto de sus turbulentas emociones.

—¿No me merezco una sonrisa? —le preguntó él.

Ella se las había arreglado para permanecer calmada el tiempo suficiente como para decirle hola por el telefonillo y abrirle la puerta, pero verlo allí en carne y hueso hizo desaparecer todo tipo de decisión juiciosa de su cabeza.

No lo pudo evitar y lo devoró con los ojos.

Pensó que parecía hasta peligroso, vestido de negro. Hasta entonces siempre lo había visto vestido formalmente, pero esa mañana llevaba un jersey de cuello vuelto, chaqueta de cuero y unos vaqueros gastados.

Unos vaqueros que se le pegaban como una segunda piel.

Se ruborizó intensamente y levantó la mirada. Cuando alcanzó sus ojos, se ruborizó más todavía.

Le brillaban con un destello de lo más sensual. Sabía perfectamente la manera en que le afectaba su masculinidad.

—¿Me vas a dejar entrar o voy a tener que quedarme aquí todo el día?

—No, no, por supuesto, Pasa... —balbuceó ella como una idiota.

La risa de él sólo aumentó su confusión.

Una vez dentro, él miró a su alrededor.

—Esto no era lo que me había esperado —dijo agitando la cabeza.

Era su hogar e, inmediatamente, Beth se puso a la defensiva.

—Sólo llevo un par de meses viviendo aquí y se necesita tiempo y dinero para amueblar una casa.

Lo cierto era que el salón era pequeño, una de las esquinas estaba llena con el ordenador y la mesa de dibujo, otra con la televisión y el equipo de música. En las paredes había puesto algunos de sus carteles favoritos. Delante de la mesa de café que había comprado en Portobello Road estaba el único sillón. El resto del mobiliario consistía en tres baratos y coloridos *puffs*.

Dex se acercó a ella, le puso un dedo bajo la barbilla para hacerla mirarlo a los ojos y dijo:

—No lo he dicho para ofenderte. Me encanta la decoración. Es como tú, brillante y colorista.

—Sí, bueno...

—Me ha sorprendido la mesa de dibujo. Realmente trabajas como diseñadora gráfica y, evidentemente, te tomas tu trabajo en serio si te traes trabajo a casa.

—No suelo hacerlo a menudo, pero me gusta experimentar con ideas en el ordenador y luego pasarlas a dibujo tradicional. Creo que consigo verlas mejor de esa manera.

—Verlas mejor... —dijo Dex volviendo a mirar a su alrededor—. Es una buena idea. He de recordarla. Bueno, a no ser que pretendas hacerme un recorrido turístico por el dormitorio, creo que será mejor que nos vayamos.

—Estoy muy segura de que tú nunca has necesitado que una chica te haga un recorrido turístico por su dormitorio. Los hombres como tú han nacido sabiendo ya el camino.

Dex se rió.

—Ya me conoces demasiado bien. Eso te hace ser una chica peligrosa.

Una vez ya en la calle, la ayudó a instalarse en el asiento del pasajero de un BMW negro y siguieron bromeando mientras él conducía. Dex le contó algunas anécdotas de los jugadores que había conocido en algunos de sus casinos. Ella se rió cuando le contó la historia de una dama entrada en años que estaba de vacaciones en uno de sus cruceros. Al parecer, después de pasar por Sicilia, se había quejado amargamente al capitán porque le habían dicho que el volcán Etna estaba vivo, pero no había entrado en erupción cuando ella estuvo allí.

Beth al oírlo hablar, se dio cuenta de que él también se tomaba muy en serio su trabajo. Su cuartel general estaba en Roma, donde él pasaba la mayor parte del tiempo, pero siempre estaba visitando sus hoteles, sus cruceros y casinos. En ese momento se estaba hospedando en su hotel de Londres. Tenía un apartamento en Nueva York, pero prefería vivir en Italia y ella supuso que su hogar de verdad estaba en Roma.

La información que estaba dándole debía tranquilizarla, pero sucedió todo lo contrario. Él era un magnate de los negocios dinámico y sofisticado, muy lejos del alcance de una diseñadora gráfica en sus comienzos.

Pero cuando lo miró de reojo, esperó estar equivocada. Incluso le pareció más joven y no con tanta seguridad en sí mismo. Tal vez fuera por la ropa que llevaba. Lo miró por un largo momento con una evidente admiración femenina.

Para quitarse de la mente los pensamientos que le producía su cuerpo, le preguntó:

—¿Adónde vamos? No me lo has dicho.

Él le dedicó una sonrisa abierta.

—Relájate. Al Bosque Nuevo, espero.

—¿Conoces el camino?

—No te preocupes. Llevo un picnic ya preparado en el maletero. Podemos comer en el coche si fuera necesario.

Pero no tuvieron que hacerlo. Pronto Dex aparcó a la entrada de un camino forestal al borde de un claro. Beth salió del coche y miró encantada a su alrededor. El sitio era perfecto. El Bosque Nuevo en octubre, con todas las hojas de colores, rojo, amarillo y dorado, haciendo contraste con el verde profundo de los pinos. Era una maravilla.

Anduvieron por entre los árboles de la mano, vieron muchos conejos y, por supuesto, los ponies salvajes por los que era famoso ese bosque. Incluso atisbaron un pequeño ciervo.

Luego volvieron al coche y Dex extendió sobre una de las mesas de madera con bancos el clásico mantel a cuadros y dejó en medio la cesta del almuerzo.

Preparado por el supermercado de los mejores grandes almacenes de Londres, por supuesto, pensó Beth sonriendo. Hacía un calor poco habitual para la época, así que ambos se quitaron las chaquetas.

Después del copioso almuerzo, a Beth le entró sueño, se tumbó en el suelo plácidamente y se quedó dormida.

De repente notó que algo le estaba mordiendo la oreja y otra cosa le estaba subiendo por el brazo.

Se tensó y volvió la cabeza. No era algo, sino alguien.

—Estás irresistible cuando duermes —le dijo Dex al oído.

Apoyado en un codo, su gran cuerpo estaba sobre el de ella y con la mano libre le acariciaba un brazo.

—Dex —murmuró ella—. ¿Dónde está la cesta?

Se había quedado dormida con la cesta haciendo de barrera entre ellos y se había despertado muy pegada a él, tanto que notaba perfectamente el calor de su cuerpo a través de la tela de sus ropas.

—Tan práctica y a la vez tan perfecta —respondió él suavemente recorriéndole a besos el trayecto entre la oreja y la boca.

Luego volvió de nuevo atrás y la besó en la punta de la nariz.

Beth estaba completamente cautivada.

—La aparté porque pensé que no te ibas a despertar nunca y sentía un apetito mucho más exigente. Necesitaba desesperadamente abrazarte, besarte.

Y lo hizo.

El beso fue todo cariño y pasión y Beth cerró los ojos y se dejó ir mientras un caleidoscopio de sensaciones la recorrió.

—Me vuelves loco, Beth —susurró él—. Mírame. Serás mía.

Ella abrió los ojos, pero el beso le había quitado la respiración y no pudo hablar.

—¿No respondes, querida? Entonces deja que te convenza.

De repente, ella se dio cuenta de que también lo deseaba. El calor surgió del centro de su cuerpo hasta alcanzar todos los extremos.

—Pero...

Estaban allí tumbados sobre una manta en un lugar público, donde cualquier podía pasar. Pero se calló cuando la mano de él se deslizó sobre uno de sus senos y su cabeza descendió de nuevo. Le acarició los contornos de la boca con la lengua, provocando una respuesta que ella no pudo esconder. ¡Y tampoco quiso hacerlo!

Dex siguió besándola, profundizando con la lengua y terminando con todas las inhibiciones que le quedaran. Beth le devolvió los besos con ardor.

—Por fin —susurró él—. Me deseas.

Luego se apartó un poco, la miró a los ojos y añadió:

—Y Dios sabe que yo te deseo a ti. Me muero de deseo.

Beth permaneció inmóvil, atrapada por la pierna que él le había puesto encima, la dura masculinidad la hacía ser consciente de la veracidad de ese deseo y el pulso se le aceleró hasta alcanzar las proporciones de un terremoto. No puso ninguna objeción cuando él le desabrochó la blusa, pero cuando se la apartó, no pudo evitar un leve gemido de arrepentimiento.

—Ah, vaya —dijo él bromeando—. Hoy llevas sujetador.

Pero un segundo más tarde le había soltado el cierre delantero y le quitó a la vez la blusa y el sujetador.

—Si esto era para contenerme, Beth, no ha funcionado. Eres tan hermosa... Tan perfecta...

Beth sintió como todo su cuerpo se ruborizaba.

Nunca antes le había permitido semejante intimidad a ningún otro hombre, pero no lo podía evitar con Dex. Lo que se había temido era cierto, no le podía negar nada. Le acarició el cabello con ambas manos mientras se pegaba involuntariamente contra las de él. Luego Dex acercó los labios a uno de sus pezones y se lo introdujo en la boca, rozándoselo con la lengua para a continuación hacer lo mismo con el otro. Entonces Beth pensó que se iba a desmayar de placer.

No hizo nada cuando él le apartó los muslos con una de sus piernas, ni cuando le bajó la cremallera de los pantalones y le puso una mano sobre el vientre. Se sintió un poco abandonada cuando la boca de él se apartó de sus senos, pero su mirada de deseo le indicó que aquello no se iba a quedar así y entonces la volvió a besar ansiosamente.

Beth le acarició los anchos hombros con manos temblorosas por debajo del jersey. La sensación de su suave piel fue como un afrodisíaco para ella. Notó como el cuerpo de él se estremecía. Un calor húmedo surgió de sus entrañas cuando notó como los dedos de él se introducían por dentro de sus bragas y encontraban su parte más secreta. Pero cuando Dex se colocó encima de ella y sintió toda la dureza de su excitación masculina, le entró el pánico como se supone que les pasa a las vírgenes como ella.

Abrió mucho los ojos. Encima suyo vio las ramas del árbol bajo el que estaban y el azul del cielo.

—¡No! No, Dex —exclamó agitándose y agarrándolo por la muñeca—. ¡No puedo!

A pesar de que todos los nervios de su cuerpo gritaban de deseo, el miedo a la más plena intimidad, desconocida, era mayor.

—¿No? No me puedes decir que no... no ahora, Beth —gruñó él tratando de soltarse.

—Por favor, para.

Por un momento pensó que él iba a ignorar su súplica. Pero luego notó como el cuerpo de él se estremecía y, de repente, rodaba y se tumbaba de espalda.

—Lo siento —susurró ella aún agitada por el deseo.

Pero tampoco estaba muy segura de por qué se estaba disculpando.

—No lo sientes ni la mitad que yo —dijo él poniéndose en pie de un salto—. Desprecio a las mujeres que juegan de esta manera.

Ella lo miró con incredulidad. El amante de hacía un momento había desaparecido y lo había reemplazado un hombre bastante furioso.

—Vístete antes de que me olvide de que soy un caballero y tome lo que tan evidentemente me estás pidiendo, pero que no tienes el valor de admitir.

La dureza del tono de su voz y su mirada helada le llegaron al corazón. Bajó la mirada y no tuvo más remedio que ver lo excitado que él seguía, algo que no intentaba ocultar.

Apartó la mirada y se vistió. Él tenía razón; lo deseaba. Pero no así, debajo de un árbol y en un sitio público, donde cualquier los podía ver. Y, sobre todo, sin más compromiso que su mutuo deseo de sexo.

Entonces resurgieron en ella algo de su orgullo y sentido común. No era culpa suya por completo. Dex era tan culpable como ella misma. Después de todo, había sido él el que había empezado a hacerle el amor, no al revés. Se sintió muy frustrada y su actitud llegó incluso a molestarla y le dio la fuerza necesaria como para ponerse en pie y mirarlo directamente a los ojos.

—Si fueras un caballero, no habrías tratado de seducirme en un lugar público.

—Sí... sí... Sabe Dios que ya debería haberme aprendido la lección. Tú eres igual que mi...

Entonces se calló repentinamente y sus facciones cambiaron a la misma velocidad antes de añadir:

—Olvidalo. Yo ya lo he hecho.

Luego recogió los restos del almuerzo y se dirigió al coche.

Pero Beth era terca y aquello la intrigó.

—No te puedes marchar así, Dex —dijo agarrándolo del brazo—. ¿Como quién soy?

Dex se volvió y se soltó. Luego la miró fijamente en silencio.

—Tú eres única, Beth. Y yo soy un bestia frustrado. Y debería haber tenido más sentido común como para haber intentado hacer el amor contigo en un lugar público como un jovenzuelo dominado por las hormonas —dijo sonriendo—. Creo que, probablemente, tú prefieres a un hombre mayor que se pueda contener más que yo.

—Y yo creo que no has respondido a mi pregunta. Has dicho que yo soy como alguien. ¿Quién?

—Eres tenaz, ¿eh? —dijo él abrazándola—. Iba a decir que eres igual que mi hermana. Eres exacta a ella. Dulce y, ciertamente no del tipo de las que practican el sexo con un hombre así sin más, sin algún tipo de compromiso, algo así como sin un anillo en el dedo, ¿no? ¿Estoy en lo cierto?

La intensidad de su mirada le indicó a Beth su sinceridad. Él comprendía... Suspiró aliviada y sonrió ampliamente.

—Me conoces ya muy bien.

—No tan bien como quisiera, a pesar de que me da toda la impresión de que eso puede ser solucionado en su momento. Pero te prometo que no te apresuraré.

Pero sí la apresuró, aunque no de una manera sexual. Por eso, cinco días más tarde, Beth estaba delante del espejo de su dormitorio mordiendo nerviosamente el labio inferior. El abrigo de cachemira color crema le sentaba perfectamente. Era de diseño italiano y se lo había regalado Dex.

Lo había visto todos los días desde el picnic. Habían salido a cenar todas las noches. Habían hablado de todo.

Cuando Beth le dijo que, como trabajaba, tenía que acostarse pronto por la noche, él no le hizo caso, pero la dejaba en su casa a eso de las once. Normalmente se despedían en la puerta con un casto beso de despedida. De hecho, Dex se comportaba como un perfecto caballero. Pero en todo lo demás, siempre se salía con la suya.

El abrigo se lo había regalado él el día anterior, diciéndole:

—Eres una mujer hermosa y mereces llevar ropas hermosas. A mí me encanta Inglaterra, pero ni siquiera a los ingleses les gusta el clima inglés. Tú eres mi mujer y no quiero que vayas a pillar un resfriado.

Eso de que ella su mujer la había dejado anonadada, así que aceptó el abrigo.

Esa noche, mientras se dirigían del brazo al barco restaurante en el río, donde iban a cenar, se alegró del calor que le daba el abrigo.

Pero cuando estuvieron sentados en su mesa, en medio del Támesis, con todas las luces de la ciudad reflejándose en el río, lo que la calentó fue la mirada de Dex.

Fue cuando tomaban el café cuando Dex dejó caer la bomba.

—¿Te he dicho esta noche lo encantadora que eres? —dijo tomándole la mano.

—Sí, como una docena de veces.

—Me produces ese efecto, Beth. Estoy tan atontado que me repito como un loro.

—¡Tú! ¡Un loro! ¡Eso nunca! Tal vez un halcón, eso sí me lo creo.

—Loro, halcón... lo que sea. Pero este pájaro sale volando mañana.

—¿Te vas? —dijo ella sorprendida—. ¿Pero cuándo? ¿Por qué?

—Resulta que le prometí a mi hermana que iría a su fiesta de cumpleaños mañana por la noche, en Italia. Pero además tengo que estar en Nueva York el lunes, por negocios. Normalmente sólo vengo a Londres una o dos veces al año, como mucho. Ya te habrás dado cuenta de que no puedo permanecer aquí indefinidamente.

Mientras más hablaba él, más hundida se sentía ella. Ya había durado demasiado su romance de cuento de hadas. Dex se marchaba.

—Sí, claro. ¿Quién puede querer pasarse la vida viviendo en uno de los mejores hoteles de Londres? —dijo tratando de bromear, pero la voz la traicionó.

—Esto no es el final de nuestra relación, Beth. De hecho, puede que sea el principio. Puedes reunirte conmigo en Nueva York. Yo lo arreglaré todo y te prometo que te lo pasarás muy bien.

Beth se lo pensó por un momento. Se dio cuenta de que él no le había ofrecido ir al cumpleaños de su hermana, no parecía muy dispuesto a presentarla a su familia.

Evidentemente, lo que tenía él en mente era un breve ligue.

—No, lo siento. El lunes yo tengo que trabajar —dijo tratando de mantener la voz calmada.

—Por supuesto, he sido un tonto al pedirte.

Luego le hizo una señal al camarero y pidió un coñac.

Cinco minutos más tarde el barco atracó en el muelle y, aunque se permitía que los comensales siguieran allí, a Dex le entraron las prisas por marcharse.

El camino hasta el coche lo hicieron en silencio ambos, y así continuaron hasta que llegaron delante de la casa de ella.

Entonces él se volvió en su asiento y le dijo:

—¿Un anillo serviría de algo, Beth?

Ella lo miró sorprendida, no muy segura de haberlo oído correctamente.

—¿Un anillo?

Las facciones de él estaban ocultas por la sombra, pero su risa fue demasiado audible.

—¿A qué viene esa sorpresa? Después de lo del domingo me debí dar cuenta de que era la solución evidente. Te quiero en mi cama y en mi vida.

Y Beth también lo quería, pero no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Te refieres a un anillo de compromiso?

—Por supuesto.

Dex se metió la mano en un bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo.

—Espero que te guste, querida.

Ella se quedó mirando como atontada el solitario que brillaba en la caja.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad?

Aquello era uno de sus sueños hecho realidad. Miró a Dex con los ojos muy abiertos y humedecidos por las lágrimas.

—Tú me amas y quieres casarte conmigo —dijo Beth agitadamente.

—Por supuesto.

Dex le tomó la mano y se la llevó a los labios, chupándole a continuación el dedo anular y luego sonrió y le puso el anillo. Luego le apretó levemente la mano y añadió:

—Considérate comprometida, ¿eh?

—¿Comprometida?

—Cielo Santo, se te ha pegado mi comportamiento de loro —dijo él riéndose.

A continuación la tomó en sus brazos y la besó con tanta pasión que después ella se quedó más atontada todavía, mirándole a la cara.

—Ahora que lo hemos dejado todo claro, ¿puedo ver por fin tu dormitorio? Di que sí. Tú sabes que lo quieres hacer.

—Pero es muy repentino y sigo sin poder irme contigo a Nueva York —murmuró ella tontamente—, tengo que trabajar el lunes.

Él entornó los párpados.

—Tienes razón, como siempre. Te prometí que no te apresuraría.

Ella negó con la cabeza.

—Oh, no, Dex. No he querido decir...

—Shhh, Beth, tú estás cansada y yo soy un tonto insensible.

Entonces Dex abrió la puerta del coche, salió de él y luego la ayudó a salir a ella. La tomó en brazos y la llevó así hasta su portal y luego hasta la misma puerta de su casa. Una vez allí la dejó sobre los pies y la besó una vez más, antes de tomar la llave de sus manos y abrir la puerta.

—El dormitorio puede esperar, pero recuerda que eres mía. Estaré de vuelta el viernes. Sé buena.

Luego se marchó y Beth se quedó allí mirando la puerta cerrada. La cabeza le daba vueltas y el corazón le latía a toda velocidad. Estaba comprometida. Dex la amaba. Se iban a casar.

Se juró que el viernes, cuando él volviera, le demostraría lo mucho que lo amaba.

Capítulo 4

Beth bostezó y se acomodó mejor en la cama. Dex tenía razón, estaba cansada. Pero un pensamiento seguía dándole vueltas en la cabeza. Para estar recién comprometido, Dex se había comportado muy comedidamente. El viernes le parecía estar muy lejos y ese fue su último pensamiento antes de quedarse dormida.

A la mañana siguiente se despertó al sonar el teléfono.

—Lamento despertarte, Beth —dijo la profunda voz de Dex.

—Cuando quieras —murmuró ella.

—Estoy en el aeropuerto y no me podía marchar sin oír tu voz. ¿Cómo está mi novia esta mañana?

—Deseando que no te hubieras ido anoche.

—Ahora me lo dices... Y yo me voy dentro de pocos minutos. Sigue pensando así hasta el próximo fin de semana. *Ciao*.

El lunes por la mañana, Beth estaba llena de felicidad mientras se dirigía a la oficina. Todo parecía diferente; era una chica comprometida y mostraba orgullosamente el diamante que llevaba en el dedo.

Al cabo de pocos minutos lo sabía toda la empresa y, a la hora del almuerzo, se fue del brazo con su amiga y compañera Mary.

—Vamos, Beth, ¿Quién es? ¿Qué hace? Quiero conocer toda la historia desde el principio. ¿Vas a seguir trabajando, después de casarte? ¿Cuándo será la boda?

La última pregunta le dio tiempo para pensar a Beth. No sabía nada de Dex desde su breve llamada del sábado por la mañana. No habían hablado de una fecha para la boda, ni de su trabajo. De repente la asaltaron toda clase de dudas. Cuando lo pensaba, se daba cuenta de que la proposición de Dex en el coche no había sido particularmente romántica. La verdad era que incluso no podía ni recordar sus palabras exactas.

Por alguna razón no se comprendía a sí misma. Respondió muy brevemente a las preguntas de Mary. Le dijo que el nombre de él era Dex, que se habían conocido por unos amigos mutuos y que se había enamorado de él a primera vista.

Mary se alegró de verdad por ella.

—De acuerdo, estoy convencida de que lo amas. Pero el matrimonio... Beth, ¿no es un poco apresurado? Los romances apasionados y repentinos suelen ser frágiles.

Cuando volvió a su casa por la tarde, era un mar de dudas. Después de todo, apenas conocía a Dex. Unos pocos días no era tiempo suficiente como para decidir pasar el resto de la vida con un hombre, como le había dicho Mary cuando salieron juntas de la oficina.

Pero la llamada de Dex desde Estados Unidos media hora más tarde le curó ese estado de ánimo en cuestión de segundos. Iba a volver antes de lo esperado. Su avión llegaría el miércoles a mediodía.

—Esa es una noticia maravillosa. Te he echado de menos —le dijo ella alegremente.

—Sí, bueno, y yo a ti —respondió él sin mucho entusiasmo.

Cuando continuó hablando, Beth se dio cuenta de la razón.

Le contó que, desafortunadamente, la compra de un nuevo casino no había ido tan bien como se esperaba. El director del mismo, un hombre de unos cincuenta años, al parecer había tenido un lío con su muy inteligente y joven secretaria, una mujer que iba a pescar a un hombre mucho más mayor.

Beth pensó que Dex realmente tenía algo en contra de las mujeres que salían con hombres mayores, pero no se lo pudo decir porque él continuó hablando.

Al parecer, completamente en contra de la política de la compañía, el director le había confiado a la chica la combinación de la caja fuerte y ella no había aparecido a trabajar ese día. Cuando el director hizo averiguaciones, descubrió que ella había desaparecido durante el fin de semana y, con ella, una gran cantidad de dinero del casino. Lo habían denunciado ya a la policía.

—Lamento que tengas problemas, Dex. Pero me alegro de que vuelvas.

—No, Beth. Yo lamento aburrirte con los negocios, pero no te preocupes, lo tendré todo arreglado unas horas después de que llegue a Inglaterra. Te llamaré a tu apartamento no más tarde de las cuatro. Estate preparada y esperándome, cenaremos pronto y luego pasaremos una muy larga noche juntos, ¿eh?

A Beth le alegró que él no pudiera ver como se ruborizaba, pero cuando él se rió al oír sus balbuceos, se dio cuenta de que él sabía lo que estaba sintiendo.

Miró a su alrededor el pequeño salón por enésima vez; nada estaba descolocado. Se había tomado el día libre en el trabajo para prepararse para la llegada de Dex y el apartamento estaba imaculado. El frigorífico estaba lleno de una selección de *delicatessen* y una botella de champán, que no sabía si era del bueno, pero sí del caro.

Ella misma se había lavado y perfumado a la perfección y su maquillaje era todo lo perfecto que había podido lograr. No le quedaba más que esperar.

Miró su reloj y suspiró. Aquello no iba bien. Ya eran las cinco y media y si seguía allí se volvería loca. Sin darse tiempo de cuestionarse lo que iba a hacer, tomó su bolso, se puso una chaqueta de lana roja a juego con la minifalda que llevaba, echó una última mirada a su alrededor y salió por la puerta.

Llamó a un taxi y le dio la dirección del Club Seymour. No podía esperar más. Dex le había dicho que lo esperara, pero estaba claro que no se imaginaba que fuera a retrasarse tanto en el club, así que, ¿por qué no darle una sorpresa presentándose allí?

Cuando entró en la zona de las salas de juego apareció el señor Black.

—¿Es usted socia, señora? —le preguntó sin aparentar reconocerla.

Aquel no era un buen principio, pensó ella y, por un momento se sintió presa de un pequeño ataque de nervios. Entonces recordó que ella era la novia del dueño y le dijo orgullosamente:

—El señor Giordani me está esperando. Soy su novia —dijo agitando delante de su cara el anillo de compromiso—. Si recuerda, nos conocimos la semana pasada.

Se sintió aliviada al ver la más leve de las sonrisas en el rostro del hombre.

—Por supuesto, Bethany Lawrence. Perdóneme, el señor Giordani está en la oficina. Ya conoce el camino.

—Gracias —respondió ella sonriendo ampliamente.

Dex estaba allí y lo vería al cabo de unos momentos.

Abrió la puerta del despacho exterior y entró. Detrás de la mesa se encontraba una mujer de mediana edad hablando con alguien por teléfono.

—Lo siento, señor, pero como trabajadora temporal, no hago horas extras. Terminó a las seis y me marchó ahora mismo.

Mientras Beth la observaba, el rostro de la mujer se puso escarlata.

—¡No se preocupe, no lo estaré! —gritó la mujer y colgó de golpe.

Luego miró a Beth y le dijo enfadada:

—Si ha venido a ver al señor Giordani, está ahí dentro, con otro cerdo machista americano. Quédese aquí si quiere esperar, pero yo me marchó ahora mismo y no volveré. Ese hombre es un tirano.

Luego tomó su bolso, apretó un botón del intercomunicador y se marchó.

Beth pensó que aquel era otro mal augurio. ¿Y ahora qué? Miró la puerta cerrada del despacho interior y algo de su valor la abandonó. Dex estaba allí, pero al parecer, tenía compañía. ¿Debía entrar o esperar?

Se acercó a la mesa y se sentó en el sillón. Tal vez si llamara por teléfono y le dijera a Dex que estaba allí...

Miró la centralita, no muy segura de cómo funcionaba. Luego tomó el auricular y apretó un botón. Horrorizada, oyó entonces una voz.

Pero no provenía del teléfono, sino del intercomunicador.

—Como has aterrorizado a la secretaria y se ha marchado, ya no hay nada más que hacer aquí. Estas notas van a tener que esperar hasta mañana. Así que, ¿qué te parece si tú y yo nos vamos a tomar algo por ahí?

Beth no reconoció la voz, así que dejó en su sitio el auricular, pero la voz siguió sonando.

—¿Recuerdas las dos modelos de la otra vez? Tengo el número de teléfono de Deirdre. ¿Qué me dices?

Beth miró alucinada los botones que tenía delante. ¿Cuál de ellos apagaría aquello? No le gustaba nada el aspecto de esa conversación y deseó no tener que escucharla.

—Lo siento, Bob, pero desafortunadamente, tengo una cita anterior.

El corazón le dio un salto a Beth cuando oyó la voz de Dex. Lo de desafortunadamente no era lo que hubiera querido oír, pero peor fue lo que siguió.

—Tal vez en otro momento. Pero nos podemos tomar algo aquí antes de marcharme. A esta chica en particular no le importa esperarme.

De repente a Beth se le quitaron todas las ganas de apagar esa máquina.

Pudiera ser que a ella no le importara esperar, de hecho ya llevaba dos horas haciéndolo. Pero no tenía que decírselo a su amigo.

—¿Es una chica fácil?

—Sorprendentemente, no. Beth es muy resistente a mis encantos, y es una chica lista —dijo Dex riéndose—. Esas son algunas de las razones por las que me he comprometido con ella la semana pasada.

—¡Cielos, no me lo creo! ¡Uno de los misóginos más famosos del mundo y te has comprometido en matrimonio! ¿De verdad que le has regalado un anillo?

—Sí, lo he hecho.

—Pero yo creía que, después de todo lo que te hizo tu ex esposa, Caroline, de todo el dinero que se quedó, juraste que no te volverías a casar.

Ex esposa. Esas palabras resonaron en la mente de Beth durante un momento. Dex nunca se la había mencionado, ni siquiera que había estado casado anteriormente. Se puso pálida y pensó que debía haberle hecho saber que estaba allí.

De repente se quedó helada al oír las siguientes palabras de Dex.

—¿Quién ha dicho algo de matrimonio? Puede que nunca lleguemos a eso. Basta con decir que la chica estaba saliendo con Paul Morris, yo vi la oportunidad de parar eso y lo hice.

—Ah, ya veo. Tu hermana Anna sigue loca por Morris, ¿no?

—Sí. Personalmente no sé qué puede ver en él, pero lo quiere y ya me conoces, haría cualquier cosa para que ella tenga lo que quiere. Al parecer, después de un año juntos, Morris decidió que era demasiado mayor para ella y le dijo que se merecía a alguien más joven, alguien que le pudiera dar la familia que ella desea... Lo que es irónico, dadas las circunstancias. Pero de todas formas, tuvieron una buena pelea y él se marchó de Italia y volvió aquí. Cuando vine aquí por negocios el mes pasado. Anna me acompañó. Estaba decidida a arreglar las cosas con él. Lo llamó a su casa y su ama de llaves le dijo que estaba cenando fuera. Por supuesto, Anna me convenció para que fuéramos al mismo restaurante. Esa noche no llegué a

cenar ya que, tan pronto como llegamos, Anna lo vio con otra mujer más joven que ella incluso. Conociendo el carácter de mi hermana, ya te puedes imaginar lo que sucedió a continuación. Mi primer pensamiento fue ir a por Morris, pero Anna me hizo prometer que no me metería.

El estómago se le hizo un nudo a Beth. Sintió ganas de vomitar; tenía que salir de allí. Pero no pudo moverse, esa conversación la tenía fascinada.

—¿Cómo conociste a la chica que estaba con Morris? —preguntó Bob.

—Por pura coincidencia... el destino, si quieres. Ya conoces a Brice, hemos hecho negocios con él anteriormente. Quiere que firmemos un nuevo contrato. Cosa de una semana o así después de lo del restaurante tuve una reunión con él, el mismo día en que su empresa daba una fiesta. Llegó una joven pareja e hicieron una representación de cabaret... no muy buena, por cierto. La chica terminó tirada en el suelo.

Beth oyó las risas y el entrecocar de unas copas. Estaban bebiendo y riéndose de ella. ¿Qué más evidencia necesitaba de su propia estupidez?

—Al principio pensé que eran unos idiotas. Pero cuando la chica me miró con unos grandes y hermosos ojos verdes, la reconocí como la que estaba cenando con Morris. Beth no es del tipo con que suelo salir. Es joven y bastante pequeña, pero tiene algo. Me di cuenta de por qué le gustaba a Morris. Y eso me proporcionó la oportunidad perfecta para ayudar a Anna sin romper la promesa que le hice. El resto, como se dice, es historia, decidí apartarla de Morris y darle a Anna la oportunidad de recuperarlo. No fue difícil; la hice saber que yo soy tremendamente rico y, como todas las mujeres, se tragó el anzuelo.

—¿Pero por qué te arriesgas a otra cazafortunas como Caroline? Y, lo que es más importante, ¿por qué te has comprometido con ella si no tienes intención de casarte?

—La verdad es que yo no he dicho eso, Bob. Después de todo, ya no soy joven y me gustaría tener un hijo y heredero. Creo que Beth es suficientemente joven y ansiosa como para ser una esposa buena y obediente.

Beth ya había oído bastante. Más que suficiente. Se levantó y, un poco mareada, apoyó la mano en el interfono, logrando irónicamente lo que había querido hacer antes. Las voces enmudecieron.

Cerró los ojos tratando de no llorar. Así que ella era suficientemente joven y ansiosa como para ser una esposa buena y obediente, ¿eh? Ahora ya sabía lo que Dex pensaba en realidad de ella. Un amago de sonrisa se reflejó en su rostro. ¡Y no tenía nada que ver con el amor! La había utilizado para que no volviera a salir con Paul Morris. ¿Pero por qué? ¿Por qué mentir?, ¿Por qué llegar tan lejos por su hermana?

Se miró la mano en la que llevaba el anillo con el solitario. Se lo quitó del dedo y lo metió en el bolso, no podía soportar mirarlo.

Necesitaba pensar, pero no allí ni en ese momento, tenía que salir de allí.

Y lo hizo a todo correr.

Cuando por fin dejó de correr lo hizo porque se quedó sin respiración.

Se apretó la cintura con los brazos y se dobló por el dolor.

—¿Está usted bien, señorita?

Levantó entonces la cabeza y se encontró con la mirada preocupada de un policía.

—Sí, sí, estoy bien —dijo ella, obligándose a levantarse.

—¿Está segura?

—Sólo me he quedado sin respiración. Corría porque no llegaba a un autobús —mintió.

Pero el policía pareció creerla.

Por eso, cinco minutos más tarde, iba a bordo de un autobús del que no tenía ni idea de a dónde se dirigía y tampoco le importaba.

Beth miró encantada a su alrededor y luego sonrió brillantemente a su acompañante.

—¡Paul, esto es fabuloso! Nunca te lo podré agradecer lo suficiente. Cenar en Park Lane hace que me sienta deliciosamente decadente.

—Al contrario que tu madre, Beth, tú no podrías ser decadente aunque quisieras —dijo su extremadamente atractivo acompañante sonriendo indulgentemente.

Lo cierto era que se trataba de un hombre muy atractivo, con su cabello plateado y su aire de distinción.

Tenía razón, pensó Beth. Su madre se había casado por quinta vez el año en que ella cumplía los dieciocho. No la había visto desde entonces, pero no le importaba. Hacía ya tiempo que había abandonado las esperanzas de tener con ella una relación de madre e hija.

Pero Paul Morris había sido el único adulto que había tenido cerca constantemente en sus veintiún años de vida. Había sido amigo de su padre, era su padrino y había administrado la pequeña cantidad de dinero que le había dejado su padre para financiar su educación y la había apoyado en sus ambiciones de ser diseñadora gráfica, animándola a ir a la universidad local en Torquay.

Ella descubrió pronto, después de graduarse ese mismo mes de julio, que sus posibilidades para trabajar en eso en Devon eran muy limitadas, pero Paul había utilizado sus nada despreciables influencias para encontrarle un trabajo en una empresa de publicidad que utilizaba su compañía. También la había ayudado a encontrar su pequeño piso de alquiler. Ella llevaba en Londres desde hacía más de dos meses y estaba encantada. ¡Y ahora estaba cenando en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad!

Le devolvió la sonrisa y dijo bromeando:

—¡Creo que me podría acostumbrar muy fácilmente a este estilo de vida!

Paul levantó su copa y ella hizo lo mismo.

—Por ti, Beth, y por tu futuro éxito como diseñadora gráfica. Yo podría haber pulsado algunas cuerdas para conseguirte una promoción en la empresa, pero por lo que dice el director artístico, tienes un talento natural, y además eres una buena chica. Algo que yo siempre he sabido.

Él era el padre que ella nunca conoció y, probablemente, la persona más amable que había conocido en su vida. Se le hizo un nudo en la garganta, pero logró responder:

—Por ti, Paul; tu ayuda y comprensión durante todos estos años han hecho lo que soy yo hoy día.

Los dos le dieron un trago a sus copas y una mirada de puro amor y comprensión se cruzó entre ellos. Entonces, fue como si se abrieran de golpe las puertas del infierno...

De reojo, Beth vio a una mujer morena muy atractiva acercarse a la mesa. Para su sorpresa, la mujer tomó el plato de Paul y le tiró el contenido por encima de la cabeza.

—¡Cerdo! ¡Dijiste que yo era demasiado joven para ti...!

Entonces la mujer la miró a ella y cambió el inglés por un idioma que Beth supuso que era italiano. Y también dudó que las palabras fueran elogiosas, precisamente.

Con los ojos como platos y boquiabierta, Beth miró a Paul. La salsa de menta le chorreaba por la frente y tenía un trozo de carne de cordero encima de la cabeza. Estaba hecho un asco. Anonadada, miró la copa que aún tenía en la mano, en la que flotaban algunos guisantes. Dejó la copa sobre la mesa y, con cuidado, los sacó de ella.

Había leído libros en los que el protagonista terminaba con un plato de espagueti sobre la cabeza, pero de alguna manera, el cordero en salsa de menta no tenía el mismo efecto. Miró a Paul, que se había puesto en pie y le estaba diciendo algo en voz baja a la mujer, algo que evidentemente no le gustó nada, por la furia que se leyó en sus ojos oscuros.

De repente apareció un hombre y tomó a la mujer por la cintura. Era alto y fuerte. De espaldas muy anchas. No podía verle la cara. Se estremeció, no creía que Paul tuviera muchas posibilidades contra ese gigante, evidentemente lleno de agresividad masculina.

Pero no tenía que haberse preocupado. En cuestión de segundos, el desconocido se estaba llevando a la mujer fuera del restaurante.

Su rostro reflejó la sorpresa que sentía. Miró a Paul y él, con toda la sofisticación de un verdadero caballero, le preguntó primero a ella si estaba bien y se disculpó por la interrupción. Luego, con toda tranquilidad, le dio instrucciones al *maître* para que les limpiaran la mesa y les sirvieran otros platos.

Beth agarró por la manga a Paul.

—¿De verdad que quieres que sigamos aquí ahora? —le dijo al darse cuenta de las miradas divertidas del resto de los comensales.

—Beth, querida —le dijo soltándose y limpiándose con la servilleta antes de volverse a sentar—, recuerda lo de levantar la nariz y todo eso. La marca de un verdadero inglés es permanecer frío en cualquier circunstancia. Aparte de eso, tengo hambre y no tengo ninguna intención de dejar de cenar por una mujer latina demasiado excitable.

—¿Pero quién era? ¿Y por qué...?

Paul levantó una mano.

—Olvídala, Beth. Yo ya lo he hecho.

—Pero estaba furiosa...

—Ya lo sé, ese tipo de mujer siempre lo está. Creo que eso es uno de los pequeños trucos de la naturaleza. Mientras que a algunos hombres les gustan las mujeres fieras y apasionadas en la cama, otros las rehuyen como la peste. Y esa es, probablemente, la razón por la que yo no me haya casado nunca.

—Eres increíble —dijo Beth sonriendo cuando la gracia de la situación se le hizo evidente—. Tienes la cara llena de salsa.

—Entonces, ¿me perdonas un momento? Voy al lavabo.

Cuando volvió, Beth le dijo:

—Eres sorprendente, Paul. Tan suave. La mayoría de los hombres se habrían muerto de vergüenza y habrían salido corriendo de aquí después de semejante escena.

—Eso achácaselo a los años que pasé en Eton y luego olvídalos. Disfruta de tu cena antes de que se enfríe.

Y, sorprendentemente, ella lo hizo.

Para cuando Paul la dejó en su casa, ambos se reían con ganas de todo el episodio. Pero más tarde, cuando ella ya estaba en la cama, Beth se preguntó qué clase de relación habría tenido Paul con esa mujer y, por un segundo, sintió compasión por ella.

A pesar de que Paul era una figura paterna para ella, era suficientemente mujer como para darse cuenta de que era un hombre muy atractivo. Alto, elegante y rico; había heredado de sus padres una finca en Devon y unos viñedos en el sur de Italia. Además, no aparentaba sus cincuenta y tres años. De hecho, era un soltero bastante apetecible.

A las seis de la tarde del día siguiente, mientras salía del ascensor en la planta baja del edificio donde estaba su empresa, vio que Paul la estaba esperando en la puerta y la sonrió.

—Yo no hablaré de lo de anoche si tú no lo haces —le dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—Eso es lo que me gusta de ti, Bethany Lawrence. Tienes el aspecto de tu madre, pero la forma de ser de tu padre. Eres una muchacha muy inteligente. ¿Qué te parecería venir a una cena temprana conmigo esta noche? Esta vez te puedo asegurar que no pasará nada.

Por supuesto, ella accedió y, después de cenar en un pequeño restaurante francés, Paul la llevó a su casa.

En el portal, le dijo:

—¿Quieres pasar a tomar un café o tienes otra cita?

Estaba bromeando; eran sólo las diez de la noche y conocía muy bien la pasión que él sentía por los casinos cuando estaba en la ciudad.

—Para ser tan joven, eres demasiado cínica y me conoces demasiado bien —dijo él acariciándole la mejilla—. Tienes razón, las mesas me están esperando y pretendo pasarme los próximos meses en el campo italiano. Será mejor que me marche. Cuídate y sé buena. Ya sabes como localizarme si me necesitas.

—Sí. Y gracias de nuevo por todo, Paul.

Luego lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Y tú sé bueno también... Si es que puedes, viejo verde.

—A continuación le sonrió y entró en el edificio.

Beth se preguntó cuándo volvería a ver a Paul. A veces pasaban meses y, a pesar de que sabía que siempre estaba allí para ella, lo echaba de menos. Pero él tenía su propia vida y ella la suya. Le iba bien el trabajo, se había hecho amiga de Mary, una nueva como ella y a menudo salían a comer o al cine. O simplemente se iban a un pub a tomar algo y a cotillear. La vida le sonreía... ¿Qué más podía pedir?

Ahora Beth lo sabía y ese conocimiento le producía un dolor increíble. Había deseado que Dex la amara, que se casara con ella, pero todo había sido un juego para él. Dex le había pedido que saliera con ella para apartarla de Paul. El que él pensara que ella era de la clase de chicas que salen con un cincuentón sólo por su dinero lo decía todo. No la respetaba como persona. Probablemente a ninguna mujer, excepto su hermana.

Pensando en Paul y en el comentario que había hecho sobre levantar la nariz, se negó a llorar y sonrió amargamente. Esa noche hacía tres semanas desde esa famosa cena con Paul y, exactamente, trece días desde el día en que conoció a Dex. Lo de la mala suerte del trece era cierto en su caso...

—Hey, señorita. ¿Sabe adónde va? —dijo el conductor del autobús interrumpiendo sus amargos pensamientos.

—Lo siento, ¿dónde estamos ahora? —preguntó ella poniéndose en pie.

—En la esquina de Leceister Square.

—Está bien, gracias —murmuró al tiempo que salía del autobús.

Se moría de ganas de llorar, pero sabía que no podía. Todavía no. No tenía ningún sitio a donde ir, salvo a su casa y, si Dex no la estaba esperando, sabía que la llamaría en cualquier momento. No era de la clase de hombre que dejaba que una mujer se le resistiera. Necesitaba un plan, una excusa, alguna manera de librarse de él sin revelar lo que sabía. El orgullo no la dejaría comportarse de ninguna otra manera y lo único que le quedaba era el orgullo.

Capítulo 5

Beth salió del metro a la fría noche y caminó la corta distancia que la separaba de su casa, con toda la atención concentrada en el plan que se le había ocurrido. Su desesperación se había visto reemplazada por una fría ira.

No le iba a decir a Dex que Paul era su padrino; ¡la víbora de su hermana se podía ir al infierno por ella! Seguramente terminarían descubriéndolo, pero no por ella.

—¿Dónde demonios te has metido?

De repente se vio detenida por un furioso Dex, que la agarró por los hombros.

—Llevo horas esperándote dentro del coche, esperándote y preocupado por ti. Black me dijo que habías llamado al club.

—Sí, lo hice, ¿pero qué estás haciendo tú aquí? ¿No recibiste mi nota?

—¿Nota? ¿Qué nota? ¿De qué me estás hablando? ¿Y por qué estamos teniendo esta conversación en plena calle?

Beth se estaba preguntando lo mismo. Si no se sentaba se caería o algo peor, caería en sus brazos. El contacto con él estaba surtiendo su efecto habitual.

—Por Dios, dame tu llave y entremos a tu casa. No es así en absoluto cómo me había imaginado esta reunión. Creo que te dije que me esperaras.

—Si me sueltas, lo haré.

Entonces él la soltó y ella retrocedió y sacó las llaves.

No se dijeron nada más hasta estar dentro del apartamento de ella.

Beth trató de comportarse con naturalidad, llegó al centro del salón y, lentamente, se volvió y lo miró.

—¿Café, té o algo más fuerte? —le preguntó sonriendo educada y fríamente.

—No quiero tomar nada —respondió él acercándose y deteniéndose a sólo unos centímetros de ella—. Sólo quiero algunas respuestas, mi querida novia.

—Bueno, yo sí que quiero beber algo —dijo ella dirigiéndose a la puerta de la cocina—. Siéntate, no tardaré mucho.

—¡Oh, no!

Una fuerte mano masculina la agarró por un brazo y la hizo volverse.

Sus miradas se encontraron entonces y algo brilló en los de él que la hizo estremecerse de alarma.

—Por favor, suéltame.

—Yo nunca te haría daño intencionalmente, Beth. Nunca.

Entonces le puso las manos en los hombros atrayéndola hacia su cuerpo. Incluyó la cabeza hacia ella y Beth lo vio como atontada, sabiendo que la iba a besar. Luego él la besó de una manera exigente y decidida. Beth apretó los dientes, pero Dex siguió sujetándola. Por mucho que ella tratara de permanecer fría e insensible, al final entreabrió los labios y, aprovechándose de ello, Dex le introdujo la lengua con tanta sensualidad que la hizo estremecerse, cerró los ojos e inevitablemente, le devolvió el beso.

Cuando Dex la soltó por fin, ella casi se cayó al suelo, pero él la sujetó y con la otra mano la hizo levantar la cabeza para que lo mirara.

—Debería haberte besado primero en vez de gritarte. Estoy seguro de que tienes una explicación sencilla. Perdóname.

Beth se percató amargamente de que la mirada de él había cambiado de ser amenazante a sentir complacencia por su sumisión. ¡Que lo perdonara! Deseó matarlo, pero bajó los párpados para ocultar la ira y humillación que sentía. Entonces empezó con su bien preparado discurso.

—No, Dex, eres tú quien me tiene que perdonar —dijo soltándose.

Luego se sentó en el único sillón cómodo y añadió:

—Te dejé una nota con tu secretaria en el casino diciéndote que tenía que ir a visitar a un amigo enfermo al hospital.

Beth había pensado que, dada la salida que había presenciado de la secretaria temporal, era muy improbable que la mujer volviera a trabajar allí, así que se sentía razonablemente a salvo con esa mentira y, además, aunque se había marchado mucho después que ella, nadie la había visto hacerlo. Por otra parte, estaba segura de que él no haría averiguaciones. ¿Por qué las iba a hacer? Ella no le importaba.

Se produjo un largo silencio y Beth pudo notar su mirada en la cabeza, que tenía bajada. Necesitó de todo su autocontrol para levantar la cabeza y mirarlo.

—No recibí ninguna nota, pero tampoco vi marcharse a la secretaria.

—Ya ves, ha sido un simple error. Olvidémoslo —dijo y cambió repentinamente de conversación—. Dime, ¿ha tenido tu hermana una bonita fiesta de cumpleaños?

Él la recorrió con la mirada.

—Sí, no la veo muy a menudo, así que fue agradable. Fue una lástima que no pudieras venir conmigo.

Beth pensó que era un mentiroso y que no se lo había pedido. Probablemente le preocupaba que Paul pudiera estar también y que ella pudiera destruir las posibilidades de su hermana con él. El que él evitara su mirada se lo confirmó.

Pero de repente, él la miró fijamente, de una forma dura e implacable; todo el fuerte cuerpo de él se puso tenso.

—Vamos a no seguir diciendo tonterías, Beth. No has ido a visitar a ningún amigo enfermo; me estás mintiendo y quiero la verdad. Y será mejor que sea una buena historia. No soy famoso por mi paciencia y tú la estás llevando al límite.

La tentación de decirle lo que podía hacer con él y su paciencia fue casi imposible de resistir. Pero el orgullo y el sentido común se lo impidieron.

—Sí, fui a visitar a mi amiga Mary, compañera de trabajo. Apendicitis.

—¿De verdad? —dijo él incrédulamente—. Bonito vestido. ¿Chanel, no? Te pega. Tu amiga debió sentirse muy halagada.

—Sí.

Beth maldijo la tontería que había cometido el día anterior, cuando había aprovechado la hora del almuerzo para comprarse el elegante vestido, la camisola y la ropa interior a juego. Además, se había gastado todos sus ahorros y el salario del mes siguiente. Todo por Dexter, ya que a quien había querido halagar había sido a él.

—Seguramente demasiado para ir a visitar a una amiga enferma. Y, que yo sepa, las horas de visita de los hospitales no llegan hasta la noche. ¿Por qué clase de tonto me tomas?

—No sé lo que quieres decir —murmuró ella nerviosamente.

—¡Basta! —rugió él—. ¡Ya estoy harto de tus mentiras!

Entonces la agarró por los hombros fuertemente.

—Ahora me vas a decir la verdad —dijo abriéndole la chaqueta, dejando al descubierto la camisola y la evidente ausencia de sujetador.

Ella se ruborizó intensamente.

—¿Qué haces?

Pero Dex no la hizo caso y, terminando de quitarle la chaqueta, la dejó caer al suelo.

La recorrió con la mirada desde el rostro hasta los senos y ella, horrorizada, notó como se le endurecían los pezones.

Entonces Dex sonrió y a ella se le heló la sangre.

—Muy bonito, pero tú no te pondrías esto por otra mujer —dijo tomándole la mano—. Y recuerdo haberte regalado un anillo de diamantes, *cara mía*. ¿Lo has perdido? ¿O es que has encontrado a alguien más rico? ¿Alguien que te excite más?

Beth no dijo nada y recordó algunos de sus momentos íntimos. Estaba segura de que él sabía perfectamente que nadie la podía haber excitado nunca hasta ese nivel. ¿Cómo se atrevía él a insinuar que era una cazafortunas? ¿Ella, que todavía no había conocido hombre a esas alturas de su vida? Por un momento se sintió demasiado enfadada como para responder. Cuando abrió la boca, se dio cuenta de que había esperado demasiado.

—Tu silencio es suficiente respuesta. ¿Me vas a decir quién es? ¿O tendré que sacártelo por las malas?

La otra mano de él la agarró por el cabello y la hizo mirarlo a los ojos.

—Muy bien, muy bien, te diré la verdad —dijo ella amargamente—. De alguna manera tienes razón, lo siento, Dex. No sabía cómo decírtelo. Casi tan pronto como te marchaste me di cuenta de que no eres mi tipo, pertenecemos a dos mundos muy distintos. A mí me gusta vivir en Londres, me gusta mi trabajo y salir con mi círculo de amistades. Con algunos más que con otros —dijo obligándose a sonreír, dándole a entender que había más hombres en su vida, pero sin darle nombres—. Tú y yo hemos tenido un breve ligue. Ha estado divertido, pero se acabó.

El rostro de él se oscureció y apretó los labios. Entonces, de repente, la soltó y ella cayó de nuevo en el sillón. Cuando por fin ella encontró el valor de levantar la cabeza y mirar a Dex, se dio cuenta de que su plan había surtido efecto.

Él se había puesto muy pálido y los ojos le echaban chispas. Luego agitó la cabeza.

—Eres como las demás, una zorra mentirosa y tramposa.

Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

¿Cómo se atrevía ese tipo a insultarla? ¿Cómo se atrevía a hacer como si el traicionado fuera él cuando había sido ella la que había hecho la tonta? Incluso había llegado tan lejos como para regalarle un anillo. ¡El anillo!

Tomó su bolso del suelo, lo abrió, sacó el anillo y se puso en pie.

—¡Espera!

Él se detuvo y se dio la vuelta. Beth estiró el brazo.

—¿No te olvidas de algo? —dijo ella sonriendo cruelmente—. Tu anillo.

Dex la miró con indiferencia.

—Quédatelo. Un recuerdo de una relación fallida. A no ser, por supuesto, que me quieras pagar por él. Al contrario que con las docenas que ha debido haber antes que yo, todavía no me has mostrado tu dormitorio.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Le tiró el anillo y gritó:

—¡Vete! ¡Largo de aquí!

El anillo le dio en el pecho y cayó al suelo. A Dex le brillaron los ojos de furia.

—A mí no me echa nadie —dijo él en voz baja.

—Hasta ahora.

Pero entonces él avanzó y Beth no tuvo más remedio que retroceder hasta el pasillo que daba a su dormitorio.

—Nunca nadie lo ha hecho. Y mucho menos una chica como tú.

Beth no pudo evitar el estremecimiento que le produjo el contacto de sus manos en los hombros desnudos, él sonrió entonces diabólicamente.

—Una chica que no sabe si rechazarme o echarse en mis brazos — bromeó él sarcásticamente—. Creo que realmente tenemos que conocer la respuesta a eso, Bethany. ¿No te parece?

—¡No, no! —gritó ella cuando vio en su expresión lo que tenía en mente.

Se estremeció cuando sus manos se deslizaron sobre sus hombros y le agarraron los brazos. Deseó gritarle que parara, pero le fallaron las palabras cuando Dex la levantó y metió la cabeza en el valle entre sus senos. Luego le abarcó la punta de un seno con la boca, que estaba apenas oculto a su vista por la fina seda de la breve camisola que ella llevaba.

Se agarró a sus cabellos para sujetarse.

—Bájame —le dijo mientras pataleaba en el aire, tratando de darle una patada. Pero no pudo contra su mayor altura y fuerza y, lo que era peor, contra la exquisita sensación que su cálida boca le estaba produciendo.

—Lo haré —dijo bajándola hasta que estuvieron cara a cara—. Tan pronto como encuentre tu dormitorio.

—¡No!

Pero él la llevó hasta allí y abrió la puerta de una patada.

—¡No puedes hacer esto! ¡Bájame!

—Puedo hacerlo y lo haré.

De repente ella se encontró tirada de espaldas contra la cama. Lo miró desde allí y Dex ya se había quitado la chaqueta, la corbata y la camisa.

Su pecho musculoso, bronceado y levemente cubierto de vello oscuro era una visión espectacular. Una línea de vello se metía tentadoramente por la cintura de los pantalones, que se abrió enseguida.

Beth abrió mucho los ojos con una mezcla de horror y fascinación. ¡Se estaba desnudando!

—¡No lo puedes hacer! ¡Sal de aquí! ¡Te exijo que te marches!

Dex se quitó del todo los pantalones y ella añadió:

—¡Póntelos! ¡Para!

Cuando Dex se quedó en calzoncillos trató de incorporarse, pero ya era demasiado tarde.

—¡Oh, no! —dijo él tumbándose también en la cama y sobre ella. Luego la agarró del cabello y la besó.

Beth se hubiera esperado un beso duro, pero la confundió con la suave presión de sus labios. Con la lengua le trazó los contornos de la boca mientras le abarcaba un seno con la otra mano. Beth gimió y entonces él aprovechó el momento y su lengua se introdujo en las profundidades de su boca.

¡No había derecho! Las manos de él empezaron a moverse expertamente sobre sus senos, bajándole los tirantes de la camisola. El pulso se le aceleró y ella se estremeció tratando de controlar el efecto que le estaba causando.

Podría haber resistido su ira, pero esas caricias en los ahora desnudos senos y el roce de sus dedos sobre los endurecidos pezones le enviaban oleadas de excitación. Beth se sintió flaquear. La razón de su ira hacia él le pareció nada en comparación con el placer sensual que Dex estaba despertando en ella.

Él levantó entonces la cabeza y la recorrió los senos con la mirada y una lenta y sensual sonrisa se formó en sus labios cuando le quitó la camisola y le bajó la falda por las esbeltas caderas.

—No —gimió ella tratando de mantener el control.

—Sí, Beth, sí. Me deseas. Sabes que me deseas.

Luego bajó la cabeza y empezó a lamerle los senos.

Beth gimió y se pegó contra esos labios. Le agarró la cabeza e hizo un último e inútil esfuerzo para apartarlo, entonces él se metió un pezón en la boca y ella se vio perdida. En vez de apartarlo, sus dedos se entrelazaron involuntariamente en su cabello y se lo acariciaron.

—Eso es, Beth —dijo él empezando a dedicarse al otro seno—. Déjate ir, querida.

La mano de Dex le bajó por el vientre y se llevó las bragas. Ella se estremeció cuando sus fuertes dedos le acariciaron la parte interna de los muslos y se entretuvieron en los suaves rizos que protegían el corazón de su femineidad.

Beth le soltó el cabello y empezó a acariciarle la espalda. El roce de su vello contra la sensible piel fue una dulce agonía y entonces él la volvió a besar en los labios y la respuesta de ella fue inmediata, le deslizó las manos

por la espalda hasta llegar al trasero. ¿Cuándo se había quitado los calzoncillos? No lo sabía y tampoco le importaba.

Dex la hizo separar las piernas y Beth se estremeció ya que, mientras la besaba en los labios, sus dedos encontraron sus otros labios secretos.

Ella nunca había conocido unas sensaciones tan deliciosas. Su duro cuerpo masculino, el olor a sexo, las delicias táctiles que encontraba tocándolo y la increíble sensación que notaba en el vientre. Aún así, una leve voz de cordura le indicaba que tenía que decir que no. Pero no lo quería hacer. Su cuerpo ansiaba saber a dónde la llevaría ese delicioso asalto.

Beth lo miró a los ojos, a sólo unos centímetros de los de ella y el corazón se le detuvo al ver la pasión que se reflejaba allí y eso la hizo ponerse tensa.

Dándose cuenta, Dex le dijo:

—No, Beth, ahora no.

Entonces se metió decididamente entre sus piernas. Su poderoso cuerpo la atrapó debajo y la volvió a acariciar los senos para continuar con todo su cuerpo mientras su rígida masculinidad se apretaba contra el vientre de ella, pero no más allá.

Beth lo miró a la cara con ojos llenos de pasión. Entonces lo vio sonreír y bajó hacia ella, pero todavía no la poseyó. En su lugar la volvió a besar sin dejar de acariciarle la parte más secreta. Beth le clavó las uñas en la espalda. Lo deseaba ahora, deseaba que la llenara, que hiciera algo que apagara el fuego que la consumía.

Dex levantó la cabeza.

—Me pregunto cuántos hombres te han visto así, con tu cuerpo lujurioso suplicando por ellos.

Deseó decirle que ninguno. Decirle la verdad, pero le fue imposible porque entonces él volvió a lamerle un seno y a mordisquearle la punta; se estaba hundiendo en un mar de delicias sensuales y sólo Dex podía salvarla. La volvió a besar intensamente. Luego levantó la cabeza y la miró con sus grises ojos casi negros de deseo.

—¿Qué quieres, Beth? Dilo. Di que me deseas.

Ella lo miró con ojos muy abiertos. La había traicionado, pero lo amaba tanto que se moría por él. Ella se merecía esa noche de amor. ¿Estaba eso mal? Supo instintivamente que nunca más volvería a desear a

un hombre tanto como deseaba a Dex. Entonces la mano de él se deslizó entre sus dos cuerpos y la volvió a acariciar íntimamente, haciendo que separara más aún las piernas.

—Por favor. Te deseo —confesó ella por fin, dejando que sus instintos tomaran el control de la situación.

—¡Maldita sea! Mi nombre, Beth. Di mi nombre.

—Dex —gimió ella y empezó a darle besos en el pecho y a acariciárselo con la mano.

Dex la tomó las manos y se las apartó. Luego le puso las suyas en el trasero y la penetró ferozmente.

Ella sintió un agudo dolor y gritó, pero entonces él le cubrió la boca con la suya y se tragó el grito con un beso voraz. Luego, por un momento, se quedó muy quieto.

La miró fijamente y empezó a hablar en italiano a toda velocidad, por lo que ella no entendió ni una palabra. Pero el dolor que había sentido ante su posesión se le había pasado ya y sus músculos se apretaron alrededor de él. No estaba haciendo el amor obligada, Dex tenía razón, le había pedido que la tomara. Entonces, lentamente, él se salió.

—¡No, por favor!

No podía parar ahora. Se agarró a él y Dex se introdujo de nuevo en ella, su gran cuerpo moviéndose poderosa y rítmicamente de una forma que la llevó a un estado de catatonia.

Después ella gritó su nombre y se estremeció como si el cuerpo le estallara. De repente notó como Dex se estremecía también. Se dejó caer sobre ella agitándose espasmódicamente.

Lo único que se oía eran sus agitadas respiraciones.

Beth no quería volver a moverse. Permaneció un largo rato así, todavía unida a Dex, preguntándose qué clase de milagro había experimentado. Ninguno de los libros que había leído ni ninguna de las charlas de chicas la habían prevenido para aquello. Lo abrazó por un largo tiempo, olvidándose por completo de la realidad de la situación hasta que, de repente, Dex rodó y se tumbó de espaldas.

—Tengo que ir al cuarto de baño. ¿Dónde está? —le preguntó.

Esas palabras prosaicas la devolvieron de golpe a la realidad.

—Este es un apartamento pequeño. Estoy segura de que un hombre de tu inteligencia lo puede encontrar sin problemas.

—El sarcasmo no te pega, Beth.

Dex se sentó en la cama y luego le dio un beso en los labios.

—Además, mi pequeña inocente, estas cosas no se pueden volver a utilizar y, tengo la sensación de que tú y yo no hemos terminado todavía.

Sólo entonces se dio cuenta de que él había utilizado protección. Se ruborizó profundamente y tiró de la sábana para cubrirse el cuerpo.

—Demasiado tarde, Beth, lo he visto todo.

Luego Dex, completamente indiferente a su propia desnudez, se levantó.

Ella lo recorrió fascinada con la mirada. Era un hombre perfecto, aunque fuera un cerdo. No, probablemente eso sería insultar a los cerdos.

Con todo, no podía apartar los ojos de él.

—Beth, para mi sorpresa y encanto, he descubierto que no tienes ninguna experiencia con los hombres.

Luego él se rió y ella se ruborizó más todavía.

Bajó la mirada y se sintió arder de ira y humillación.

Capítulo 6

Ganó la ira... Furiosa, tomó una almohada y se la tiró, pero no le dio y él desapareció por la puerta. El sonido de su risa sólo la enfureció más todavía.

De repente se dio cuenta de la enormidad que había hecho. Saltó de la cama y sacó una bata y unas zapatillas del armario. Se las puso y salió de la habitación a todo correr, pero antes recogió del suelo la falda y la camisola, que metió bajo la cama jurándose que nunca más se las pondría.

Tenía que librarse de Dex y sólo podía pensar en eso. Se metió en la cocina y se puso a preparar café.

Cuando lo hubo hecho y se lo estaba tomando, se preguntó cómo iba a poder enfrentarse con él. Pero antes de que lo pudiera saber, la puerta se abrió y él apareció en la cocina y se acercó a ella. Estaba vestido de nuevo, pero con la camisa por fuera de los pantalones. Parecía exactamente lo que era, un hombre que acababa de practicar el sexo con una mujer.

—Yo también me tomaré una taza de café, Beth, ya que parece que no me ofreces nada más, dada tu huida del dormitorio.

Beth dejó su taza de golpe sobre la mesa. Cualquier esperanza que pudiera haber tenido en el subconsciente de que tal vez le pudiera perdonar, se desvaneció inmediatamente. Lo que él le acababa de decir la había convencido de que no pertenecían a los mismos mundos. Lo miró airada, como si lo estuviera viendo por primera vez.

Y lo que vio fue un poderosamente atractivo depredador. La palabra exacta era animal, ya que tenía la sensibilidad de un rinoceronte. Parecía que no le importaba nada el que la hubiera seducido y arrebatado su virginidad. De hecho, según sus palabras, podía tomarla a ella o una taza de café.

—Beth, ¿estás bien?

Ella pensó furiosa que nunca más lo volvería a estar.

—Lo estoy. Pero tú ya te puedes marchar de aquí ahora mismo. No quiero verte más en mi vida.

Dex se acercó más.

—No lo hagas —le dijo ella levantando las manos—. No te atrevas a acercarte a mí. ¿No has hecho ya bastante daño esta noche?

Dex la miró fijamente a los ojos.

—No lo dices en serio, Beth. Estás alterada, le suele pasar a algunas chicas la primera vez —dijo él agarrándola por los hombros—. La próxima vez será mejor, te lo prometo.

Beth casi se atragantó.

—No va a haber una segunda vez. No quiero tener nada que ver contigo. Te lo dije hace una hora, pero no me escuchaste. Me has forzado.

—¡Que te he forzado! Tú me has seguido. Me lo estabas suplicando.

—No. Tú me has forzado a hacerlo.

—No mientas, Beth. Tú me deseabas y lo sabes. Yo te lo he preguntado a cada paso que he dado; sólo tenías que decir que no.

Las lágrimas asomaron a los ojos de ella. Eran lágrimas de rabia o arrepentimiento, no lo sabía.

Se apartó de él y lo miró.

—Lo intenté.

—Si crees eso, realmente deberíamos hablar.

—No, no tengo nada que decirte. Salvo que salgas de mi casa y de mi vida.

Dex se quedó en silencio por un momento.

—No lo entiendo. Tú rompiste nuestro compromiso. Luego te has derretido en mis brazos. Y después me acusas de haberte forzado y me pides que me vaya.

—¡Eso, vete!

—Oh, no. No hasta que no te haya hecho tragarte tus mentiras.

—¡Yo no miento!

Pero entonces él la abrazó y la besó con fuerza.

Un beso al que ella no pudo evitar responder, con un deseo que no podía disimular.

Dex sonrió devastadoramente.

—¿Te he forzado? Creo que no, querida. Tú estás dispuesta a seguirme.

Ella no supo de dónde sacó la fuerza para empujarlo, tal vez de su humillación.

—Tal vez forzar sea una palabra demasiado fuerte —dijo Beth—. Pero si no me forzaste, si me coaccionaste.

—Y te encantó. Tengo las huellas de tus uñas en la espalda para demostrarlo.

—Tal vez, pero sólo fue sexo y, seguramente, en el futuro lo haré con muchos más hombres. No ha sido para tanto —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Puedes hacerlo, por supuesto. Eres una chica guapa y, evidentemente, tienes talento para el sexo. Pero...

—Gracias, pero no necesité tu experta opinión. Sólo necesito que te marches. Llevo dos horas tratando de librarme de ti y, para ser un hombre sofisticado, has sido tremendamente obtuso, no has recibido el mensaje.

—He recibido tu mensaje hace ya tiempo. Eres una pequeña aprendiz de cazafortunas. Te has agarrado a tu virginidad como si fuera una inversión, esperando venderte al mejor postor. Pero esta vez lo has intentado con el hombre equivocado.

Aquello ya fue demasiado para Beth, así que le dio una sonora bofetada.

—Toma esto, cerdo, y vete de una vez.

Dex se frotó la mejilla con una mano, pero con la otra le agarró la muñeca férreamente.

—Si fueras un hombre, podría matarte —le dijo él entre dientes—. Pero dado tu estado emocional, te permito que me abofetees.

Aquello era lo último para Beth, ya no podía aguantar más, así que bajó la cabeza y murmuró desoladamente:

—Por favor, vete.

Sorprendentemente, cuando levantó de nuevo la cabeza, vio que él se dirigía a la puerta. Entonces le gritó:

—¡Llévate tu anillo! Tiene que estar por ahí, en alguna parte.

Dex se volvió en la puerta y la miró indiferentemente.

—Quédatelo. Ahora te lo has ganado.

Luego salió de su apartamento y de su vida. O por lo menos, eso creía ella...

Beth miró horrorizada su imagen en el espejo del cuarto de baño. No podía ir a trabajar con ese aspecto. Estaba hecha un verdadero asco después de no haber dormido nada esa noche, lo que no era de extrañar, después de todo lo que había pasado. Hizo lo que pudo para arreglarse, desayunó y se fue a trabajar.

Cuando llegó a la mesa de recepción de la empresa, Lizzy, la recepcionista, se dio cuenta de que no llevaba el anillo.

—Hola, Beth. ¿Ya has perdido el anillo? —le preguntó alegremente.

Beth se ruborizó, pero se obligó a responder jocosamente:

—He perdido al hombre. El anillo, no.

—¡Oh, Beth! ¿Quieres decir que has roto tu compromiso?

—Sí. Estoy libre de nuevo.

—Beth, lo siento.

—No lo hagas. Yo no lo siento. He conservado el anillo, una inversión para la vejez.

Luego se alejó de allí y tomó el ascensor que la llevó al taller de dibujo.

Para cuando terminó el día, todo el mundo en la empresa lo sabía ya y los comentarios variaron de la solidaridad de la mayor parte de las chicas a los chistes de los hombres.

Sólo Mary, su amiga, no se creyó su actitud de indiferencia. La arrinconó en el lavabo y le preguntó:

—¿Qué ha pasado de verdad, Beth?

Beth ansió llorarle en el hombro, pero el orgullo la hizo decir:

—Tenías razón. Los romances repentinos no funcionan. Dex y yo nos besamos unas cuantas veces. Él me regaló el anillo y yo creí que estaba enamorada. Pero ayer, cuando lo vi después de unos cuantos días, los dos nos dimos cuenta de que no había nada entre nosotros.

—Si tú lo dices... Pero recuerda que, si necesitas un hombro sobre el que llorar o alguien en quien confiar, yo estoy aquí.

Beth le dedicó una sonrisa trémula.

—Lo sé, pero de verdad que estoy bien.

Sorprendentemente, al cabo de dos semanas ya estaba casi bien. Mientras preparaba la mesa en la cocina para cenar tres personas, incluso canturreaba. Mike iba a llevar a cenar con ellos a su novia, Elizabeth, para que se conocieran. Luego los tres se iban a ir a una fiesta de Halloween. Beth estaba ansiosa por ir. Además, agradecía no haber visto a Mike desde el numerito que habían montado con el cabaret y por lo tanto, él no sabía nada de su romance con Dex, así que no le haría preguntas incómodas.

Los cotilleos en el trabajo habían durado apenas tres días, ella se había enfrascado en sus diseños y había escondido el anillo en lo más recóndito de un cajón.

Pero el problema lo tenía por las noches. Sola en la cama no podía evitar que su mente traidora recordara al detalle todo lo que había pasado allí y, cuando lograba dormirse, lo hacía agitadamente, soñando con él.

Pero esa noche, se prometió a sí misma, iba a empezar de nuevo a relacionarse con la gente, pensó mientras se maquillaba. Conociendo a su hermanastro, si alguien la podía hacer reír, ese era él.

Sonó el timbre de la puerta y se apresuró a abrirla sonriendo abiertamente. Luego se echó a reír.

—¿Eres tú, Mike? —le preguntó cuando dejó de hacerlo.

Iba vestido de esqueleto de la cabeza a los pies.

—¿Quién más podría ser, hermana? Deja que te presente a Elizabeth.

A Beth le gustó la chica enseguida. Cualquier mujer que tuviera el valor de ir a conocer a la hermana de su novio vestida de bruja tenía que ser una persona divertida.

—Encantada de conocerte —dijo sonriendo.

La chica le devolvió una sonrisa sincera, aunque enmarcada por una gran nariz falsa y ganchuda, una boca mellada y una barbilla puntiaguda con su correspondiente verruga.

—Hola, Beth. Deja que primero te diga que esto ha sido idea de Mike.

La chica miró entonces a Mike y se sonrieron.

Esa mirada hizo que el corazón le doliera a Beth y le dolió más todavía cuando Mike tomó a la chica de la mano y la levantó para que Beth la mirara.

—Eres la primera en saberlo, Beth. Elizabeth y yo nos comprometimos anoche.

El anillo era hermoso, un brillante zafiro azul rodeado de diamantes. Beth les dio la enhorabuena y se enjugó una lágrima que se le escapó.

—Y eso no es todo, Beth. El lunes me ascienden a director de ventas, casi el doble de mi sueldo actual.

—Ah, así recuperaré el dinero que te he estado prestando durante todos estos años —bromeó ella.

—¡Hey, despacio! Todavía no he cobrado, pero mi crédito ha subido.

Elizabeth agitó la cabeza y se rió junto con Beth.

Así siguieron el resto de la cena, alegres y riendo. Luego Beth hizo café y lo tomaron en el salón, ya que la fiesta no empezaba hasta las diez.

Elizabeth y Mike compartieron el único sillón y Beth se sentó en el suelo sobre un cojín.

—Ahora que ya sabes mis noticias, Beth, ¿cómo te trata a ti la vida? —le preguntó Mike de repente—. Realmente pareces una gata sobre ese cojín. ¿No crees que ya es hora de que te compres algo más de mobiliario?

Beth maulló muy convincentemente.

—Me he dejado los bigotes en el cuarto de baño.

Su disfraz de gata, consistía en una malla negra que le cubría todo el cuerpo y con una larga cola, además de un gorro con dos orejas que le cubrían el cabello.

—Voy a ponérmelos ahora mismo —dijo sin responder a las preguntas de su hermanastro.

Diez minutos más tarde, apareció de nuevo en el salón e hizo una pirueta.

—¿Soy o no una gata? —dijo sonriendo.

—¿Una gata? No.

—¿No? Creí que el disfraz era bueno.

—Tal vez una gatita. Eres tan pequeña... —dijo Mike riéndose.

Con las bromas, ni Beth ni Mike oyeron el telefonillo y fue Elizabeth la que respondió.

—Le he dicho que suba, Beth. ¿Te parece bien?

Beth se levantó del suelo y la miró extrañada.

—¿A quién? ¿Qué?

—A Dexter Giordani. Ha dicho que es un amigo tuyo y, como Mike me ha dicho que hace negocios con él, he supuesto que estaba bien.

—¿Qué? —exclamó Beth horrorizada.

—¡Vaya! ¿Así que estás saliendo con el gran hombre? —dijo Mike sonriendo de oreja a oreja.

—¡No!

Entonces sonó el timbre de la puerta y Elizabeth abrió.

Beth se quedó mirando al hombre que apareció en la puerta. No podía moverse. Dex miraba a su alrededor en el mismo estado de *shock*.

—*Dio*, ¿qué es esto? ¿Un manicomio?

Mike salió al rescate con su buen humor habitual.

—Pase, pase —le dijo a Dex y le presentó orgullosamente a su novia.

Elizabeth se fijó en ese hombre alto y moreno, impecablemente vestido de oscuro y con una camisa blanca como la nieve y le dijo a Mike:

—Ya sabía yo que no debí dejar que me convencieras para ponerme este disfraz. Estoy hecha una facha.

—Realmente no es así, Elizabeth. Estás realmente impresionante. Nunca he visto una bruja más atractiva —dijo Dex sonriendo—. Ni tampoco un esqueleto más vivo. Y con respecto a la gata... No creo que nunca haya visto un felino más perfecto.

Entonces la recorrió con la mirada de arriba abajo y ella se estremeció.

El disfraz de terciopelo se pegaba a su figura como una segunda piel y la forma en que él la miró, deteniéndose más en sus senos, la hizo ruborizarse. Cuando sus miradas se encontraron, la de ella reflejó su ira.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —le preguntó en voz baja para que los otros dos no la oyeran.

—El disfraz es de lo más apropiado para ti, Beth querida.

Luego la tomó por los hombros y, para su sorpresa, inclinó la cabeza. Por un momento ella pensó horrorizada que la iba a besar, pero sólo le rozó la mejilla con los labios.

—Y todavía tengo las marcas de tus uñas para demostrarlo —añadió al oído.

Beth se ruborizó más todavía y, tratando de disimular, le dijo a su hermanastro:

—Vamos, Mike, será mejor que nos marchemos o llegaremos tarde.

Se acercó a la puerta y, desde allí, se atrevió a mirar de nuevo a Dex.

—Encantada de volverte a ver, Dex, pero como te darás cuenta, nos vamos. Llámame la próxima vez que pases por la ciudad.

—Sí, lo haré —dijo él suavemente al tiempo que se acercaba a la puerta.

Beth le abrió la puerta con una educada sonrisa en los labios. Se sintió tremendamente aliviada cuando se marchó. Miró las llaves que tenía en la mano y se dio cuenta de que, con ese disfraz, no podía llevar bolso.

—Dámelas a mí, Beth —le dijo Elizabeth al darse cuenta del dilema—. Yo soy la única que lleva bolsillos, como me ha recordado Mike cuando tomamos el taxi.

—Así es él —respondió ella riéndose.

Capítulo 7

Beth no supo como había pasado, pero media hora antes estaba echando a Dex y ahora él la estaba ayudando a salir de la limusina que se había detenido delante del restaurante de un antiguo amigo de la universidad de Mike. Estaba cerrado al público por esa noche para la fiesta privada.

Ella se soltó y le espetó:

—No necesito tu ayuda, muchas gracias.

Para Beth, apretada en la trasera del coche entre Mike y Dex, había sido un trayecto infernal. Incapaz de comprender la actitud de Mike de invitarlo en el último momento, había permanecido todo el viaje irritada y en silencio.

—No es necesario que te tomes tan en serio el papel de gata arisca, Beth —le dijo él sonriendo.

—Y tampoco es necesario que tú estés aquí. Podías haber rehusado la invitación de Mike. No vas disfrazado y vas a llamar la atención.

—Lo que sea, pero no te puedo abandonar en un momento de necesidad.

—¿De necesidad?

¿De qué le estaba hablando? Necesitaba a Dex tanto como un agujero en la cabeza.

—Me enorgullezco de ser todo un caballero y era evidente que no tenías un acompañante para la velada. Ya sabes lo que se dice, dos es compañía y tres multitud, así que he tenido que ofrecerme para ahorrarte la vergüenza.

Eso la irritó más todavía.

—¡Si hubiera querido un acompañante para esta noche me habría conseguido uno!

—Si tú lo dices... Pero entremos, estamos interrumpiendo el tráfico.

Entonces ella se dio cuenta de que era cierto, sin que supiera cómo, él la rodeó la cintura con un brazo y la hizo dirigirse a la entrada.

—No tengo acompañante porque no quiero. Esta noche pretendo ver cómo está el terreno.

—Yo estoy en el terreno —murmuró él—. Juega conmigo.

Beth lo miró y se quedó sin aliento. No pudo dejar de ver el destello de deseo de sus ojos.

Beth trató de apartarse de él, pero la entrada estaba llena de gente que los hizo apretarse uno contra otro. Dex la hizo avanzar entre toda esa gente hasta el comedor, donde había mucho más espacio.

Intensamente consciente del contacto de sus cuerpos y de la mano de él, que ahora reposaba sobre su hombro, Beth necesitó de toda su fuerza de voluntad para contener un estremecimiento.

Todo el mundo iba disfrazado de las cosas más variopintas y la música sonaba a todo volumen. Todos parecían divertirse mucho.

—Tu hermanastro parece tener unos amigos muy interesantes —comentó Dex irónicamente.

Beth siguió su mirada hasta una dama francamente voluptuosa que parecía vestir sólo tres hojas estratégicamente colocadas. ¿Qué tendría que ver ese disfraz con Halloween?

Entonces vio a Mike y Elizabeth y se dirigió hacia ellos. De repente un fuerte tirón de la cola de su disfraz la hizo retroceder de golpe y casi caerse sobre un duro cuerpo. Tratando de recuperar el equilibrio, se dio la vuelta y se agarró a lo primero que encontró, así que se vio mirando de cerca la pechera de la camisa de Dex. Apoyó las manos en su ancho pecho y trató de apartarse.

—¿Quieres soltarme la cola?

—Es una cola preciosa, Beth —respondió él divertido.

Luego se enrolló la cola en la mano hasta que la palma descansó sobre su trasero.

—De hecho, me encanta tu disfraz. Los gatos son mis animales favoritos. Es un disfraz perfecto para ti.

Mientras hablaba, con la otra mano le acariciaba la espalda.

—Pues si tú te pusieras un par de colmillos serías el perfecto Conde Drácula.

Él la hizo apretarse más contra su cuerpo.

—Eso me gusta, Beth. Sobre todo si me dejas besarte el cuello.

Todo el cuerpo de ella se acaloró. Tragó saliva cuando la imagen erótica que él había creado le pasó por la mente. Las manos que tenía sobre su pecho, supuestamente para empujarlo, empezaron a acariciarlo levemente. Estaban tan cerca que era muy consciente de ese hombre en la más primitiva de las maneras. Abrió la boca para decir algo, pero no salió nada de ella, ya que él bajó la cabeza y primero le mordió suavemente y luego le chupó la única zona de piel que le quedaba al descubierto, la garganta.

Beth notó que le flaqueaban las rodillas y se le escapó un leve gemido, Dex la hizo entonces apretarse más todavía contra él poniéndole las manos en el trasero y la espalda. ¿Qué podría haber sucedido a continuación? Por suerte, Mike fue en su rescate antes de que hiciera la tonta por completo.

—¿Estáis bailando o qué? —dijo.

Dex levantó la cabeza y sonrió a Mike.

—Ahora sí... Gracias a ti.

Sin soltarla la llevó entonces hasta el centro de la pista de baile.

Beth, llena de vergüenza, se tensó en sus brazos, deseando de todo corazón estar en cualquier otra parte que no fuera allí. Aunque eso no era del todo cierto, ya que en lo más profundo de su subconsciente, se alegraba de estar tan cerca de Dex.

Su proximidad le alteraba demasiado y eso era de preocupar.

—No frunzas el ceño, Beth, eso te producirá arrugas prematuras en ese hermoso rostro.

Su cálido aliento le acarició la frente y esas cariñosas palabras la sorprendieron y levantó la cabeza.

—¿Y qué? Tú no vas a estar cerca para verlas.

Dex sonrió.

—Yo no estaría tan segura, Beth. Tu cuerpo dice una cosa muy distinta.

—No te animes. Es el calor, este disfraz es como una sauna.

Siguieron bailando en silencio por un rato. A ella le gustaba bailar y, para ser tan grande, Dex se movía sorprendentemente ligero.

Luego cambió la música y se puso más animada. Dex le dijo entonces al oído:

—¿Quieres seguir?

—Sí. ¿Por qué no?

Beth pensó que, al fin y al cabo, aquello era una fiesta y se merecía un poco de diversión, así que, soltándose de él, se puso a bailar al ritmo de la música.

—Bueno, eso si puedes —añadió.

El caso fue que él pudo.

Dex bailaba igual que hacía todo lo demás, perfectamente. Debería habérselo imaginado. Antes ya lo tenía por el hombre más atractivo sexualmente que había visto en su vida, pero al verlo moverse con tanta gracia y estilo fue una lección de erotismo que la hizo responder de la misma manera.

Estuvieron bailando una media hora más, rieron y bromearon uno con el otro en perfecta armonía. Cuando la música se puso lenta otra vez y Dex la tomó en sus brazos, Beth no opuso resistencia.

—Mi gatita, mi fantasía... —murmuró él—. ¿Harás *purrrr* para mí, Beth? ¿Completarás mi fantasía?

—Creo que es mi turno —dijo la voz de Mike antes de que ella pudiera responder.

—De acuerdo —respondió Dex volviéndose hacia Mike—. Iré a por algo de beber.

Beth se dio cuenta de que recuperaba el control de sí mismo en cuestión de segundos, mientras que a ella seguía cosiéndole trabajo respirar.

No supo si sentirse disgustada o aliviada por la interrupción de Mike.

—¿A qué ha venido esta intervención, hermano querido?

Mike dejó de bailar y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué está pasando entre Giordani y tú?

—Nada. Nada en absoluto.

—Soy yo, Mike, tu hermano. Te conozco y todavía recuerdo la mirada de cordero degollado que pusiste cuando lo viste por primera vez en esa fiesta. ¿Qué pasa? ¿Has estado saliendo con él desde entonces?

—No seas tonto. He salido con él un par de veces, lo suficiente como para darme cuenta de que no es mi tipo. Hacía semanas que no lo veía.

—¿Entonces por qué casi te estaba devorando hace un momento? ¿Y por qué ha llamado a tu puerta esta noche?

—Mike, estás empezando a parecerte a un hermano mayor con todas esas preguntas. No tengo ni idea de por qué ha llamado a mi puerta y, la verdad es que no me importa.

Pero le importaba mucho y ni ella se podía creer lo que acababa de decir. Se había pasado la última media hora con Dex y realmente se había divertido.

—Lo siento, pero Elizabeth me dijo que tenía que venir a rescatarte. No me preguntes por qué. Supongo que intuición femenina y, como sus deseos son órdenes para mí, considérate rescatada.

—Eres un tonto, pero te quiero.

—Siempre que no te dejes engañar por Giordani... —dijo Mike muy serio entonces—. Es un tipo atractivo y sé que es un brillante hombre de negocios, pero su reputación con las chicas es de lo peor.

—¿A quién estás poniendo tan mal, novio mío?

Elizabeth se puso al lado de Mike y lo tomó del brazo.

Beth miró al otro lado de la sala y vio a la chica voluptuosa que ahora estaba enseñando un seno. Luego se volvió hacia Elizabeth.

—Parece que esa chica ha perdido una hoja.

Entonces el *disc-jockey* gritó por el micrófono que era medianoche y la gente se volvió como loca.

—Oh, Cielos. No te atrevas a mirar, Mike —exclamó Elizabeth tapándole los ojos a Mike y riéndose con Beth.

—¡Aguafiestas! —gritó Mike.

—Toma, bebe y enfríate —dijo Dex uniéndose a la conversación.

Beth se volvió y se encontró con él, que llevaba milagrosamente cuatro copas de champán en las manos.

Cada uno tomó una y Beth se tomó la suya de golpe. La necesitaba. Había estado peligrosamente cerca de olvidarse de por qué había dejado a Dex. Lo miró y pensó que tenía que escapar rápidamente de su lado, si no se iba a desmayar. Sabía que Elizabeth estaba diciendo algo, pero el ruido la impedía oírlo.

—¿Qué has dicho?

Mike dejó sus copas sobre una mesa y se acercó a Beth.

—La fiesta se está desmadrando demasiado —dijo intercambiando una mirada de comprensión masculina con Dex por encima de ella—. Nos marchamos.

Luego tomó de la mano a Elizabeth y se dirigieron a la salida.

Dex le quitó la copa a Beth de entre los insensibles dedos y la dejó también sobre la mesa.

—Y nosotros.

—No, la fiesta se está caldeando.

Eso lo dijo no porque deseara quedarse, sino sólo por contrariarlo.

—Si se caldea más llegará a la ilegalidad —dijo él agarrándola de la muñeca—. Mike y Elizabeth necesitan que los lleven a casa. Vamos.

Y luego se abrió paso por entre la multitud arrastrando tras sí a Beth.

Una vez fuera, al aire libre, Dex se detuvo al pie de los escalones que bajaban al nivel de la calle.

—¿Estás bien? Pareces un poco pálida... Para ser una gata.

—Estoy bien.

Beth se quitó el gorro. Odiaba ese disfraz. Se pasó los dedos por el cabello y agitó la cabeza.

—¿Por qué llamaste a mi puerta? ¿Por qué has venido a esta fiesta? Podías haber dicho que no. ¿A qué estás jugando?.

—Preguntas, preguntas. Ten cuidado, Beth. La curiosidad mató al gato —respondió él riendo.

Ella ya estaba harta de tanta broma con los gatos.

—Me gustaría poder matarte a ti.

Luego se adelantó y bajó los escalones. Mike y Elizabeth estaban del brazo en la acera y Beth se les juntó. Dex llegó un momento más tarde y le dedicó una mirada dura, pero no dijo nada. Hizo chasquear los dedos y, milagrosamente, la limusina dobló una esquina y se acercó.

—¿Adónde vamos antes? —le preguntó a Mike.

—A mi casa. Mi novia y yo tenemos mucho de que hablar —dijo y luego le dio la dirección a Dex.

—Dejadme antes a mí —dijo Beth.

Dex la miró con una expresión ilegible.

—Eso déjaselo al conductor —dijo él fríamente.

La tomó del brazo y la hizo entrar en el coche. Nadie discutía con él.

Mike y Elizabeth estaban en un mundo propio, susurrándose dulces tonterías. Para mala suerte de Beth, el apartamento de Mike estaba mucho más cerca que su casa.

Elizabeth le fue a dar sus llaves, pero fue Dex el que las tomó y Mike y ella se despidieron.

Era evidente lo que tenían en mente y, ¿quién los podía culpar? Eran jóvenes y estaban enamorados. Pero desafortunadamente para Beth, eso la dejaba a ella sola en ese asiento trasero con Dex y, para colmo, él tenía las llaves de su casa.

Siguieron en silencio. Beth se dio cuenta de que él estaba enfadado. Estaban ambos tan tensos que si ella no salía pronto de allí se pondría a gritar.

Respiró aliviada cuando la limusina se detuvo delante de su portal. Dex salió primero y la ayudó después.

—Gracias por una agradable velada —le dijo ella secamente extendiendo la mano—. Ahora dame las llaves, por favor.

Pero él no se las dio.

En su lugar la agarró de la mano y le ordenó:

—Adentro...

Abrió el portal y la hizo entrar en el ascensor.

—No es necesario que me acompañes.

Dex apretó el botón del ascensor, subieron a su piso y allí abrió la puerta.

—Yo decido lo que es necesario. No tú.

Beth lo miró mientras la volvía a cerrar una vez estuvieron dentro.

—¿Qué quieres decir con eso?

El sentido común le decía que lo que tenía que hacer era ignorarlo y se marcharía.

—Me voy a cambiar —añadió ella dándole la espalda—. No hace falta que te acompañe a la puerta, ¿verdad?

Se dirigió a la puerta que daba a su dormitorio. Casi se había esperado que él la siguiera, pero sorprendentemente, no lo hizo. Cerró la puerta y deseó que tuviera un cerrojo. Luego oyó golpear una puerta y no pudo creer en su suerte. Pero aun así tomó un chándal y se metió en el cuarto de baño. Allí sí había un cerrojo.

Trató de oír cualquier ruido que viniera del salón, pero todo estaba en silencio. Se quitó el disfraz, suspiró de alivio y se puso el chándal. Luego se quitó los bigotes postizos de un tirón.

Luego se lavó bien la cara, quitándose todo el exceso de maquillaje que se había puesto. Después suspiró aliviada cuando vio en el espejo que tenía un aspecto casi normal. Una taza de chocolate caliente y luego a la cama a dormir. No quería pensar en lo que había sucedido esa noche.

Entró en el salón y se quedó helada. Dex estaba apoyado contra la pared y la miró sonriendo.

—No es precisamente de alta costura, pero todo puede cambiar — murmuró mientras la desnudaba con la mirada.

—Creí que te habías ido.

Dex se encogió de hombros con un gesto típicamente latino.

—No.

—Pero he oído la puerta.

Beth estaba anonadada y se le notaba mucho. Miró a la puerta y luego de nuevo a él. Se había soltado la corbata y desabrochado los primeros botones de la camisa. Por suerte, no se había quitado la chaqueta. Tenía una mano en el bolsillo y en la otra tenía una copa de vino.

—Era la puerta de la cocina. He echado un vistazo a tu frigorífico. ¿Quieres beber algo?

Entonces ella vio la botella semi vacía que había sobre la mesa y otra copa.

—Tú... pero...

—Siéntate, Beth. Tómate algo y escucha. Antes me preguntaste por qué había venido aquí. Antes de que decidieras que querías que estuviera muerto.

Dex tomó la copa y se la ofreció.

—Bebe. Puedes necesitarlo.

Estaba tan sorprendida que tomó la copa automáticamente.

—¿Por qué?

—La respuesta es sencilla. Tengo que hacerte una proposición.

Ella le dio un trago a su copa y lo miró por encima del borde.

—Adelante —murmuró—. Lo harás de todas formas.

—Normalmente yo vengo a Londres un par de veces al año, como mucho, pero desde que compré el casino, y más recientemente tres hoteles en el centro, creo que voy a tener que pasar mucho más tiempo aquí. Soy un hombre normal, con necesidades normales, y necesito una mujer aquí. Quiero que tú seas esa mujer.

Ella lo miró confundida.

—Pero ya te he dicho que no me quiero casar contigo.

—Ni yo contigo. De hecho, como recordarás, la verdad es que no te lo he pedido nunca. Te regalé un anillo. Eso fue todo.

Beth se ruborizó avergonzada. Su único consuelo era que, por fin, él le estaba diciendo la verdad, lo mismo que había oído esa vez en su despacho.

—No comprendo —dijo agitando la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—Deja que te lo ponga fácil. He comprado un apartamento aquí en Londres y quiero que tú vivas en él. Puedes seguir con tu trabajo. Mi única condición es que, cuando yo esté en Londres, estés disponible a mi conveniencia.

Beth lo miró fijamente, atontada. Dex, el hombre al que había creído amar, la estaba pidiendo que viviera con él a tiempo parcial. Si no hubiera estado tan horrorizada, estaría furiosa.

De repente se dio cuenta del humor negro de la situación. Por supuesto que sabía cuál era el plan de él. Instalarla a ella en su apartamento y mantenerla apartada de Paul Morris. Evidentemente, su hermana estaba teniendo dificultades para atrapar a Paul.

—¿Por qué yo?

—Creo que después de haber probado la fruta, siento un ardiente deseo de cultivar el resto del árbol —contestó él suavemente.

Beth tuvo que contener una sonrisa. Él no lo decía en serio, seguro.

—Para ser una persona cuyo idioma nativo no es el inglés, usas muchas metáforas —dijo sin poder evitar sonreír.

Pero él no le devolvió la sonrisa. En su lugar se acercó a ella decididamente.

—Entonces, ¿es un trato?

Era impensable, pero realmente él estaba hablando en serio. Beth lo miró a la cara buscando alguna indicación de que aquello fuera una broma. Pero no lo era.

—No —dijo ella suavemente.

Luego, cuando la inundó la furia por esa insultante proposición, repitió con fuerza:

—¡No! ¡Nunca!

—Tan orgullosa y tan equivocada —dijo él poniéndole una mano bajo la barbilla para hacerla levantar la cabeza—. Puedo sentir el pulso latíendote fieramente en la garganta. Por mucho que trates de ocultarlo, me deseas. Te derrites cuando te toco. A mí me pasa lo mismo. Nuestra relación puede ser mutuamente provechosa.

Ella abrió la boca para negarlo, pero entonces él bajó la cabeza y la besó. Beth se estremeció bajo la pasión de ese beso, el deseo y el disgusto la recorrieron y sólo se percató a medias de sus palabras cuando él apartó la boca.

—No lo puedes evitar —dijo mirándola a los ojos.

—Oh, sí que puedo —respondió ella empujándolo—. Vete de mi casa con tu asquerosa proposición y no vuelvas.

Entonces se dirigió decididamente a la puerta.

—Espera, Beth, no he terminado.

—Pero yo sí. De hecho, he terminado contigo hace ya dos semanas. Y no ha cambiado nada.

—Pero las situaciones cambian, Beth —respondió él acercándose—. Por ejemplo, tu hermanastro, ha sido ascendido. Tiene un sueldo mucho mejor y una novia y todo en menos de una semana.

Ella lo miró fijamente. ¿Por qué había cambiado de tema tan rápidamente? Luego, atemorizada, siguió escuchándolo.

—Ya ves, Beth. El contrato que firmé con *Brice Wine Merchants* vía Mike ha sido lo que le ha conseguido el ascenso y puede ser fácilmente anulado. Elizabeth es una chica encantadora, ¿pero qué pensará cuando los

ingresos de Mike se vean reducidos a la mitad? O puede que incluso pierda el trabajo.

—¿Me estás amenazando? —dijo ella poniéndose muy pálida.

—No, sólo te estoy mostrando una posibilidad. El resto es cosa tuya. Estaré en mi hotel habitual hasta mañana por la mañana. Te sugiero que te pienses las opciones que tienes y me llames antes de que me marche.

—¡Eso es chantaje, cerdo! —gritó ella.

—En absoluto. En el mundo de los negocios eso es un trato. Tómallo o déjalo.

Luego se sacó una pluma del bolsillo y la agarró a ella de la mano.

Beth trató de soltarse, pero no lo logró y él tuvo la audacia de escribirle el número del hotel en la palma. Luego la soltó.

—Es el número del hotel y de la suite. En cualquier momento antes de las diez de la mañana. Tienes hasta entonces para decidirte.

—Tú...

A Beth no se le ocurrió un insulto suficientemente apropiado para él y fue a golpearlo. Pero Dex le atrapó la mano en el aire y luego la otra. Las levantó y las apoyó contra la pared por encima de la cabeza de ella. La miró y la ira se reflejó en sus rasgos por un segundo. A Beth le dio un salto el corazón y contuvo la respiración.

Luego él se movió lentamente y la apretó contra la pared con el cuerpo.

—Ya te dije una vez...

Pero no terminó la frase. La recorrió con la mirada y con una mano le abarcó un seno. Su pulgar encontró el endurecido pezón bajo la tela y Beth contuvo un gemido.

—Toda esta fiera pasión se va a desaprovechar. ¡Cuánto más satisfactorio sería encauzarla en el dormitorio!

La mano de él se deslizó bajo la sudadera, cerrándose sobre su piel desnuda. Ella sabía que lo estaba haciendo deliberadamente; quería castigarla. Aún así, gimió. No pudo controlar o negar su rendición a la dulce tortura de su contacto.

—Recuerda esto cuando tomes tu decisión —dijo él sin dejar de mirarla.

Beth le devolvió la mirada, desorientada. Luego reconoció el brillo del triunfo masculino en sus ojos y ardió de vergüenza e ira.

—¡Maldito seas!

Dex la soltó de repente y retrocedió.

—No lo olvides, antes de las diez, Beth.

Luego abrió la puerta y se marchó.

Capítulo 8

Mecánicamente, Beth echó el cerrojo. Como atontada pensó que la estaba bien merecido. Nunca antes había celebrado Halloween, nunca había querido hacerlo, probablemente por su educación con las monjas. Y mira lo que le había pasado la primera vez que lo hacía.

Cuando se metió en la cama la cabeza le daba vueltas. La enormidad de los sucesos de esa noche era demasiado espantosa para pensar en ellos, pero tenía que hacerlo.

Si no fuera tan horrible, sería para reírse. Dex quería que ella fuera su... ¿Su qué? ¿Su novia, amante, querida? Lo espantoso era que ella se sentía tentada de aceptar. Dex no la amaba, pero ella no podía evitar desearlo con toda su alma. Trató de decirse que sólo era sexo, pero en lo más profundo de su ser sabía que era mucho más. Quería tomar todo lo que Dex tuviera para ofrecerle... amor o simple lujuria, no le importaba. ¡Incluso accedería al chantaje!

Rodó en la cama y enterró el rostro en la almohada. Ardía de vergüenza. ¿Es que no tenía orgullo? ¿Auto respeto?. Al parecer, no.

Durante las dos últimas semanas se había estado engañando a sí misma haciendo como si no le importara, diciéndose que no amaba a Dex.

Pero no era así y todo su cuerpo respondía al recuerdo de su contacto. Así que se levantó de la cama de un salto.

De todas formas, estaba demasiado agitada como para dormir. Se puso una bata, volvió al salón y encendió la luz.

Entonces vio el número que tenía escrito en la mano.

¿Por qué estaba Dex tratando de obligarla a ser su querida? No tenía sentido. Ciertamente podía creer que ella era la competencia para su hermana. Pero seguramente, un hombre con su inteligencia debía conocer lo suficiente las relaciones humanas como para darse cuenta de que nada podría obligar a Paul a seguir con su hermana si él no quería hacerlo. De hecho, Paul y Dex se parecían mucho; triunfadores, ricos, atractivos y suficientemente experimentados como para escapar de las garras de cualquier mujer si querían hacerlo.

No. Le faltaba algo. ¿Pero qué? La amargura que había visto esa noche en Dex, su ira, iba dirigida a ella. Tal vez fuera sólo cosa de su ego

masculino herido. Podría ser que se sintiera ofendido porque ella lo hubiera dejado hacía dos semanas y lo había empeorado esa noche diciéndole que le gustaría matarlo. Fue después de ese comentario cuando él se había transformado en un desconocido frío y de rostro duro. Entonces la había amenazado con la caída de su hermanastro si no accedía a sus exigencias. De alguna manera, aquello no le parecía cierto.

Por otra parte, dejarlo había sido lo más duro que había hecho nunca. Sólo el orgullo la había mantenido durante esas dos semanas y, si ahora cedía a sus exigencias, perdería hasta eso.

¿Pero qué le pasaría a Mike? ¿Qué podría él perder si le decía que no a Dex? Por mucho que quisiera a Mike, no se iba a acostar con un hombre por él. Entonces se dio cuenta de que podía tragarse su orgullo por Mike y decirle a Dex la verdad. Si lo hubiera hecho hacía dos semanas, no le estaría pasando eso ahora.

Cuando le dijera la verdadera razón por la que lo había dejado, porque había oído esa famosa conversación con su amigo, y admitiera que Paul Morris era su padrino, él se daría cuenta de que no era una amenaza para su hermana y cualquier interés que tuviera en ella se desvanecería y no tendría que hacerle ningún daño a Mike. Incluso podría ser que se avergonzara de la forma en que la había tratado. Pero eso lo dudaba. Ese hombre era implacable en lo que quería.

Con la decisión tomada, Beth se volvió a acostar. Tenía tiempo de dormir unas pocas horas antes de llamarlo por la mañana para contarle la verdad.

En algún sitio un timbre estaba sonando. El timbre cesó y ella se dio la vuelta en la cama. Estaba muy cansada y era sábado, así que no tenía que ir a trabajar.

¡Un timbre! Abrió los ojos de golpe y saltó de la cama recordando de golpe todo lo que había pasado la noche anterior. Miró el reloj y gimió.

No se lo podía creer. Se había dormido. No cabía duda, eran las once de la mañana. ¡Eso sólo le podía pasar a ella!

De todas formas, fue a la cocina a llamarlo por teléfono. Pero los números se habían puesto borrosos. Logró dar con el hotel a la segunda intentona, pero allí le informaron, para su horror, que el señor Giordani acababa de salir hacía diez minutos y que estaba de camino al aeropuerto de Heathrow para tomar el Concorde que lo llevaría a Nueva York.

Beth se dirigió al salón y se dejó caer en el sillón. Bueno, el destino había actuado. Dex ya tenía su respuesta por omisión y ahora ya no podía hacer nada al respecto. Trató de animarse diciéndose que él no le podía hacer nada a Mike, por lo menos durante los próximos dos días. Pero el lunes era otra cosa.

Pensó llamar a Mike y contarle lo que había pasado, pero decidió que era mejor que no lo hiciera. No serviría de nada preocuparlo. También pensó tratar de ponerse en contacto con Dex y se dio cuenta de que él nunca le había dado la dirección de su casa ni el número de teléfono.

Por otra parte, estaba segura de que Mike hacía bien su trabajo y era suficientemente mayor y hombre como para hacerse cargo de la situación por sí solo. Y con respecto a Elizabeth, no le cabía duda de que la chica aceptaría lo que él hiciera. Lo que había entre ellos era un amor real. No la copia miserable que Dex había dicho que sentía por ella.

Pasó un fin de semana de lo más asqueroso. El lunes llamó a Mike y, como si nada, le preguntó por su trabajo, pero él estaba bien. Aún así, la amenaza de Dex seguía en el ambiente. Cada día que pasaba estaba más y más nerviosa...

Hasta que abrió el correo el viernes por la mañana. Sentada en su sillón y con una copa de vino en la mesa delante de ella, volvió a leer la carta. Era una nota animada y breve de su padrino, invitándola a pasar con él el próximo fin de semana en una villa en Capri. Ya había hablado con su jefe y le incluía el billete de avión. Tendría que salir el viernes para volver el domingo. Era para que le diera la enhorabuena, ya que se iba a casar con la dama que le tiró por encima el cordero a la menta.

Beth dejó la carta y el billete de avión sobre la mesa y le dio un largo trago a su copa. Lo necesitaba. Luego la volvió a dejar en la mesa. Así que ya estaba, sus preocupaciones habían terminado.

Ahora sabía por qué Dex no había llevado a cabo su amenaza de perjudicar a Mike. Su hermana había conseguido a su hombre. Ya no había necesidad para que él siguiera haciendo como si la deseara a ella. Ya no estaba en peligro y, evidentemente, en esos momentos ya debía saber que Paul era su padrino.

Se le escapó un largo suspiro. Se suponía que debía sentirse aliviada, pero sólo se sentía triste.

Cada vez más excitada, Beth se montó en el barco que la llevaría hasta Capri en la última parte del viaje. Durante el vuelo no había sucedido nada digno de mencionar. En el aeropuerto de Nápoles la estaba esperando un taxista con su nombre escrito en un cartel y la llevó hasta el puerto. Lucía el sol y hacía un precioso día de otoño mediterráneo. Nunca antes había estado en Italia y, mucho menos, en Capri, así que estaba ansiosa por llegar.

Iba en la proa del barco, vestida con unos vaqueros, un jersey verde y una chaqueta, con el cabello color caoba agitado por el viento.

La isla surgía como una joya en el azul del mar. Era más montañosa de lo que se había imaginado, pero preciosa. Buscó con la mirada por el pequeño puerto donde iba a atracar el barco y vio la alta y elegante figura de Paul, entonces agitó frenéticamente una mano.

Pocos minutos más tarde estaba en sus brazos y luego se dirigieron a un Mercedes que los esperaba. La carretera por la que fueron era muy sinuosa y subía pronunciadamente por la ladera sin perder nunca de vista al mar.

Por fin, sin poder contenerse más, le preguntó a Paul:

—¿Estás seguro de que te vas a casar?

Lo quería mucho, pero sabía lo volátiles que podían ser los miembros de la familia Giordani. Su padrino era un hombre encantador, pero muy británico.

Paul la miró seriamente.

—Sí, Beth. Nunca en mi vida he estado tan seguro de algo.

—Me alegro por ti.

De repente el coche tomó una curva, dejó de subir y repentinamente enfiló una bajada igual de pronunciada. Parecía como si fueran a saltar al mar. Beth tragó saliva.

—Impresionante, ¿no?

—Pues sí.

Luego el coche pasó por unas grandes puertas de hierro y se detuvo delante de una magnífica villa que daba directamente al mar.

Media hora más tarde, Beth estaba delante de una enorme cama con dosel y miraba extasiada a su alrededor. Una anciana ama de llaves estaba deshaciéndole la maleta y colgando sus ropas en un armario. El dormitorio

era exquisito, una sinfonía de blancos y dorados, con algunos toques de azul en el mosaico de mármol del suelo. El cuarto de baño era igual de magnífico. El dueño de esa casa ciertamente sabía cómo vivir. Casi temió usar los aparatos del baño, pero lo hizo. Después se quitó el jersey y se puso un polo blanco. Allí hacía mucho más calor que en Londres.

Mientras bajaba luego por las curvas escaleras se sintió casi como Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*. Exceptuando, claro, los vaqueros y la camiseta. Paul la estaba esperando en la planta baja y le sonrió.

—Vaya villa.

—Sí, es bonita —dijo él tan flemático como buen británico—. ¿Quieres algo, Beth? ¿Una bebida? ¿Algo de comer?

—¿Podemos salir fuera mientras todavía hay luz? Me encantaría ver los jardines.

—Supongo que sí. Anna no llegará hasta dentro de un par de horas, así que tenemos tiempo.

Luego sonrió y la tomó de la mano, saliendo ambos al jardín.

Afuera, una balaustrada rodeaba toda la villa y, desde ella bajaban unas amplias escaleras hasta una gran terraza que daba al mar y que tenía una gran piscina a un lado.

—A veces me olvido de que eres una adulta —le dijo Paul sonriendo—. Tienes el mismo entusiasmo por la vida que tenía tu padre.

Ella se soltó de su mano y, abarcándole el rostro con las dos, le dio un leve beso.

—Gracias.

Retrocedió justo en el momento en que un coche se detenía de golpe en el camino de acceso.

Beth miró hacia allí y abrió mucho los ojos, incrédulamente cuando Dex salió del coche; vestido de negro y con el rostro igualmente negro por la ira se dirigió hacia ellos.

—¡Morris, eres un cerdo!

Entonces le dio un puñetazo a Paul que se estrelló contra su rostro, tirándolo de espaldas al suelo.

Todo sucedió tan rápidamente que Beth no se lo pudo creer. La atmósfera estaba llena de tensión y se quedó helada.

—Y tú... —dijo Dex mirándola fijamente—. Tú, tú...

Su inglés le falló temporalmente y soltó un torrente de palabras italianas mientras la agarraba por la cintura y la arrastraba hacia la puerta del coche.

—Tú te vas de aquí.

La metió entonces en el coche, se puso él tras el volante y arrancó.

Beth agarró la manilla de la puerta, pero estaba cerrada. Miró frenéticamente por la ventana y vio que Paul trataba de ponerse en pie. Luego Dex salió de allí a toda velocidad.

Beth estaba aterrorizada, nunca en su vida había ido a tanta velocidad y sobre todo por una carretera tan estrecha y sinuosa.

—¡Para! ¡Nos vas a matar! —gritó.

—Si eso te mantiene lejos de él... Lo haré.

—Estás completamente loco.

El coche derrapó entonces en una curva y ella cerró los ojos y rezó.

—Ya puedes abrir los ojos —le dijo él—. No me voy a matar por una zorra como tú.

Beth sintió como el coche aminoraba la velocidad y abrió los ojos. Miró aterrorizada el perfil de granito de Dex, pero no se atrevió a hablar. Dex tomó entonces un camino de tierra y se detuvo a un par de metros del borde de un acantilado que daba al mar, pero eso no la hizo sentirse mejor a ella.

Dex se volvió en su asiento y la miró durante un largo instante.

—¿No tienes nada qué decir? ¿No tienes ninguna excusa?

—Deja que salga del coche.

—La puerta está abierta.

Beth abrió la puerta y salió. Una vez fuera cayó de rodillas. Cuando se recuperó, se sentó en el suelo, agarrándose las rodillas y apoyando la cabeza en ellas.

Por un momento le había parecido de verdad que se iban a matar.

—Las lágrimas no lavarán tus pecados y, ciertamente, no tienen ningún efecto sobre mí —dijo Dex.

Beth levantó la cabeza de mala gana.

Estaba delante de ella, vestido de negro. Unos vaqueros negros y jersey del mismo color, con las piernas levemente abiertas y los brazos en jarras.

—No estoy llorando —logró decir ella—. Sólo estoy bajo los efectos del *shock*. Nunca antes me había raptado un loco.

Ya estaba recuperando algo el control de sí misma y se estaba enfadando.

—¿Me llamas loco? ¿Cómo puedes hacerlo? ¿Es que no tienes orgullo? ¿No tienes auto respeto?

Aquello terminó de enfadarla.

—Has recorrido media Europa tras un hombre que se va a casar mañana, un hombre que no te ama y que es lo suficientemente mayor como para ser tu padre —continuó él.

Entonces Beth se dio cuenta de repente de que él no sabía la verdad sobre Paul y ella.

—Es mi padrino —dijo.

El rostro de él se convulsionó de rabia.

—Eso cuéntaselo a otro. Conozco a todos los Morris de este mundo. No son amigos de las chicas inocentes y vírgenes por nada. Y tú pensabas que yo no era suficientemente bueno para ti. Vaya chiste.

Beth se ruborizó, pero esta vez de ira.

—No me importa lo que tú pienses. Paul es mi padrino y me quiere. Siempre lo ha hecho, desde el día en que yo nací.

Se dio cuenta de la sorpresa que se reflejaba en los ojos de Dex y disfrutó con ella, añadiendo:

—Y he recorrido media Europa, como tú dices, porque Paul me pidió que viniera a su boda. Ahora, ¿cuál es tu excusa por golpear a un hombre completamente inocente? ¡Animal!

Dex se dio la vuelta, llegó hasta el coche y cerró la puerta del pasajero con tanta fuerza como si quisiera sacarla de sus goznes.

—¡Cristo!

Luego se puso a maldecir fluidamente en italiano hasta que se volvió de nuevo hacia ella.

Con el rostro como una máscara rígida, se acercó a ella de nuevo.

—Si Morris es tu padrino, ¿por qué no me lo dijiste?

El Gran Dexter Giordani por fin había cometido un error. Por fin era el momento de la verdad. La venganza era dulce y ella la iba a disfrutar de buena gana.

—Tú no me lo preguntaste —dijo mirándolo a la cara—, de hecho, si no me falla la memoria, nos encontramos una vez con Paul en tu casino y no lo volviste a mencionar.

«Toma esa, cerdo», pensó ella.

Casi sonrió cuando vio las emociones encontradas que se reflejaron en el rostro de Dex.

—¿No tienes nada que decir, Dex?

Se le ocurrió entonces que él se estaba tragando su propia medicina.

Dex bajó la cabeza y dejó la mirada fija en el suelo por un momento. Luego la volvió a levantar, pero no la miró a ella.

—Tienes razón, no te pregunté sobre Morris. No lo hice porque estaba tremendamente celoso. Hoy, cuando te vi besándolo, todo se me puso rojo. Ha sido imperdonable por mi parte el golpearle, pero ya sabes lo que siento por ti. Lo mucho que te deseo. Soy un hombre celoso y posesivo. No lo puedo evitar contigo.

Dio otro paso hacia ella y Beth se puso en pie y retrocedió.

—En eso también eres un mentiroso —le dijo ella fríamente—. Y lo has sido desde que nos conocimos. Así que guarda tu actuación para alguien que la aprecie.

—Yo no estoy actuando. ¿Por qué crees eso?

—Porque lo sé todo, Dex. Sé por qué saliste conmigo. Para apagarme de Paul; el hombre que quería tu hermana.

—No... —dijo él agarrándola por los hombros—. No fue por eso.

—No te molestes en negarlo. Te oí decirlo.

Él la estaba haciendo daño, pero ya no estaba asustada. Lo único que quería era terminar con aquello de una vez por todas.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—El día que llegaste de Nueva York. Cuando pasé por el casino.

—El día que me dejaste —dijo él mirándola a los ojos.

—Sí, no te dejé ninguna nota. Ni fui a visitar a ninguna amiga enferma. Pero estuve sentada en la oficina exterior del casino. El intercomunicador estaba encendido y te oí hablar de tu ex esposa, alguien que no te habías molestado en mencionarme a mí, a tu supuesta novia.

Él le soltó los hombros y se puso muy pálido.

—Te estabas riendo con tu amigo Bob, creo.

—Bob...

Dex maldijo en voz baja y Beth supo que estaba recordando.

—Sí, te estabas tomando algo con él. Tenías mucho tiempo, la chica podía esperar. Le dijiste que estabas comprometido, pero que no era necesario llegar al matrimonio y también le dijiste por qué. La chica estaba saliendo con el hombre de tu hermana y tú viste la oportunidad de quitarla de en medio. El destino te dio la oportunidad en la fiesta famosa. ¿Es necesario que siga? ¿O ya recuerdas el resto?

—Recuerdo la conversación —dijo él poniéndose colorado—. Y sé cómo debió sonar, pero...

—No te molestes en explicarte —lo interrumpió ella levantando una mano—. No soy tonta. Tú única razón para salir conmigo era tu hermana. Me reconociste como la chica que estaba cenando con Paul. Me utilizaste y seguías tratando de hacerlo hace dos semanas. Incluso trataste de chantajearme. Me pasé una semana preocupada por Mike, hasta que me llegó la invitación de la boda y me di cuenta de que tu problema estaba resuelto.

—No del todo. Nadie me habló de Morris. Si tú hubieras sido sincera y me hubieras contado la verdadera razón para dejarme, el resto nunca habría sucedido.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Ah, ¿así qué ahora es mi culpa? Si tú me hubieras dejado terminar de hablar cuando nos encontramos con Paul en el casino, en vez de arrastrarme y besarme hasta atontarme... Eres increíble. Haces lo que quieres, tomas lo que quieres y nunca preguntas cómo se sienten los demás. Me repugnas.

Con eso había llegado demasiado lejos. Dex la agarró y la agarró contra su duro cuerpo.

—No fue repugnancia, sino pura lujuria lo que sentiste en mis brazos en tu cama. Y lo puedo demostrar.

Beth lo miró. Su ira se estaba disolviendo rápidamente. Vio el ansia en su mirada cuando bajó la cabeza. Ella levantó una mano para pararlo, pero él se limitó a apretarla más aún contra su pecho. Ella agitó la cabeza salvajemente.

—¡No!

Pero Dex se limitó a reír.

—¿Por qué no? No tengo nada que perder.

Con la mano que le quedaba libre la agarró por el cabello y se lo enrolló en la muñeca. Luego, desde muy cerca, le dijo:

—Me has hecho hacer el tonto y vas a pagarlo.

Beth se estremeció, se humedeció los labios con la lengua. La tenía atrapada. Echó atrás la cabeza cuando Dex le puso los labios sobre los de ella y empezó a besarla con una pasión salvaje. Ella trató de evitar que sus labios se abrieran, pero el deseo que la recorrió hizo que respondiera.

Le devolvió el beso. Ya no podía pensar razonablemente. Él le apretó el trasero con una mano y la hizo apretarse más todavía contra su cuerpo. A ella se le escapó un gemido y tembló ante la evidencia de su excitación masculina.

Cuando se apartaron, ella casi cayó al suelo, pero Dex la sujetó.

—Tenemos que volver... Yo para disculparme con tu padrino y tú para arreglarte.

Ella lo miró y se dio cuenta por la dureza de sus facciones de que él estaba tan disgustado consigo mismo como lo estaba ella.

Capítulo 9

Cuando llegaron de nuevo delante de la casa, Dex detuvo el coche y se quedó un momento con la cabeza apoyada en el volante. Beth estuvo a punto de compadecerse de él, pero no se merecía su compasión, así que abrió su puerta, salió del coche y empezó a andar hacia la casa.

De repente, una joven salió corriendo de ella y Beth la reconoció inmediatamente como su hermana. Parecía tan excitada como la última vez que la vio, tirándole por encima a Paul su plato de cordero en salsa de menta, el pobre...

Pasó rápidamente a su lado y se puso a gritarle a Dex.

Se quedó anonadada observando como la chica le daba grandes voces a Dex y él no decía nada. Dio un respingo cuando una mano se posó en su hombro. Se volvió y se encontró con el conocido rostro de Paul.

—¿Estás bien, Bethany? —le preguntó tranquilamente.

Un ojo se le estaba poniendo ya morado.

—Con la excitación de las últimas semanas, me olvidé de que te vi con Dexter en el casino hasta que él ha aparecido hoy. Estaba preocupado por ti. ¿Pasa algo entre vosotros que yo no sepa?

—No, por supuesto que no. Lo conocí por Mike y él se ofreció a enseñarme su nuevo casino. Punto. Y no tienes que preocuparte, estoy bi...

Pero Paul se dirigió entonces a Dex, airado.

—¿A qué te crees que estás jugando? Puedo entender que me des un puñetazo, tal vez me lo merezca... Pero llevarte así a mi ahijada...

Beth se dio cuenta entonces de que Dex debía haber oído su conversación con Paul. Luego miró a su padrino, que estaba desacostumbradamente enfadado. Anna se acercó a él y lo tomó del brazo mientras sonreía a Beth.

—Paul —respondió Dex—. Creía que estaba protegiendo el honor de mi hermana. Pero nada de lo que yo diga puede excusar lo que he hecho. Me disculpo de corazón. No debería haberte golpeado. Lo siento mucho y estoy avergonzado. Sólo puedo pedirte que me perdones y espero que, con el tiempo, puedas olvidarte de mi comportamiento. Ya me he disculpado con mi hermana y, por supuesto, con Bethany.

Beth lo miró y se dio cuenta de su sinceridad. Pero no recordaba que se hubiera disculpado con ella. Estaba a punto de decirlo cuando Anna le ofreció la mano y le dijo a Paul:

—Por favor, preséntanos.

Hecha la presentación, Anna le dio un beso en la mejilla a Beth. Luego entraron en la casa y se instalaron en el salón.

Beth dudó, impresionada por la opulencia de lo que la rodeaba.

—Es una casa magnífica —le dijo a Paul—. ¿La has alquilado o algo así?

—Cielo Santo, no. Es de Dexter, aunque por lo que dice Anna, apenas está aquí. Anna vive y trabaja en Nápoles y allí fue donde nos conocimos. Anna decidió que nos casáramos aquí porque hay más habitaciones para acomodar a los pocos amigos a los que hemos invitado. A mi edad y, dadas las circunstancias, una gran boda estaría fuera de lugar.

Cenaron en el enorme comedor, tan lujoso como todo el resto. Beth ansiaba escapar a su dormitorio. La venganza no le estaba resultando dulce. Ella podría no entender el italiano, pero estaba muy claro que Anna no le había perdonado a su hermano que atacara a su novio.

Paul explicó lo que iba a tener lugar al día siguiente durante la boda. Tenía el ojo cada vez más morado y Beth pensó que le echarían la culpa a Dex por arruinar la boda antes incluso de que tuviera lugar.

Y Dex apenas dijo nada. Beth no pudo dejar de mirarlo una y otra vez. Las pocas veces que se cruzaron sus miradas, la de él fue tan fría que ella apartó la suya rápidamente.

Cuando terminó la cena se sintió aliviada. El café se sirvió en otra sala.

—No nos conocimos de la mejor manera —le dijo Anna, que se había sentado cerca de ella—. Lo siento, pero Paul... nos peleamos. Te vi a ti... no sé...

—Yo era su ahijada —dijo Beth ayudándola con su inseguro inglés—. Está bien. Luego nos reímos del incidente y yo me alegro mucho por vosotros dos.

—Gracias. Me gustaría que fuéramos amigas. También me disculpo por mi hermano. Se cree que protege mi honor. Creía que Paul me había traicionado. Te vio besándolo y se volvió loco.

—Beth no te entiende bien, Anna. Y parece cansada.

Dex apareció entonces a su lado del sofá. Luego dijo algo rápidamente en italiano antes de mirar a Beth.

—Vamos, te mostraré tu habitación.

Ella lo miró enfadada a los ojos.

—Lo puedo encontrar sola —dijo poniéndose en pie.

—Después de mi desgraciado comportamiento de antes, por favor, permíteme que me redima actuando como un buen anfitrión.

Ella deseó poder negarse, pero Dex dijo eso con un tono tan razonable... ¿era ella la única en reconocer su cinismo? Al parecer, sí.

Se despidió de Paul y Anna y, sin mirar a Dex, salió del comedor.

Una vez fuera, Dex se colocó a su lado.

—Ya puedes dejar de actuar como un buen anfitrión —le dijo ella mientras empezaba a subir las escaleras—. Ya conozco el camino, muchas gracias.

Cuando llegó al descansillo, él la agarró por un hombro y la hizo volverse.

—No tan deprisa, Beth, tenemos que hablar.

Beth llevaba su único vestido formal, uno de terciopelo negro y dorado y sintió la presión de los dedos de él en la piel desnuda. Trató de quitarse de encima esa mano y le sonrió, intentando que él no notara la forma en que ese contacto la afectaba.

—No, creo que no. Somos invitados a una boda, nada más. Vamos a dejarlo así.

Luego se volvió y ya había llegado a la puerta de su dormitorio cuando la voz de Dex la hizo detenerse.

—Muy bien, entonces no tienes ninguna objeción a que yo le cuenta a Paul la verdad sobre nuestra relación, ¿no? Es un alivio.

Beth, que ya estaba abriendo la puerta, se giró.

—¿Qué? —le preguntó horrorizada.

Dex estaba a escasos centímetros de ella y la miraba intensamente.

—Mentir, aunque sea por omisión, puede causarle problemas a una persona. ¿No estás de acuerdo? —le preguntó sarcásticamente—. Sólo quiero que hablemos. No me voy a abalanzar sobre ti.

—De acuerdo —dijo ella abriendo la puerta de una vez.

Una vez dentro, se acercó a la ventana. Necesitaba tiempo para recomponerse, respiró profundamente y se volvió para enfrentarse a él.

—¿Te parece bien este dormitorio? —le preguntó Dex.

Esa pregunta la pilló completamente por sorpresa.

—Está bien. Mucho mejor que el de mi casa.

—Oh, no sé. Tengo muy buenos recuerdos de tu cama.

Ella lo miró fijamente y el recuerdo de su cuerpo desnudo junto al suyo la asaltó de repente.

Dex sonrió.

—Que no te entre el pánico. He dicho que hablaríamos y eso es lo que vamos a hacer.

Se acercó algunos pasos y a ella le dio la impresión de que también estaba nervioso.

—¿Y?

—Te debo una disculpa. Tenías razón. Te pedí que saliéramos porque pensé que lo estabas haciendo con Paul y lo hice por mi hermana. Dadas las circunstancias, probablemente lo volvería a hacer.

Por fin tuvo Beth su disculpa.

—Realmente eres despreciable. Creo que te odio.

—Me puedes odiar todo lo que quieras, pero déjame terminar. He oído como le decías a Paul que tú y yo habíamos salido una vez. Fin de la historia. ¿Es que no quieres que tu padrino y mi hermana sepan la verdad?

—Cierto. Por alguna extraña razón, Paul cree que tienes derecho a golpearlo, así que, ¿por qué desilusionarlo? Y estoy segura de que eso es lo que tú también quieres. Todavía recuerdo a los sitios extraños a los que me llevaste. Para evitar que te vieran conmigo —dijo ella amargamente.

—Cree lo que quieras, Beth. No voy a discutir contigo. No estoy tratando de encontrar excusas para mi comportamiento, ha sido inexcusable, pero quiero intentar explicarme. Yo soy hijo ilegítimo. En las circunstancias en las que estaba mi madre, aquello se consideraba la peor de las vergüenzas. Anna es mi hermana mayor y yo nací año y medio después de que mi madre se quedara viuda. Aquí, en el sur de Italia, el que una joven e inocente chica cometa un error puede llegar a ser perdonado, pero aquello no era lo mismo. Para una joven viuda el tener un hijo fue lo

peor. Incluso hoy, a finales del siglo veinte, muchas mujeres mayores siguen vistiendo de negro el resto de sus vidas después de la muerte de sus maridos.

El corazón se le ablandó a Beth.

—No tienes que...

—Quiero hacerlo. Vivíamos en una casita cerca del puerto. Aquí en Capri todo el mundo conoce las circunstancias de mi nacimiento. Mi madre lo estuvo soportando todo durante años, hasta que yo gané el dinero suficiente para instalarla en Nápoles —dijo Dex como si estuviera viviendo en su propio mundo de recuerdos—. Mi madre murió hace dos años, siendo una mujer muy amargada a la que sus amigos de antaño seguían sin perdonar.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Beth al mirarlo se lo podía imaginar perfectamente como un niño pequeño, inocente y vulnerable.

—Porque quiero que comprendas por qué me comporté como lo hice. Estoy rompiendo la confianza que han depositado en mí al hacerlo, pero creo que tienes que saber algo. La razón por la que Paul se cree merecedor de ese golpe es muy sencilla. Es un hombre honorable y comprende el código de honor latino. Anna está embarazada, pero no está casada aún. Siendo su hermano, estoy capacitado para golpear al causante.

Beth se dio cuenta de la amenaza de violencia de su tono de voz.

—¿Embarazada? —murmuró ella sonriendo—. ¡Eso es maravilloso! Paul será un magnífico padre.

Estaba genuinamente encantada.

—¡Ahora sí! Pero hará tres meses que Paul y Anna se enfadaron y lo dejaron. Normalmente no me meto en los asuntos de mi hermana, pero esta vez era diferente. Ella fue a Londres más tarde para ver a Paul. Llamó a su ama de llaves, que le dijo donde estaba cenando, y me arrastró con ella.

Beth sabía que le estaba diciendo la verdad.

—Así es como yo me pongo en contacto siempre con Paul, por la señora Bewick. Ella siempre sabe dónde está.

—Sí, bueno, en esa ocasión tal vez hubiera sido mejor que no lo supiera. Yo te vi en el restaurante mucho antes de que lo hiciera Anna. Una hermosa joven sonriendo amorosamente a un hombre mucho mayor que ella siempre se hace notar. Demasiado a menudo el dinero es el incentivo

de esa clase de relaciones. El resto, como tú dices, es historia. Anna se volvió loca y yo la saqué del restaurante. Más tarde, cuando te volví a ver, pensé que, ¿por qué no yo en lugar de Morris? Yo sé lo que ser hijo ilegítimo y haría cualquier cosa que estuviera en mi mano para asegurarme de que el hijo de mi hermana no sufriría el mismo destino que sufrí yo.

Luego la recorrió lentamente con la mirada y añadió:

—Y tú eres una mujer muy hermosa, Beth. No me resultó nada duro.

—¡Eres un cerdo arrogante!

Beth casi había llegado a sentir lástima al imaginárselo de pequeño, vulnerable, con los demás niños insultándolo y metiéndose con él. ¿Vulnerable? Era tan vulnerable como una serpiente de cascabel. Y el doble de mortal.

Dex sonrió y le acarició una mejilla.

—Esto es de lo que quería que habláramos, Beth, de tu carácter y de tu evidente aversión hacia mí. Hemos estado de acuerdo en que nadie conozca nuestra breve relación. Somos conocidos, nada más. Pero si continúas dedicándome esas miradas asesinas cada vez que me acerque a ti, como has hecho esta noche, puede que Paul y Anna sospechen algo. Así que necesitamos una tregua entre nosotros durante los próximos dos días.

—Lo que necesitamos es un continente entre nosotros —exclamó ella amargamente—. Pero hasta que yo me marche el domingo de esta isla, tendrás tu tregua. No quiero estropear la boda más de lo que ya lo está.

—¿Lo dices en serio? ¿Amigos mientras dure?

—Sí.

Beth sabía que aquello la podía matar, pero lo haría por Paul.

Dex extendió la mano y la agarró la muñeca.

—Dame la mano para cerrar el trato. ¿O lo celebramos con un beso?

A Beth le dio un salto el corazón, pero prevaleció el sentido común.

—No tientes a la suerte. Vete.

Él se rió, se llevó su mano a los labios y se la besó.

—Gracias. Mañana va a ser un infierno. Paul apenas me soporta y Anna ya me ha dicho varias veces que he arruinado el día de su boda. Las fotos que enseñarán a sus hijos y a los hijos de estos siempre mostrarán al novio con un ojo morado.

—Ya te vale. Eso te enseñará a no manipular a todo el mundo.

Dex dejó caer de golpe su mano y sus facciones se oscurecieron.

—Ya me doy cuenta de que puede parecer de esa manera, pero deja que te recuerde que contigo no me funcionó. No me llamaste.

Beth lo miró extrañada. ¿De qué le estaba hablando?

—Ah. ¿Te refieres a tu pequeño intento de chantaje? Lo siento, me dormí —le dijo sin pensar.

Dex se rió entonces.

—Te dormiste —dijo agitando la cabeza y sonriéndola fríamente—. No importa, Beth. Mañana nos comportaremos como amigos. Buenas noches.

Luego salió de la habitación y cerró la puerta.

Beth estaba cansada y atormentada, lo único que quería era ducharse y acostarse.

Pero cuando lo hizo, no le fue nada fácil conciliar el sueño.

La pequeña iglesia estaba llena de flores y cintas de colores, el escenario perfecto para una boda perfecta. Beth suspiró y se le nublaron los ojos, se enjugó una lágrima de la mejilla. Anna estaba preciosa con su vestido de seda color crema, un pequeño sombrero con velo le ocultaba los rasgos y respondió clara y sinceramente, lo mismo que Paul a las preguntas del sacerdote.

De repente apareció delante suya una gran mano con un pañuelo. Miró de reojo y vio a Dex. Tomó el pañuelo y murmuró:

—Gracias.

Él estaba increíblemente atractivo con un traje de tres piezas color gris plata que hacía juego con sus ojos. Finalmente, ella apartó la mirada y se secó los ojos.

—Eres un poco emocional, ¿verdad? —murmuró él sin dejar de mirar al frente.

—Es mejor eso que ser un cerdo sin sentimientos.

Dex la tomó entonces la mano.

—Creo que ya es hora de marcharnos.

Era cierto, los novios ya estaban a mitad de camino de la salida, seguidos del padrino. Paul se lo había presentado antes y era el encargado de sus empresas en Italia. Beth frunció el ceño al recordar el resto de la conversación. Paul le había dicho que Dex se haría cargo de ella durante la ceremonia y el resto del fin de semana. Que era por lo que había terminado al lado de él en la iglesia.

Dex se levantó sin soltarla la mano y la acompañó afuera. Beth pensó que, si aquella era una pequeña boda italiana, ¿qué sería una grande? Parecía como si hubieran asistido todos los habitantes de la isla. Eso por no mencionar la sorpresa que se había llevado anteriormente.

Cuando se despertó, se había encontrado con la casa llena de gente preparando la fiesta. Cuando después de desayunar se dedicó a explorar los jardines, vio que las terrazas daban directamente al mar y a un embarcadero privado. Allí estaba atracado un elegante yate con un par de docenas de personas muy elegantes a bordo. Como no quería que la vieran, se había escondido tras un gran arbusto y había visto la aparición de Dex, ya vestido formalmente y les había dado la bienvenida. Beth había corrido de vuelta a la casa y se estaba preparando a toda velocidad cuando Paul entró en la habitación. Le habló del barco. Aparentemente, los invitados habían sido alojados en un hotel de lujo en Sorrento la noche anterior a la boda.

—Hola, Mujer de rojo.

Perdida en sus pensamientos, Beth dio un respingo y se volvió. Un hombre pelirrojo de unos cuarenta años la sonreía abiertamente. Reconoció su voz inmediatamente; estaba indeleblemente impresa en su cerebro.

—Yo soy Bob y el rojo es mi color... como puedes ver. Sácame de la miseria y dime tu nombre —dijo mirándola y demostrando un muy masculino interés.

Beth sonrió. No lo pudo evitar, había algo de infantil y atrayente en él.

—Bethany —dijo ofreciéndole la mano.

—¡No tienes anillo! —murmuró él llevándosela a los labios—. Mejor que mejor. Me he perdido la boda, pero tengo la sensación de que realmente voy a disfrutar de la fiesta.

Beth se rió. Era una forma descarada de ligar.

—Bob. ¿Dónde estabas? —dijo la dura voz de Dex.

El hombre soltó la mano de Beth como si fuera una patata caliente y Bob miró a Dex, luego a ella y luego de nuevo a Dex.

—El vuelo de Nueva York llegó con retraso. Lamento haberme perdido la ceremonia.

—Te veré más tarde —dijo Dex secamente y, dándole la espalda, miró a Beth—. Paul te quiere en la foto de familia.

Luego le pasó un brazo sobre los hombros y la condujo hacia donde estaban los novios.

—Muy bien, no tienes que arrastrarme —le dijo ella.

Él la sujetó mejor todavía y le dijo al oído:

—Una advertencia. No malgastes tus encantos femeninos con Bob. Es demasiado listo como para dejarse atrapar.

Beth apretó los dientes, ignorando ese deliberado insulto.

—¿Recuerdas la tregua? —dijo mirándolo a la cara.

—La recuerdo. Y también recuerdo la primera vez que te vi con ese vestido. Te lo has puesto hoy deliberadamente para molestarme. No soy tonto, Beth, así que no me tomes por uno.

—Dexter, *caro* —dijo la dama de honor, una chica alta, morena y elegante, amiga de Anna.

Dex soltó a Beth y se dirigió a donde estaba la chica.

Beth se alisó la falda. Se había jurado a sí misma que nunca más se pondría ese vestido después de que Dex la desnudara. Pero era realista. Se había gastado una fortuna en él hacía un mes y no tenía nada que ponerse para esa boda, ni dinero para comprarse otra cosa. Pero el que Dex se lo recordara era más de lo que podía soportar y notó como las lágrimas asomaban a sus ojos. Lágrimas de auto compasión.

Pero entonces se le acercó Paul y le pasó un brazo por los hombros.

—Vamos, Beth, te necesito para que distraigas la atención de mi ojo morado.

Ella se obligó a sonreír y les deseó buena suerte a los dos.

Cuando terminó la sesión fotográfica trató de perderse entre la multitud, pero de nuevo falló.

—Vas a venir conmigo en el coche —dijo Dex tomándola del brazo.

Cuando llegaron a la villa todo estaba preparado, aquella fue una clásica comida italiana, que duró horas y horas. Todo era excelente, pero Beth comió muy poco. Se sentía como aparte y, con Dex tan cerca de ella, era consciente de todos sus movimientos. El champán corría como el agua y todos hablaban mucho y muy alto, aunque Beth no los entendía. Dex actuó a la perfección como anfitrión y la incluía a menudo en la conversación, sonreía y se comportaba muy educadamente. Pero ella veía lo helado de su mirada cada vez que le decía algo.

Finalmente el padrino se levantó para hablar y Beth suspiró aliviada. Pensó que ya no podía faltar mucho para el final de la fiesta.

Dex inclinó la cabeza hacia ella.

—Se te nota el aburrimiento, Beth. ¿No te gustan las bodas?

De repente se dio cuenta de que él tenía razón.

—No, la verdad es que no. Después de asistir a tres de las de mi madre, ya no me gustan mucho —respondió fríamente.

—Lo siento —respondió él sonriendo suavemente y ella vio algo parecido a la lástima en su mirada.

—No lo sientas. Yo no lo siento. Pero supongo que, para ti es distinto. Esto te debe recordar tu propia boda, sin duda. Te trae recuerdos agradables, ¿no es así?

Aquello como corte era perfecto.

La leve sonrisa se desvaneció de los labios de él y fue reemplazada por una dura máscara de indiferencia.

—No.

Dex tomó su copa de vino y la vació de un solo trago. Luego ignoró a Beth durante el resto de la fiesta.

A las diez de la noche, Beth ya estaba más que harta de la boda. Había gente por todas partes. Un trío estaba tocando música de baile y el salón se había transformado en pista de baile. Beth había bailado con más de una docena de hombres, se había tomado varias copas de champán y estaba empezando a sentirse absolutamente cansada. Paul y Anna se habían marchado hacía ya horas hacia un destino desconocido.

Beth suspiró. Estaba en una sala llena de gente, pero nunca antes se había sentido más sola. Paul, la única constante en su vida, estaba ahora casado y muy pronto tendría su propia familia, lo que estaba muy bien.

Pero Beth no pudo evitar el nudo que sentía en la garganta. Las cosas ya no volverían a ser igual.

Estaba estudiando las posibilidades que tenía de escapar de allí y acostarse cuando una voz le susurró al oído:

—Nuestra canción. ¿Quieres bailar?

—Bob —dijo sonriendo cuando se dio cuenta de que la banda estaba tocando *La mujer de rojo*—. Muy gracioso. Pero no, gracias. Tengo demasiado calor.

No se atrevía a quitarse la chaqueta, sabiendo la poca tela que tenía la camisola de debajo.

—De acuerdo. De todas formas, a mí no se me da muy bien bailar. ¿Qué te parece si damos un paseo fuera?

¿Por qué no? Beth pensó que estaría bien y los dos salieron al jardín del brazo. Llegaron hasta la terraza inferior, donde la piscina brillaba en la oscuridad.

—Aire fresco por fin —exclamó ella respirando profundamente.

—Siéntate aquí y relájate —le dijo Bob señalándole una mesa de exterior rodeada de sillas y le ofreció una.

Beth se sentó.

—Esto está mucho mejor —dijo cuando Bob se sentó delante de ella.

—Bonita fiesta. Pero Dex no me ha parecido muy contento.

—Tal vez no le gustara la comida.

Beth sonrió a Bob. Parecía un hombre agradable y poco complicado y ella necesitaba a alguien que le quitara de la cabeza lo sola que se sentía.

—Tal vez la comida del amor. Sé quien eres, Beth, y sé que Dex y tú estabais comprometidos.

Beth notó como se ponía pálida.

—Fue un error.

—Yo no lo creo. He visto como te mira. No ha podido dejar de hacerlo en toda la velada. No suele comportarse así. Lo conozco desde hace años y nunca lo he visto mostrar el menor interés por una mujer.

—Por favor, no quiero hablar de él.

—No seas tan dura con él, Beth. Su ex esposa se lo hizo pasar realmente mal. Él estaba empezando cuando se casaron y trabajaba como un esclavo mientras ella gastaba como una reina. Después ella lo dejó por un hombre muy rico y mucho mayor que ella.

—De verdad que no me interesa.

Pero en el fondo, ella sabía que sí.

—Mira, lo único que te estoy diciendo es que Dex es mi amigo al mismo tiempo que mi jefe. Probablemente yo sea el único amigo que tiene. Es muy difícil llegar a conocerlo. Pero si te importa algo, deberías hacer el esfuerzo, Beth. No sé lo que se torció entre vosotros hace unas semanas, pero sí sé que, desde entonces, está insoportable. Siempre ha sido un adicto al trabajo, pero últimamente se está pasando de la raya.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —murmuró Beth poniéndose en pie—. Me vuelvo a la casa.

—Si tú lo dices... —Bob se levantó también y la tomó del brazo—. Normalmente no me meto en los asuntos de los demás y, si te he molestado, lo siento.

Volvieron del brazo a la villa. La multitud se estaba dispersando y Dex los vio inmediatamente. Se acercó a ellos mirando con los párpados entornados a Beth.

—¿Dónde te habías metido? —le espetó. Beth se estremeció al ver la rabia en sus ojos, pero antes de que pudiera responder, él añadió furioso:

—No contenta con ligar con todos los que has bailado, has tenido que salir afuera con uno, ¿verdad?

—No estaba ligando —respondió ella enfadándose.

Dex no le había hablado ni una sola vez en toda la noche, no había bailado con ella, y ahora se atrevía a decirle eso...

—He salido fuera porque tenía calor.

—Calor... Eso me lo puedo creer.

—Vamos, Dex. La chica estaba conmigo y estaba perfectamente a salvo —intervino Bob.

Dex lo miró.

—Eso espero, por tu bien.

Luego, como si se diera cuenta por fin de donde estaba y de las miradas de curiosidad que les estaban dedicando los demás invitados, se contuvo.

—El barco sale dentro de cinco minutos, Bob. Sube a él —luego se dirigió de nuevo a Beth—. Como representante de Paul, has de quedarte conmigo hasta que nos hayamos despedido de todos los invitados.

Ella lo miró desafiantemente.

—No soy una niña para que me des órdenes.

—Entonces deja de comportarte como una y haz lo que te digo.

—No, gracias. Prefiero marcharme ahora. Puedo ir en el barco, no tardaré nada en hacer la maleta.

Dex la agarró por la muñeca con una mano que parecía una tenaza.

—No vas a ir a ninguna parte. Paul te ha dejado a mi cargo y te irás mañana, como estaba previsto. Yo te acompañaré personalmente. ¿Entendido?

—De acuerdo. Ahora suéltame la mano.

Luego se quedó a su lado, despidiéndose sonriente de los demás invitados. Cuando se marchó el último, ella le dio gracias a Dios en voz alta.

—Eso mismo pienso yo —dijo Dex tomándola del brazo—. ¿Qué tal la penúltima copa?

Ella lo miró de reojo. Se había soltado la corbata y desabrochado los primeros botones de la camisa. Estaba diabólicamente atractivo.

—No. Ya he bebido bastante.

Y estaba segura de que él no estaba hablando sólo de una copa. De repente se le ocurrió que, cuando se hubiera marchado el personal contratado, estaría prácticamente sola con Dex en aquella casa, y eso no le hizo ningún favor a su paz mental.

Capítulo 10

Dex se inclinó hacia ella.

—Como quieras. Te acompaño a tu habitación.

—De eso nada —respondió ella poniéndole una mano en el pecho—. No quiero una repetición de lo de anoche. Vete a tomar tu copa.

—No es una copa lo que necesito. Necesito quitarte una vez más ese seductor vestido —dijo pasándole un dedo por el escote hasta llegar a sus senos—. Y perderme en tu cuerpo. Al contrario que tú, yo nunca puedo tener bastante.

Beth se había quedado atontada y lo miró. La mano que le había apoyado en el pecho le temblaba y los pezones se le endurecieron evidentemente. Estaba hipnotizada por el deseo que se leía en la mirada de él. Por un momento se quedó mirándolo, indecisa entre el deseo de conocer una vez más el placer de su posesión y la certeza de que ella no significaba nada para él.

Se preguntó a sí misma qué tendría de malo pasar una noche más con él. Lo amaba aunque él no se mereciera ese amor, ni lo quisiera.

Entonces un fuerte ruido la devolvió a la realidad. Uno de los camareros había dejado caer una bandeja llena de copas. Beth retiró rápidamente la mano y corrió escaleras arriba. Sólo se paró a respirar cuando estuvo en la seguridad de su dormitorio.

Tenía que dar gracias a Dios por esa interrupción. Un segundo más y habría cedido a la tentación. Se desnudó, se duchó y luego se puso el camisón. Estaba agotada, pero demasiado agitada como para dormirse, así que preparó la maleta, dejando fuera unos vaqueros, un jersey y un chaquetón marino.

Finalmente, cuando ya no le quedaba nada más que hacer, se metió en la cama, pero no se pudo dormir y recordó lo que había pasado en esos dos días.

Su inofensivo paseo con Paul y la violenta reacción de Dex que la había aterrorizado. Pero eso sólo había sido por su hermana, ¿o podía haberse sentido un poco celoso? Ese pensamiento la alivió un poco. Luego más tarde, en esa misma habitación, Dex le había recordado que no lo había llamado cuando trató de chantajearla. De repente se dio cuenta de

que entonces él todavía no sabía que Paul era su padrino, así que en cualquier momento de las dos semanas anteriores podía haber hecho que despidieran a Mike y no lo había hecho. Lo que demostraba que no era tan malo...

Ese mismo día apenas la había hablado, y aun así la había advertido muy enfáticamente contra Bob.

Dex ya no tenía que hacer como si ella le gustara, así que, ¿por qué advertirla? A no ser que estuviera celoso. Sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo. Pero Bob estaba convencido de que a él le gustaba. En el jardín le había dicho que costaba trabajo llegar a conocer a Dex y que, si a ella le importaba algo, tenía que ser ella misma la que hiciera el esfuerzo.

Lo que Bob le había contado sobre la ex esposa de Dex explicaba bastante la paranoica reacción de él cuando pensó que estaba saliendo con Paul; su constante pensamiento de que ella quería un hombre mayor.

Y esa noche, cuando le había dicho que tomaran algo y luego deliberadamente trató de...

Volvió a oír de nuevo su voz aterciopelada decirle que nunca podría tener bastante y respiró profundamente. Si él supiera... estaba desesperada por él. Pero la diferencia entre ellos era que Dex la deseaba y ella lo amaba.

¿Qué clase de amor era ese si no se atrevía a admitirlo? Había estado dispuesta a tragarse su orgullo por Mike, su hermanastro. Seguramente podría hacer lo mismo por el hombre al que amaba. Dex le había dicho una vez que le gustaba su sinceridad. Al día siguiente sería sincera y le contaría lo que sentía. Después de todo, ¿qué era lo peor que le podía pasar? Él se podía reír en su cara y decirle que se perdiera por ahí. Pero de todas formas, después no lo iba a volver a ver. No tenía nada que perder...

La despertó alguien golpeando la puerta.

—Beth, abre la puerta.

Salió de la cama y giró la llave. La puerta se abrió de golpe y tuvo que apartarse cuando Dex entró con una bandeja en las manos con café, tostadas y varias mermeladas.

Recordando la decisión que había tomado durante la noche, Beth le sonrió. Esa mañana él iba vestido informalmente, con unos vaqueros gastados y un jersey blanco.

—¿Para mí? —dijo mirando la bandeja—. Gracias. No tenías que haberte molestado. Yo...

—El ama de llaves ya te había llamado una vez y es demasiado mayor como para andar subiendo y bajando escaleras por ti.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

Beth trató de mantener la calma, pero el evidente mal humor de él no la ayudaba nada.

—Deberías —dijo él dirigiéndose de nuevo a la puerta—. Ciertamente, tiendes a dormirte. Evidentemente, la conciencia no te molesta.

—¡Un momento! —exclamó ella indignada.

Pudiera ser que la noche anterior estuviera dispuesta a tragarse su orgullo, pero se le olvidó en cuanto vio el rostro malhumorado de Dex.

—No lo tienes. Son las diez en punto.

Beth abrió mucho los ojos, horrorizada.

—¡Cielos!

Su avión salía de Nápoles a la una menos cuarto.

—Exactamente. Te quiero fuera de aquí dentro de veinte minutos.

Luego salió dando un portazo.

Beth pensó que era una tonta, estaba claro que Bob se equivocaba. Dex no podía esperar a verla lejos de su lado.

Se preparó a toda prisa y bajó con la bolsa al hombro. Había tardado sólo diez minutos.

Dex apareció entonces en la puerta de una de las salas, la recorrió con la mirada e hizo una mueca.

—Estás lista. Muy bien. Iré a por tu equipaje. Espera aquí.

—Este es mi equipaje —dijo ella señalándole la bolsa.

Él arqueó una ceja, sorprendido.

—Es extraño, una mujer que viaja ligera de equipaje.

Se acercó y le quitó la bolsa antes de añadir:

—Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Ella lo siguió fuera de la casa y se detuvo mirando al camino.

—¿Dónde está el coche? —le preguntó.

El sol de los últimos dos días había dejado paso a un cielo nublado y gris. Se estremeció cuando un frío viento sopló con fuerza y se abrigó con el chaquetón.

Dex estaba a medio camino de una amplia extensión de hierba cerca de la terraza.

—Nada de coche. Vamos a ir en mi lancha.

—Pero yo he venido en el ferry.

Dex se detuvo y la miró.

—Ya lo sé, pero si Anna me hubiera dicho que venías, yo habría ido a recogerte. Date prisa.

Beth lo siguió hasta el embarcadero. Lo que había allí no era el yate del día anterior, sino una pequeña lancha rápida cabinada de unos veinte pies. El mar estaba casi negro.

Dex ya había saltado a bordo, pero ella miró asustada al mar y el barco.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

Dex se volvió y extendió un brazo sobre la borda, tomándola de la mano.

—Por Dios, mujer, embárcate y vámonos.

—El mar parece un poco agitado.

—No lo estaba hace una hora.

Incluso el mal tiempo era ahora culpa de ella, pensó Beth. Ya estaba bastante harta. Pasó a bordo, se sentó en un banco y se soltó de la mano de él.

—Bueno, ya está —dijo mirándolo.

Dex la miró irritado.

—¿Por una vez en tu vida vas a dejar de discutir y harás lo que yo te diga? Voy a poner esto en marcha y, cuando, yo te grite que sueltes, lo único que tienes que hacer es soltar este cabo de la cornamuza.

Entonces le señaló el cabo que estaba sujeto a una cosa metálica en la borda del barco.

—Sí, por supuesto. No soy idiota.

Luego apartó la mirada de él y respiró profundamente. Lo que ella sabía de barcos se podría escribir en un sello de correos, pero no se lo iba a decir. Se quitó del hombro la bolsa y la dejó dentro de lo que le pareció una caja en cubierta.

Luego agarró el cabo lo mejor que pudo.

Dex arrancó y le gritó:

—¿Lista Beth?

Cuando oyó su voz se enderezó agarrando fuertemente el cabo. Lo siguiente que supo fue que estaba volando por los aires. Gritó. El cabo se escapó de sus manos y ella cayó al agua.

Lo primero que pensó fue que lo iba a matar. Luego se tragó lo que le pareció la mitad del Mediterráneo y se hundió como una piedra. Su siguiente pensamiento fue sobrevivir mientras las frías y negras aguas se cernían a su alrededor, haciéndola sumergirse. Trató de subir a la superficie, pero las pesadas ropas que llevaba se lo impedían. Intentó contener la respiración y se desabrochó el chaquetón, quitandoselo.

Por fin, casi sin aire en los pulmones, salió a la superficie y tomó aire antes de que una ola la hiciera sumergirse de nuevo.

Subió de nuevo y vio la lancha a unos diez metros de distancia. Por la borda bajaba una escalerilla. Apretó los dientes y nadó hacia allá.

Podía no saber mucho de barcos, pero era una buena nadadora.

De repente un brazo la rodeó por el cuello, quitándole lo poco de aire que había conseguido retener. Le entró el pánico y luchó. Entonces notó un fuerte golpe y nada más.

Abrió los ojos y tosió. Volvió a toser. Le salía agua por la boca. Gimió y volvió a abrir los ojos lentamente. Tenía la cabeza apretada contra un ancho hombro y dos fuertes brazos la llevaban. Pero estaba empapada y helada hasta los huesos.

—*¡Grazie a Dío!* Estás viva... —dijo la profunda voz de Dex—. No trates de hablar, mi amor. Estás a salvo.

Ella volvió a cerrar los ojos de nuevo. Estaba tiritando tanto que no habría podido hablar aunque hubiera querido. Era vagamente consciente de que la llevaban en brazos y de que unas manos le quitaban el jersey. Abrió los ojos de nuevo. De alguna manera estaba de vuelta en el cuarto de baño de su habitación y era Dex quien la estaba sujetando con una mano mientras con la otra le quitaba los vaqueros empapados.

Ella trató de resistirse, pero otra oleada de convulsiones la agitó. Luego se vio levantada del suelo de nuevo y la metieron bajo una cascada de agua caliente. Luego, gradualmente el calor del agua empezó a hacer su efecto.

Y entonces también se dio cuenta de que estaba siendo sujeta por dos fuertes brazos desnudos.

—¿Qué...?

—Shh, Beth.

Luego la sacaron de la bañera, la envolvieron en una gran toalla y empezaron a secarla.

—Yo te cuidaré.

¿Cuidarla? De repente lo recordó todo. El barco, el mar... todo. Encontrando fuerzas en alguna parte, apartó las manos de él de su cuerpo.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le gritó.

Luego se envolvió bien con la toalla por debajo de los brazos.

—Necesitabas entrar en calor. Has tenido un fuerte *shock*.

Ella se apartó el cabello mojado de los ojos y levantó la cabeza, lo que la produjo un *shock* aún más grande. Dex estaba de pie delante suya, empapado también... completamente desnudo.

—Tú... tú... ¡Fuera de aquí! —gritó ella aún estremeciéndose, no de frío, sino de la consciencia de su magnífico cuerpo.

—Este no es el momento de ponerse púdicos, Beth. Tengo que hacerte entrar en calor. Puedes tener una hipotermia.

Lo que iba a tener era una hiper otra cosa si él no se tapaba, y rápidamente, pensó mirando a cualquier otra parte menos al hombre desnudo que tenía delante. Se fijó entonces en otra toalla que había por allí.

—Y tú también —le dijo. Tomó entonces la toalla y le dijo:

—¡Póntela!

Él la agarró entonces la mano y la atrajo contra su cuerpo. Le quitó la toalla de la mano y se la puso alrededor de las caderas.

—Tu preocupación es conmovedora, Beth —dijo riéndose—. Pero en serio, has estado en el agua más tiempo que yo.

Luego la abrazó.

Beth se dejó llevar por un momento por esa cálida sensación de estar de nuevo entre los brazos de él. Gradualmente cesaron los temblores y un agradable calor se extendió por todo su cuerpo. Le dolía la mandíbula y la frotó contra el vello del pecho de Dex. No había nada sexual en ello. Tal vez sólo necesitara la sensación de cariño y protección que Dex le estaba ofreciendo.

—¿Estás mejor ahora, querida? —le preguntó él frotando la barbilla contra la parte superior de su cabeza—. Vamos, deja que te meta en la cama.

La mención de la cama se introdujo de golpe en su obnubilado cerebro. ¡Cielo Santo! ¿Qué estaba haciendo? Se suponía que tenía que estar en un avión rumbo a Gran Bretaña y, en vez de eso, estaba medio desnuda en un cuarto de baño... Y todo por culpa de Dex.

Beth lo miró.

—Estás de broma —dijo sin poder controlar su ira.

Él sonreía. Con sólo esa toalla encima estaba tremendamente atractivo y sintió una punzada de arrepentimiento en el corazón, pero la controló enseguida.

—¡Cerdo!

La sonrisa abandonó el rostro de él.

—Cierto. Pero sólo te he mencionado la cama para ti... por el calor. No para mí. No puedo evitar que tengas una mente tan dirigida sólo a una cosa —dijo soltándola.

Libre y furiosa, Beth se dio cuenta de lo que le acababa de decir y eso ya fue demasiado para sus alteradas emociones.

—Cerdo asqueroso. Estás loco. Primero le das un puñetazo a mi padrino y luego tratas de ahogarme. No contento con eso, casi me estrangulas y luego me golpeas.

Entonces se dio cuenta de que el dolor que sentía en la mandíbula era de cuando la agarró en el agua. Se la frotó y lo miró desafiante.

—¿Qué viene ahora? ¿Una puñalada en el vientre?

Ella no tenía ni idea de lo increíblemente encantadora que estaba con los ojos echando chispas. Ni de lo joven y vulnerable que parecía, con una mano sujetándose la toalla.

Ni tampoco de la fiera tensión que se reflejaba en todo el cuerpo de Dex. De repente a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Los efectos posteriores del *shock* que había sufrido estaban apareciendo.

—Nada de puñaladas. Pero te amaré hasta la muerte —dijo él repentinamente.

Luego la agarró por los hombros y añadió decididamente:

—Si me dejas hacerlo, Beth.

Ella lo miró fijamente y se percató de la angustia y necesidad que se reflejaban en las profundidades de esos ojos plateados. El corazón se le detuvo un momento. Lo miró, incapaz de creerse lo que estaba viendo.

—Te amo mucho, Beth. Por favor, dime algo, cualquier cosa —dijo él con la voz llena de emoción—. Creí poder dejarte apartarte de mí, pero no puedo.

Ella siguió mirándolo. La fría máscara que él mostraba al resto del mundo había desaparecido y vio que estaba siendo sincero.

—Me amas —murmuró ella—. ¿Me amas?

Lo imposible había sucedido.

—Por favor, no llores, Beth. Por favor, no he querido hacerte llorar. Pongo a Dios por testigo de que yo no te tiré del barco. Te pregunté si estabas lista y tú no dijiste nada. Cuando te vi en el agua salté para salvarte porque no pude soportar pensar en mi vida sin ti. Lo siento si he sido un poco bruto. Pero cuando te traje de vuelta a la casa, fue el paseo más espantoso de mi vida. No te haría daño por nada del mundo. Tienes que creerme. Te amo.

Ella levantó la mano hasta el rostro de Dex y se lo acarició.

—No estoy llorando porque me hicieras daño —dijo sonriendo alegremente—. Estoy alucinada porque me ames... como yo te amo a ti.

Dex la miró directamente a los ojos.

—¿Me amas? ¿Desde cuándo?

—Desde el primer momento en que te vi.

Dex vio entonces en sus ojos que estaba diciendo la verdad.

Gimió y la abrazó con fuerza, besándola lleno de pasión. Beth se agarró a él devolviéndole ese beso con todo su corazón. Las toallas cayeron al suelo y quedaron desnudos juntos. El duro y excitado cuerpo de

Dex se apretó contra ella. Bajó entonces las manos para abarcarle el trasero y la levantó del suelo.

Beth lo rodeó involuntariamente con las piernas, temiendo caerse. Luego tragó saliva cuando la dureza de él se apoyó contra la unión de sus muslos. Dex bajó la cabeza hasta sus senos, tomó uno en la boca y se lo chupó ferozmente. Beth se agarró fuertemente a su cuello cuando él le hizo lo mismo al otro.

Luego Dex levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Yo también te he amado desde el primer momento en que te vi.

Entonces entró en ella de un golpe. Beth gritó y abrió mucho los ojos en el momento en que tomó posesión de ella.

Fue una cosa salvaje y rápida. Las facciones se le alteraron a Dex y ella se dejó llevar hasta que, con un fuerte gemido, Dex se estremeció violentamente y ella se convulsionó al mismo tiempo que él.

Dex la siguió sujetando mientras estremecimiento tras estremecimiento los recorrieron. Beth los sintió en todos los nervios de su cuerpo. Finalmente Dex la dejó de nuevo lentamente en el suelo y, si no la hubiera sujetado, ella se habría caído a sus pies. Tenía todo el cuerpo como gelatina.

—¿En qué estoy pensando? —dijo Dex mirándola a la cara—. Soy un bestia insensible.

Luego la tomó en brazos, la llevó al dormitorio y la dejó suavemente sobre la cama.

Cuando fue a levantarse, Beth se lo impidió pasándole un brazo por el cuello.

—Mientras seas mi bestia...

—Siempre y para siempre —le prometió Dex, acostándose a su lado.

Le rodeó el rostro con las dos manos y la besó lenta y cariñosamente.

—Pero ahora, mi amor... —dijo tapándolos a ambos con las mantas—, ahora necesitas descansar. Puedes haber pillado un catarro, una neumonía y ahora no me voy a arriesgar a perderte.

Ella deseó creerlo, pero seguía teniendo una duda.

—¿No me estarás diciendo eso porque te sientes culpable de... de todo?

—¿Te refieres a hacer el amor contigo tan desesperadamente?

—Yo... No sabía que pudieras hacer así el amor. Me refiero a de pie. Y de una forma tan caliente y rápida...

—Hay muchas cosas que no sabes de mí y me voy a pasar toda la vida enseñándotelas. Antes, en el cuarto de baño, no me podría haber parado, ni tú tampoco. No importan las diferencias que haya entre nosotros, nunca me cupo la menor duda, desde el primer momento que te bese, de que la química que hay entre nosotros es muy potente.

—En el casino —dijo ella suavemente—. Estabas enfadado porque Paul estaba allí y yo hablé con él.

Dex suspiró.

—Y por eso me siento culpable.

—Sólo saliste conmigo por Paul y Anna. ¿Entonces...? ¿Cuándo te enamoraste de mí?

Aquella era una pregunta de la que desesperadamente quería saber la respuesta.

—Probablemente, esa misma noche. Te besé y ardí.

—No me mientas, Dex. Los dos sabemos que eso no es verdad.

—¿Verdad? ¿Qué es la verdad? Tú la quieres y yo te la daré. ¿Sabes que he estado casado y que mi esposa me dejó por un hombre mayor y más rico?

—Eso debió resultarte duro.

—La verdad es que no. Yo la había dejado de amar hacía ya tiempo... si es que la amé alguna vez. Fue la primera mujer con la que practiqué el sexo, así que me casé con ella. Luego ella se dedicó a concederme sus favores... aunque muy ocasionalmente y sólo después de que yo la regalara alguna joya cara. Era una zorra frígida y mercenaria, pero tardé cinco años en darme cuenta de ello.

Beth se dio cuenta de la ira que se reflejaba en sus palabras.

—Lo siento. No tienes que hablar de eso...

—Sí, tengo que hacerlo, Beth. Porque influyó durante años en mi punto de vista sobre las mujeres en general. Hasta que te conocí a ti nunca había salido con la misma mujer dos veces seguidas. No estoy orgulloso de como he vivido, lo admito, pero cuando te conocí, no tuve la menor intención de cambiar. Pero en ti encontré mi Waterloo, Beth. No dejaba de decirme que salía contigo para mantenerte apartada de Paul y por Anna,

pero creo que, en lo más profundo de mi ser, te amaba. Juré después de mi divorcio que nunca le volvería a regalar una joya a ninguna mujer y, aun así, me encontré tan contento en una joyería eligiendo un anillo para ti. El día después de que nos comprometiéramos y mientras volaba a Nueva York, admití por fin que te amaba. Sólo llevaba una semana contigo y ya te echaba tanto de menos que deseé llamarte una docena de veces al día.

—Pero no lo hiciste. E incluso no me dijiste dónde vivías, ni me hablaste de esta casa... ¿La compartiste con tu esposa?

—La villa fue construida después de mi divorcio y no, no te llamé como hubiera querido. Luego volví a Gran Bretaña y tuve la conversación que oíste. Bueno, ese fue mi último intento fallido para hacer como si no estuviera desesperadamente enamorado de ti. Me obligué a tomar una copa con Bob. Me conoce bien y creo que sospechó la verdad cuando le dije que te había regalado un anillo de compromiso. Dije lo que dije porque estaba a la defensiva, pero en mi corazón sabía que te quería y que me iba a casar contigo. Tardé en ir a verte y descubrí que no estabas. Luego me tuviste horas esperando y me dijiste que desapareciera de tu vida.

—Sólo porque creí que me estabas utilizando.

—¿Por qué no me lo dijiste todo entonces, Beth?

—El orgullo me lo impidió —dijo ella tristemente—. Simple orgullo. Pensé que, ¿por qué te iba a contar lo de Paul y sacaros de apuros a tu hermana y a ti? Y más tarde... bueno, te enfadaste tanto...

—Más tarde... —dijo Dex suspirando—. Me comporté como un animal. Después me quedé horas en ese pequeño cuarto de baño tuyo, temiendo salir de él, temiendo verte. Y luego me dijiste que te había forzado y, que el Cielo me ayude, me lo sigo preguntando. ¿Podrás perdonarme alguna vez lo de esa noche?

—¡Oh, Dex! No hay nada que perdonar. Me da vergüenza admitir que dije eso sólo porque estaba sorprendida por lo mucho que te deseaba y lo mucho que... bueno...

—¿Bueno, qué? —dijo él tomándola de la barbilla y haciendo que lo mirara a los ojos.

—Lo mucho que disfruté... No, que me encantó lo que me hiciste. Luego me avergoncé de mi propia reacción y lo pagué contigo.

La sonrisa de él reflejó su orgullo masculino.

—Y yo lo pagué contigo de otra manera. No me gustaba el hecho de haberme enamorado de ti, pero he de decir en mi defensa que pensé que me lo agradecerías para siempre si me casaba contigo. Mi orgullo se sintió herido cuando tuviste el valor de romper conmigo.

—Pero volviste —dijo ella conteniendo la respiración cuando él empezó a acariciarla—. La noche de Halloween. Y trataste de chantajearme.

—Ah, sí, la fiesta. Verte con ese disfraz de gata me ha producido más sueños eróticos de los que me atrevo a admitir.

—¿De verdad que habrías hecho que despidieran a Mike? —le preguntó Beth justo cuando él fue a besarla.

—No puedo culparte por preguntarlo, pero no, nunca habría hecho nada que te hiciera daño. Fue el último y desesperado intento de un hombre loco de amor, pero no dispuesto a admitirlo. Cuando no me llamaste a la mañana siguiente, yo te llamé a ti.

—Es cierto —pensó ella en voz alta—. El teléfono me despertó.

Pero todavía había algo que no entendía y añadió:

—Si sabías que me amabas, ¿por qué te pusiste tan furioso conmigo el viernes por la noche?

—Acababa de llegar de Nueva York. Anna no me había contado nada más de la boda que el momento y el lugar y, cuando llegué y te vi besando a Paul, te grité porque me volví loco de celos. Luego, cuando me lo explicaste, me sentí un perfecto idiota. Esperaba hablar contigo más tarde para tratar de empezar de nuevo.

—Pensé que estabas un poco nervioso cuando entraste aquí —le dijo ella sonriendo.

—Eres muy inocente, Beth —dijo él riéndose mientras le acariciaba un pezón—. Ahora me puedo reír de todo eso. ¿Pero te puedes hacer a la idea de lo que le puede hacer al ego de un hombre el que la mujer a la que ama le diga que no lo llamó porque se había dormido? Yo me pasé toda esa noche en el hotel sin poder dormir, esperando oír tu respuesta. ¡Y tú te dormiste!

—De todas maneras, la respuesta era que no —murmuró ella.

—Ya me lo imaginaba. No eres de la clase de mujer que se deje avasallar por nada. Y Dios sabe que lo intenté.

—Ya me di cuenta —bromeó Beth y luego frunció el ceño—. Pero ayer me ignoraste durante casi todo el día.

—¡Que te ignoré! ¡Cielo Santo, Beth! No me atrevía a mirarte. Cuando te vi de nuevo con ese vestido rojo, mi cuerpo reaccionó de la misma manera en que está reaccionando ahora.

Entonces le pasó una pierna sobre las de ella y la hizo ser consciente de su excitación.

—Apenas pude caminar derecho en todo el día. Deseé matar a Bob por llevarte fuera, pero tampoco me habría atrevido a estar cerca de ti. Y, con respecto a lo de bailar contigo, no podía confiar en mí mismo, podría haber hecho el amor contigo en la misma pista de baile.

—¡Dex, eso es terrible! —dijo ella riéndose, creyendo por fin que ese orgulloso y atractivo hombre la amaba.

Entonces él se colocó encima de ella.

—De verdad que no me gustaba nada cómo me hacías sentir. No me gusta perder el control. Y esta mañana, cuando te volviste a dormir después de que yo pasara otra noche de insomnio, estaba furioso. Pensé que estaba perdiendo el sueño ansiando a una chica a la que, evidentemente, importaba tan poco que no perdía ni un minuto de sueño por mí. Pero cuando te vi en el agua, no importó nada, ya te he dicho lo que sentí. Te amo y quiero casarme contigo. Y tú todavía no me has contestado.

—Sí —murmuró ella.

Y también le respondió de la forma más convincente. Le pasó una mano por el cuello y bajó la otra por su vientre.

Cuando sudorosos y agitados estaban de nuevo tumbados uno al lado del otro en la cama, Dex la miró y le dijo:

—Quiero que sepas que para mí nunca ha sido como esto.

—Me alegro —suspiró ella.

—Para mí eres la única mujer en el mundo y te cuidaré hasta el día de mi muerte. ¿Comprendes? —dijo él casi fieramente.

Aquello era tan típico en él...

—Comprendo —respondió ella y lo besó.

Dex la abrazó de nuevo entonces.

—¿Estás suficientemente caliente?

Beth se rió con ganas.

—Si lo estuviera más, las sábanas arderían, y tu ama de llaves...

Entonces se sentó de golpe en la cama y exclamó:

—¡Cielos! Estamos en mitad del día... Cualquiera puede entrar.

Miró su cuerpo desnudo y se ruborizó.

—No temas. El ama de llaves y su hijo siempre tienen libre el domingo.

—He perdido el avión. Tengo que ir a trabajar mañana.

—Olvidalo —dijo Dex tomándola de nuevo por la cintura y haciéndola tumbarse otra vez—. Ya no tienes que trabajar más. Vas a ser mi esposa.

—¿Un ama de casa? No creo que eso me vaya a gustar —le dijo muy seria.

—¿Recuerdas la primera vez que fui a tu casa?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tienes un ordenador para tu trabajo, pero sigues usando una mesa de dibujo. Tal vez te parezcas más a tu padre de lo que te crees. Podríamos transformar una de las habitaciones de la villa en un estudio para ti. Piénsatelo. Si te dieran a elegir, ¿qué preferirías? ¿Trabajar con las manos o con el ordenador?

—Tienes razón... Me conoces muy bien —respondió ella sonriendo.

—Ya lo sé, y te voy a volver a conocer.

Y lo hizo.

Dieciocho meses más tarde, el sacerdote y un grupo de gente rodeaba la pequeña iglesia de la isla de Capri disfrutando del sol primaveral.

—Si no están aquí dentro de cinco minutos será ya demasiado tarde. Tengo otro bautismo a las seis y media —dijo el cura a Paul, que llevaba en brazos a su hijo de un año, y a su esposa, los supuestos padrinos.

Entonces un Mercedes blanco se detuvo en medio de un chirriar de frenos. De él salieron Dexter y Bethany Giordani. Dex llevaba a un niño pequeño en brazos. Corrieron hacia la puerta de la iglesia. Beth estaba muy colorada, pero su marido no parecía nada avergonzado.

—¿Qué os ha pasado, Dexter? Llegáis veinte minutos tarde al bautismo de vuestro hijo —le regañó Anna a su hermano.

Dex se volvió y miró a Beth con los ojos brillantes por el placer que quedaba en su interior. Beth se ruborizó más todavía y Dex le guiñó un ojo, miró a su hermana y dijo:

—Nos hemos dormido.

Luego, con su hijo en un brazo y su esposa del otro, pasaron por delante de una sorprendida Anna y entraron en la iglesia.

Fin.